

Cuadernos del Sur

37

Panorama mundial: un horizonte menos oscuro

G. Duménil / D. Lévy / E. M. Wood / M. Husson



Imperialismo y Estado en la era neoliberal

Adolfo Gilly

Bolivia: Una revolución del Siglo XXI

A. Bonnet / H. Ouviaña

Luchas sociales - Nuevas radicalidades

Cuadernos del Sur

Año 20 - Nº 37

Mayo de 2004

www.cuadernosdelsur.org.ar

Tierra
del  fuego

Consejo Editorial

Argentina: Eduardo Lucita, Roque Pedace, Alberto Plá, Carlos Suárez,
Gustavo Guevara
Brasil: Enrique Anda
Bolivia: Washington Estellano
Perú: Alberto di Franco
México: Adolfo Gilly, Alejandro Gálvez C.,
John Holloway, Guillermo Almeyra
Escocia: Werner Bonefeld
España: Daniel Pereyra
Francia: Hugo Moreno / Michael Löwy
Rusia: Boris Kagarlitsky

Comité editorial

Eduardo Lucita, Alberto Bonnet, Katharina Zinsmeister, Hernán Ouviaña, Juan Grigera,
Mabel Bellucci

Coordinación artística

Juan Carlos Romero

Composición y Diagramación:

Taller del Sur

Cuadernos del Sur, número 36

publicado por:
Editorial Tierra del Fuego
Argentina, mayo de 2004

Toda correspondencia deberá dirigirse a:

Rodney 171 - D° 77
(1427BNC) Buenos Aires, Argentina
Email: info@cuadernosdelsur.org.ar

ISSN: 1666-8804 - Cuadernos del Sur es una publicación semestral que aparece en mayo y noviembre.

Cuadernos del Sur

S U S C R I P C I Ó N

4 números (2 años)

Argentina	\$ 40
Argentina (correo certificado)	\$ 50
América latina	U\$S/Euros 35
Resto del mundo	U\$S/Euros 40
Versión electrónica únicamente	U\$S/Euros 25

Nombre y apellido

Institución.....

Domicilio de envío:

CalleN°PDto.....

CPCiudad.....

Prov./País

Correo electrónico.....

Teléfono.....

Horarios.....

Enviar los datos arriba indicados a suscripciones@cuadernosdelsur.org.ar o comunicarse con el
teléfono 54 (11) 4854-1512 para información sobre formas de pago.

Índice

EDITORIAL

Panorama mundial: un horizonte menos oscuro	5
--	---

GÉRARD DUMÉNYL Y
DOMINIQUE LÉVY
ELLEN MEIKSINS WOOD

Imperialismo y Estado en el neoliberalismo	
El imperialismo en la era neoliberal.....	8
El imperio capitalista y el Estado-nación: ¿Un nuevo imperialismo norteamericano?	35
Europa - Estados Unidos: Un desequilibrio inestable	48

MICHEL HUSSON

ADOLFO GILLY

JOÃO MACHADO
HERNÁN OUVIÑA

ALBERTO BONNET

GERALD A. LEVY

Luchas sociales - Nuevas radicalidades	
Bolivia: Una revolución del Siglo XXI.....	66
Brasil: Balance del gobierno Lula.....	80
<i>Zapatistas, piqueteros y sin tierra.</i> Nuevas radicalidades políticas en América latina	110
Diciembre en los pasillos de la academia. Luchas sociales y micropolíticas posmodernas.....	128
Paul M. Sweezy (10/41910-27/2/2004) Una breve remembanza y apreciación.	144

 realidad
Económica
/ADE

Hipólito Yrigoyen 1116 (1088) Buenos Aires

Panorama mundial: un horizonte menos oscuro

La alianza de grandes empresas de la energía y fabricantes de medios militares que, con la gran finanza, se valen del gobierno de Estados Unidos para hacer su política imperialista en el Cercano Oriente y llevar a cabo la “guerra preventiva”, está empantanada en su ocupación de Irak. Este hecho fundamental tiene importancia mundial.

El imperialismo –francés, primero, estadounidense, después- fue derrotado en Vietnam por un pueblo en armas. Pero esa fue una guerra de ejércitos (el de Vietnam del Norte contaba además con el apoyo económico, las armas y las informaciones chinas y soviéticas) y por eso la victoria antiimperialista en Vietnam fue vista, a la vez, como un triunfo de la lucha mundial por la independencia y la descolonización, por la democracia, y como una victoria diplomática del llamado “bloque socialista” en la Guerra Fría. El efecto sobre el pueblo estadounidense del primer aspecto, si bien fue muy fuerte, pronto fue oscurecido por el segundo y el bloque militar-industrial en Washington pudo unir entonces la aceleración de la Guerra Fría con una gran campaña mediática, policial, y jurídica para reconstruir el consenso perdido durante la matanza en Vietnam, reforzar el campo interno y preparar nuevas agresiones a escala latinoamericana y mundial.

La resistencia actual en Irak, en cambio, como la que echó al imperialismo francés de Argelia, se apoya en una voluntad y movilización popular; aunque cuenta con la simpatía de los gobiernos de Irán y de Siria (que están en la lista de las próximas víctimas de la agresión imperialista) no tiene otro interlocutor que la decisión masiva pero desorganizada, de los pueblos de todo el mundo de imponer la paz, de derrotar la guerra preventiva del *establishment* estadounidense y del presidente George W. Bush. Su fuente de armamentos es esencialmente el arsenal que Estados Unidos proveyó durante años al gobierno de Saddam Hussein, sus combatientes son los hijos

de los veteranos de la guerra del Golfo y de los ocho años de combate contra Irán, su ideología es la nacionalista antiimperialista, que comparten todos los grupos resistentes, incluyendo los diversos sectores islámicos (chiítas y sunitas) que el ocupante colonialista de siempre (disfrazado de Coalición entre el tigre y los chacales) no pudo enfrentar entre sí.

Los trabajadores y los demócratas en todo el mundo, inclusive en Estados Unidos, están viendo que el gobierno imperialista había decidido la guerra antes de los cada vez más sospechosos atentados contra las Torres Gemelas, que mintió sobre el supuesto peligro que habría representado el armamento iraquí, que está haciendo una atroz guerra colonial para preparar otras guerras (contra Siria e Irán y, sobre todo, a más largo plazo, contra China), que la aventura iraquí forma parte de un plan para imponer la dominación imperialista estadounidense desde Mauritania, en África occidental, hasta Afganistán, en la frontera china y para controlar el petróleo de toda esa región. Están viendo que las medidas supuestamente antiterroristas que en Estados Unidos y en el mundo limitan los derechos democráticos, son tomadas para cubrir las decisiones de un puñado de representantes del capital financiero, destructores del nivel de vida de todos los dominados, incluso en sus propios países y mentirosos sobre el carácter una guerra presentada como de "liberación" y que es conducida con métodos nazis contra la resistencia de quienes, decía Bush, recibirían a los ocupantes con los brazos abiertos, como salvadores. El impacto mundial de la resistencia iraquí ya causó la caída del fascista español José María Aznar, la derrota electoral aplastante de Tony Blair, la derrota de la derecha holandesa, que mandó tropas a Irak. Causó también la derrota moral de Bush que, tras de pisotear a la ONU y a los gobiernos de "la Vieja Europa" se ve obligado a pedir a ambos una intervención salvadora en Irak que le permita salir del atolladero sin perder la cara por completo. Ese impacto probablemente también le costará la reelección a Bush en los comicios presidenciales de noviembre, lo cual, independientemente de quién es su contrincante, estimulará los movimientos sociales en todos los países, sobre todo europeos, como Inglaterra, Italia, Francia.

Esta es la otra característica de esta fase: son los movimientos, y no los partidos ni las elecciones, los que derrotan a los gobiernos (aunque lo deban hacer recurriendo al voto por algún o por varios partidos de oposición). El movimiento por la paz en el Reino Unido se expresó en las urnas de mil maneras (abstención o dispersión del voto laborista de izquierda, voto a los nacionalistas galeses, escoceses, irlandeses, voto por los liberales, que se habían movilizado contra la guerra) pero lo decisivo fue la voluntad cons-

truida y amasada en las calles. Los movimientos masivos y crecientes son también la base de la izquierda sindical y socialdemocrática en Alemania o de la constitución reciente del Partido de la Izquierda Unida Europea. Los movimientos, en Bolivia o en Brasil, con el MST, o en Uruguay, dando la base al Frente Amplio, o en Argentina, con lo que queda de las Asambleas Populares, con la recuperación de fábricas y empresas en todo el país y con la persistencia de los piquetes, son el eje para la reconstrucción de la izquierda socialista.

La crisis económica mundial, que prosigue y con los altos costos de la energía que castiga fuertemente los niveles de vida, demuestra, como la Resistencia iraquí, que el régimen capitalista es socialmente intolerable, es una amenaza a la ecología mundial y pone en cuestión la paz, la democracia y las bases mismas de la civilización. El capitalismo y la política imperialista de Bush están dando lecciones políticas a cientos de millones de personas que reaccionan contra el capitalismo aunque no tengan aún una alternativa programática ni claridad sobre el proceso que están viviendo. Esto da un papel fundamental a la discusión de análisis, ideas y propuestas socialistas, a la reflexión teórica que fecunde y explique la acción cotidiana y decidida de los explotados y oprimidos de todo el mundo.

GUILLERMO ALMEYRA

9 de junio de 2004



El imperialismo en la era neoliberal¹

Gérard Duménil² y Dominique Lévy³

1 – Introducción

En la historia del capitalismo jamás ha existido un periodo de armonía y de no violencia. Las primeras décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los años llamados “treinta gloriosos”, parecen retrospectivamente el paraíso perdido. Sin embargo, ¿no fueron acaso los años del colonialismo y de las guerras de independencia, de la guerra supuestamente fría y de los ardientes enfrentamientos que ella provocó, como en Corea o Vietnam? ¿Y qué decir de la subversión en todas las partes del mundo, y particularmente en América latina, cada vez que estaba amenazado el control de los gobiernos de los países de la periferia por las clases o camarillas favorables a Estados Unidos...?

Pero el nuevo curso del capitalismo, desde hace un cuarto de siglo, se singulariza por el resurgimiento de formas de violencia que se habrían podido considerar superadas. La caída del contraimperio soviético así como el fracaso de las luchas revolucionarias -en lo que entonces recibía el nombre de tercer mundo cuando todavía existía un segundo- no condujo a las clases dominantes y a la primera potencia mundial a moderar su dominación, a civilizar sus métodos. Violencias de la economía, de la guerra y de la subversión siguen siempre en el orden del día. Sea cual fuere los resultados de los pretendidos cruzados de la democracia y de la lucha contra el terrorismo, su naturaleza no ha cambiado.

¿Cuál fuerza oscura y subterránea está detrás de esta dinámica? La res-

¹ Traducción al español de Guillermo Almeyra., profesor-investigador de la UAM-Xochimilco.

² MODEM-CNRS, Universidad de París X-Nanterre, 200, av. de la République, 92000, Nanterre, Francia. Email: gerard-dumenil@u-paris10.fr

³ CEPREMAP-ENS, 48 bvd Jourdain, 75014, París, Francia. Email: dominique.levy@cepremap.ens.fr.

puesta no sorprenderá a los marxistas: una lucha de clases de envergadura histórica y mundial. Sobre la base de lo logrado con la destrucción del segundo mundo, se trata, para las clases dominantes, de una *reconquista*, de una restauración, en el sentido en que se restaura un régimen político. El precedente de lo que se convino en llamar “restauración” a comienzos del siglo XIX^o en Francia, no fue más radical. Las clases dominantes están en una lucha dirigida a restablecer su preeminencia, tal como ésta era antes de la gran depresión de los años 1930 y de la Segunda Guerra Mundial. En ese proyecto, su audacia no tiene límites. Desde el punto de vista de la potencia estadounidense, lo que está en juego es, además, la consolidación de su dominación, en un mundo en el que otros países llegaron a niveles de desarrollo comparables, sabiendo que a fines de los años 1980 muchos analistas profetizaban una declinación. Las clases y una nación, son esas fuerzas sociales las que dieron a los últimos decenios del siglo XX^o su violencia específica y el comienzo del siglo XXI^o se coloca efectivamente en la continuidad de esta empresa.

Neoliberalismo e imperialismo, es mediante esas dos realidades que este estudio se esfuerza por caracterizar el periodo que se extiende desde cerca de 1980 hasta los primeros años 2000. Las dos no tienen la misma edad. Evidentemente, el neoliberalismo es un objeto nuevo y el imperialismo una cosa vieja. La sección 2 propone algunas definiciones. Las dos secciones siguientes ofrecen, cada una a su manera, las informaciones que permiten aclarar, esencialmente en un plano económico, la naturaleza y las características del neoliberalismo (sección 3) y del imperialismo (sección 4). La relación entre neoliberalismo e imperialismo puede entonces establecerse. La dominación imperialista sobre el resto del mundo se benefició formidablemente con las transformaciones neoliberales; el estadio neoliberal del imperialismo demuestra ser particularmente fructuoso para las clases y los países dominantes que drenan enormes ingresos del resto del mundo; y, de reflejo, se refuerza el proyecto que encarna el neoliberalismo, el del restablecimiento del poder y del ingreso de las clases propietarias de los medios de producción. Ese proyecto de transformación social reaccionaria, sin embargo, está atravesado por contradicciones (sección 5). Provocó importantes derivaciones, particularmente en el corazón del corazón del sistema, de parte de las clases dominantes de Estados Unidos. El mantenimiento de esas tendencias zaparía los fundamentos de las empresas y por consiguiente, hay que prever una rectificación. ¿Cuáles serán las consecuencias de la misma?

2 – Neoliberalismo e imperialismo

Existe, por cierto, una ideología neoliberal pero el neoliberalismo define una realidad: el nuevo curso del capitalismo desde, por lo menos, los comienzos de los años 1980:

La ideología y la propaganda neoliberales destacan las virtudes del mercado y de la libre empresa, lo cual es una manera disfrazada de hablar del capitalismo; la intervención del Estado debería ser limitada a lo estrictamente necesario. Esos principios no son extraños al nuevo curso neoliberal del capitalismo. En cada país aumentó la libertad de empresa, de comprar y de vender, de emplear y despedir trabajadores, de comprar filiales y fusionarse, etc; los derechos de los trabajadores retrocedieron. En el plano internacional, se redujeron las fronteras comerciales, e incluso se suprimieron, y los capitales adquirieron el derecho de circular libremente. Por lo menos todos esos procesos están en curso. Sin embargo, en muchos campos se reforzó el poder de los Estados. Así sucedió, en particular, en el caso de las políticas monetarias cuyo objetivo actual es, casi exclusivamente, la estabilidad de los precios, despreciando la desocupación; en todas partes los Estados fueron los vectores del establecimiento del neoliberalismo, en los planos nacional e internacional. Las palancas en manos de los promotores del orden neoliberal son principalmente a nivel de las empresas, las tasas de interés elevadas y un “gobierno empresarial” (léase “gestión”) orientado hacia los intereses de los accionistas; un elemento clave es la nueva disciplina que se ha impuesto a los trabajadores y a los administradores. Al nivel del Estado, se aplican nuevas políticas, macroeconómicas (débil inflación) o sociales (disminución del costo del trabajo) que buscan promover los mismos intereses. En el plano internacional se trata de la mundialización del orden neoliberal mediante la eliminación de las barreras a la circulación de los bienes y de los capitales y la apertura de los países al capital internacional, y en particular la venta a bajo precio de las empresas públicas potencialmente rentables; la exportación de capitales, las tasas de interés elevadas y los precios bajos y en disminución de las materias primas permiten transferir enormes masas de ingresos hacia los países imperialistas.

Es difícil fijar el origen cronológico de unas transformaciones tan complejas como la emergencia del neoliberalismo. El fin del año 1979 representa, sin embargo, una fecha emblemática. Paul Volcker, nombrado a la cabeza del banco central de Estados Unidos por Jimmy Carter al final de su mandato, decidió aumentar las tasas de interés a cualquier nivel para acabar con la inflación. Otras transformaciones ya estaban en curso desde, en par-

titular, la crisis del dólar, a comienzos de los años 1970, como el abandono de las paridades fijas características del sistema de Bretton Woods, establecido al terminar la Segunda Guerra Mundial; ya estaban en curso la eliminación de las barreras o simples restricciones a la libre circulación de los capitales, La potente máquina financiera de los *euromercados* y del *eurobanco* ya estaba bien establecida en el plano internacional, liberada del control de los bancos centrales. La incapacidad de enfrentar la *crisis estructural* que afectó a las principales economías capitalistas en los años 1970, en particular la inflación acumulativa, creó las condiciones económicas, sociales y políticas que permitieron establecer el nuevo orden social⁴: por consiguiente, se combinaron el fracaso del viejo orden y las presiones de los promotores del nuevo orden. A eso se agregaba el fracaso, cada vez más evidente, del modelo soviético y el debilitamiento del movimiento obrero.

Esas transformaciones fueron hechas por la fracción superior de las clases capitalistas. En un capitalismo donde la propiedad y la administración están separadas la propiedad de esos grupos sociales sobre los medios de producción se expresa mediante la posesión de acciones, es decir, de títulos; son igualmente acreedores, es decir, tienen títulos de crédito que les dan derecho sobre una parte de las ganancias de las empresas. Esta propiedad tiene pues un carácter financiero y Marx reunía la posición de los accionistas y prestamistas, que a menudo son los mismos, en la categoría de *capital de préstamo*. El hecho de que la gestión de las empresas pase a manos de los asalariados habría podido significar una pérdida de poder de los propietarios “financieros” pero el poder de esos propietarios se concentró, desde el comienzo, en potentes instituciones financieras, como los bancos, los holdings financieros y los diversos fondos (de pensión, para el financiamiento de las jubilaciones, u otros) Llamamos *finanza* a esas fracciones superiores de las clases capitalistas y a sus instituciones financieras. No se trata de una industria particular, como la banca. En el capitalismo moderno, la clase de los grandes propietarios de capital está relativamente unificada y posee partes de todos los sectores de la economía (por sus títulos) y las controla (mediante sus instituciones financieras).⁵ Eso no impide que las actividades financieras y el sector financiero hayan adquirido, en el neoliberalismo, una mayor importancia. Por una parte, esas actividades se han hecho mucho más rentables y, por otra parte, el control de la economía nacional y mundial por las instituciones financieras es crucial para mante-

⁴ G.Duménil, D. Lévy, 2004.

⁵ G. Duménil, D. Lévy, 2004, cap. 23.

ner y perpetuar el orden neoliberal. Por esas razones se habla a menudo de financiarización y de mundialización financiera.⁶

Si Lenin trazó en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*⁷ un cuadro extraordinario de la realidad del capitalismo a principios del siglo XX^o, no le damos el mismo contenido al término *imperialismo*. Nos parece más justo hacer de éste una característica general y permanente del capitalismo. Desde sus orígenes más lejanos y todavía embrionarios (se puede pensar en la Liga Hanseática) el capitalismo busca ganancias fuera de sus metrópolis con la avidez que lo caracteriza.

Esta búsqueda, estructural en el capitalismo, siempre estuvo acompañada por un proceso de dominación de todo tipo que va desde la simple imposición de la apertura de las fronteras a países con desarrollo inferior, con las consecuencias dramáticas que conocemos,⁸ hasta el colonialismo puro y simple pasando por todos los procedimientos de presión y de extorsión. Sus medios son la guerra y la subordinación, la aculturación y, en el pasado, la evangelización: la esclavitud fue un episodio particularmente horroroso, pero las condiciones en que viven, actualmente, las poblaciones de las maquiladoras o de otras partes similares están lejos de ser envidiables. El conjunto de esas relaciones constituye el sistema del imperialismo, definido por la búsqueda de beneficios en el exterior de las metrópolis capitalistas mediante métodos opresivos.

Si el imperialismo no es una fase del capitalismo, pasa él mismo por diferentes fases que son el eco de las transformaciones en los países imperialistas mismos. Las características principales cambian. Por ejemplo, las relaciones comerciales fueron dominantes en los primeros estadios. Muy rápidamente se combinaron con modos de financiamiento particulares, relacionados con la exportación de capitales, como en el imperio americano de España en el cual los comerciantes españoles financiaban la agricultura y las minas de los criollos. Muy rápidamente se ligaron estrechamente las mercancías y los capitales. De este modo el imperialismo neoliberal posee naturalmente sus características propias, como lo muestra este estudio, en particular la importancia de las inversiones financieras.

El imperialismo no es el resultado de la acción de un país, sino de un conjunto de países. Estos tienen relaciones de lucha que llegan hasta las confrontaciones armadas entre dos potencias o grupos de potencias en sis-

⁶ F. Chesnaix, 2004.

⁷ V.I. Lenin, 1916.

⁸ Ya descritas por Marx: 1853

temas de alianza pero también de cooperación. Cada Estado representa en él los intereses de sus clases dominantes. Un país puede ocupar una posición hegemónica, como Estados Unidos, que dirige, en el mundo unipolar contemporáneo, el grupo de los países imperialistas. La relación de dominación se establece entonces a un doble nivel entre el país dominante y los otros miembros del grupo y entre esos países imperialistas y los otros países dominados. En realidad se trata de una jerarquía de poderes donde el más fuerte explota al más débil.

Evidentemente, en ese mundo neoliberal e imperialista, los países y Estados siguen desempeñando un papel central a pesar de la globalización, y esto desde diversos puntos de vista. Las grandes sociedades son más transnacionales que multinacionales, en el sentido de que sus propiedades y su administración permanecen ligadas a un país particular. Los propietarios todavía tienen una nacionalidad. A pesar de los paraísos fiscales podemos ver establecerse en beneficio de ciertos países los flujos de ingresos internacionales. Las situaciones macroeconómicas de los diferentes países no son equivalentes y esas particularidades tienen efectos mayores. Mostraremos en particular las consecuencias del hecho de que Estados Unidos no esté sometido a la necesidad de equilibrar su contabilidad exterior debido a su potencia misma. Esta permanencia de los anclajes nacionales se manifiesta, por otra parte, sin ambigüedades en la acción de cada Estado en defensa de sus intereses nacionales.

3 – Neoliberalismo: ingresos, patrimonios y tren de vida de las clases más ricas.

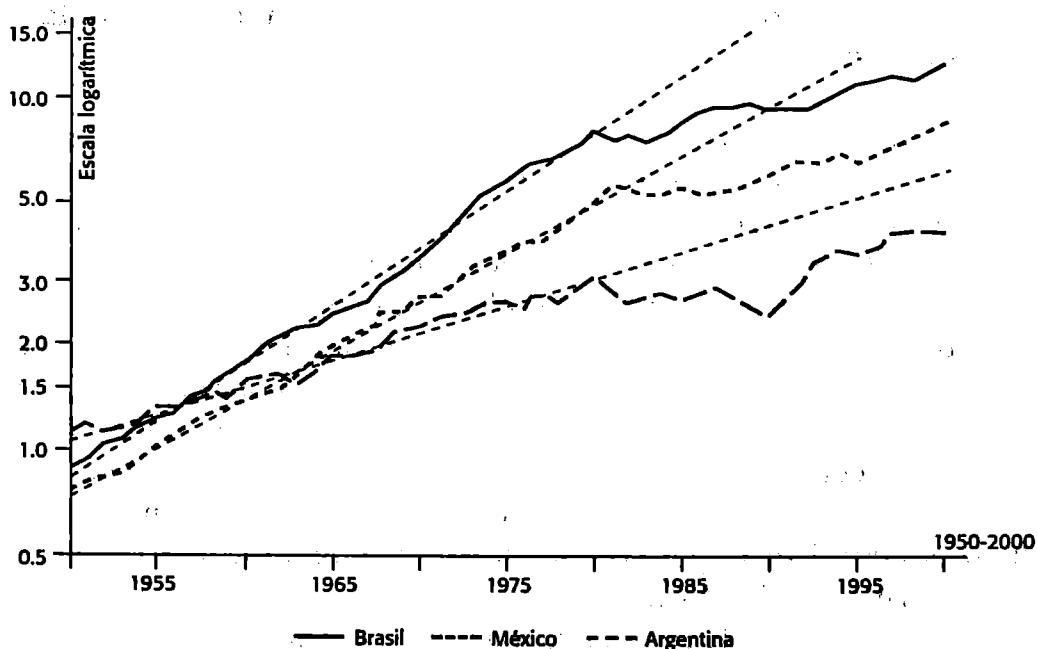
Antes de analizar lo que es el neoliberalismo conviene refutar la tesis que lo convierte en un *modelo de desarrollo*. Ni en el centro ni en la periferia, el neoliberalismo aparece así. Mismo en Estados Unidos, la tasa de crecimiento de la producción y la tasa de acumulación del capital (la tasa decrecimiento del stock de capital fijo, es decir, el conjunto de las construcciones y de los materiales de los cuales disponen las empresas para producir) registradas desde 1980 son menos elevadas que las alcanzadas en los decenios anteriores desde la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, Estados Unidos goza de una situación privilegiada debido a su posición dominante. En Europa, la reducción de las tasas de crecimiento y de acumulación fue dramática. En Francia, por ejemplo, la tasa de acumulación de las sociedades no financieras llegaba al 8% a comienzos de los años 1970, después cayó brutalmente durante la crisis estructural de esos años y no se reestableció

con el neoliberalismo; a fines del siglo XX oscilaba en torno al 2%. Correlativamente, Europa no llega a escapar a su desocupación estructural.

La situación es particularmente dramática en muchos países de la periferia. Si dejamos de lado modelos muy particulares, como el de Corea y algunos países como China, India y Chile, el cuadro es impresionante en América latina y catastrófico en África. La figura 1 muestra el perfil de la producción en Brasil, México y Argentina desde hace varias décadas. En esos tres países, la ruptura del crecimiento se manifestó a comienzos de los años 1980. No es aparente ningún restablecimiento posterior a pesar de la docilidad de esos países frente al orden neoliberal y, en el caso de México, de la asociación con Estados Unidos y Canadá desde 1994 en el seno del TLCNA. La caída de las tasas de crecimiento y la inestabilidad macroeconómica (la repetición de recesiones) son particularmente evidentes para ese último país, donde todo comenzó, brutalmente, con la crisis de la deuda en 1982.

Se puede notar, en el caso de la Argentina, que la transición hacia el neoliberalismo en 1990 vino después de un periodo de estancamiento. Fue seguida por algunos años de crecimiento más sostenido que supuestamente demostraba las potencialidades del modelo neoliberal ¡pero conocemos el desenlace!

Figura 1. Producción (PNB) en la periferia (miles de millones de dólares de 1996): Brasil, México y Argentina



Los datos están expresados en paridades de poder adquisitivo, lo cual da sentido a la comparación de los niveles absolutos y refleja el tamaño de los tres países.

Los fines del orden neoliberal son de otra naturaleza que el desarrollo de la periferia o incluso la acumulación en el centro. Se refieren a la restauración de los ingresos y patrimonios de las fracciones superiores de las clases dominantes. No existen estadísticas que permitan caracterizar clases. Pero ciertos trabajos e investigaciones nos dan datos relativos a la concentración de los ingresos y de las riquezas. La figura 2 muestra la fracción de los ingresos disponibles totales de los hogares en Estados Unidos que recibe el 1% más rico.⁹

Figura 2. Parte del ingreso disponible de los hogares en posesión del 1% de los ingresos más elevados (%): Estados Unidos



Vemos en esta figura que el 1% de los hogares con los ingresos más elevados recibía más del 16% del ingreso total antes de la crisis de 1929 y de la Segunda Guerra Mundial: “dichosos” tiempos de un capitalismo dominado por una burguesía fácilmente identificable. A fines de la guerra ese porcentaje cayó repentinamente al 8%, y quedó a ese nivel hasta los años 1980. Los beneficios del capital habían disminuido profundamente y las jerarquías salariales habían sido reducidas fuertemente. Esas décadas a menudo son

⁹ T. Piketty, E. Saez, 2003.

designadas como las del *compromiso keynesiano*. Además de esta reducción de las desigualdades, ellas se caracterizaban por una gran autonomía de los cuadros (managers) tanto en el nivel de las empresas como al de las instancias centrales responsables de las políticas económicas y de la gestión social (educación, sanidad, etc). Como los propietarios del capital, el sector financiero estaba poco remunerado; las ganancias permanecían en las empresas donde eran reinvertidas. Con el neoliberalismo, los porcentajes de la figura 2 se elevan hacia niveles similares a los de la preguerra.

El estudio de la riqueza total de esas clases dominantes muestra su fuerte disminución relativa durante la crisis de los años 1970.¹⁰ Mientras en la postguerra el 1% de los hogares más ricos poseía cerca de un tercio de la riqueza total del país, ese porcentaje cayó en pocos años al 22% a comienzos de los 1970. En no muchos más años el neoliberalismo restablecía la concentración de los patrimonios (siempre relativamente al conjunto de la población) en los niveles anteriores a la crisis o incluso más elevados.

La restauración del status de esas clases sigue siendo, sin embargo, inacabada. Un elemento crucial es la reducción de la fiscalidad directa sobre los altos ingresos. Se está llevando a cabo a pesar de la presión constante que ejerce la existencia de tenaces desequilibrios presupuestarios.

¿Cómo fueron posibles tales variaciones de ingresos y de riquezas? Durante los años 1970, las tasas de inflación eran superiores a las tasas de interés; las empresas eran poco rentables y distribuían pocos dividendos; correlativamente, el nivel de la bolsa, corregido por la inflación había sido dividido por dos y se estancaba. Se puede comprender fácilmente que algunas clases, cuyo ingreso deriva en gran medida de la posesión de títulos, considerasen en riesgo sus ingresos y su riqueza.

El neoliberalismo cambió todo eso. Las tasas de interés corregidas restando la inflación que antes eran bajas se elevaron hasta cerca del 5% (para las tasas de interés a los créditos a largo plazo a las empresas mejor cotizadas). La rentabilidad de las empresas mejoró y distribuyeron una fracción creciente de sus ganancias como dividendos. Desde cerca del 30% de ganancias tras pago de intereses e impuestos, el porcentaje subió gradualmente hasta llegar prácticamente al 100% al final del siglo XXº. Los cursos bursátiles (siempre sustrayendo la inflación) se multiplicaron por tres con respecto a su nivel anterior a la crisis de los años 1970.

Por consiguiente no hubo ningún milagro. Todo consistió en un problema de poder y de relación de fuerzas, nacional e internacionalmente.

¹⁰ E. Wolf, 1996.

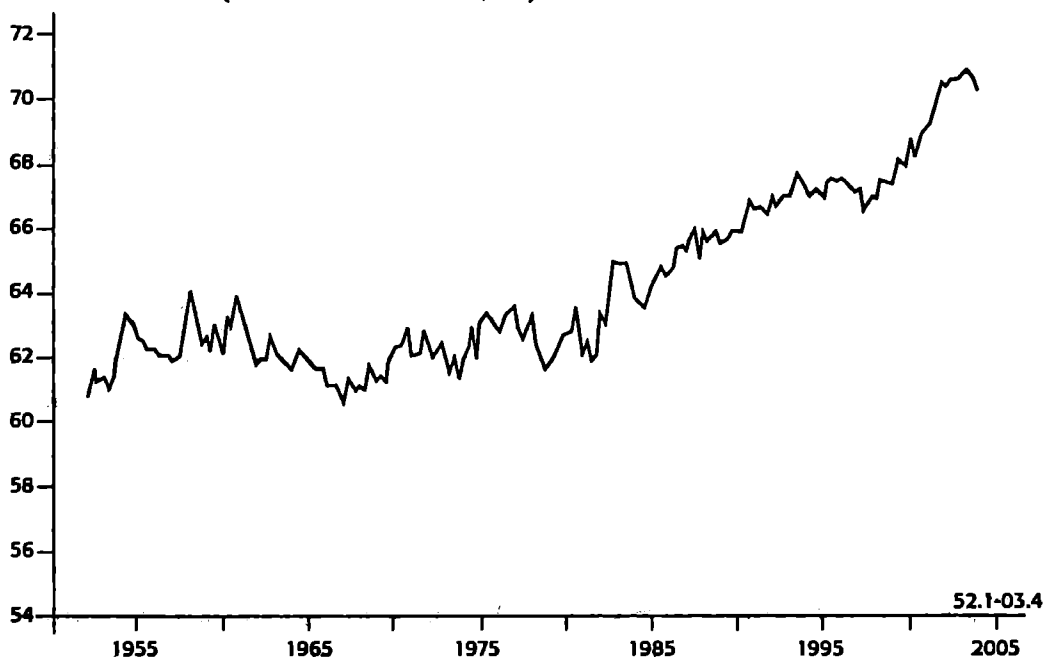
Este reforzamiento de los ingresos y de los patrimonios modificó profundamente los comportamientos de las clases dominantes. Desde prácticamente el comienzo de la era neoliberal los hogares estadounidenses aumentaron formidablemente sus gastos, consumo y alojamiento y, sobre todo, el consumo.

La figura 3 muestra la parte del consumo de los hogares estadounidenses en el producto interno bruto (PIB) desde los años 1950. Se ve claramente en la misma que esa tasa oscilaba en torno al 62% o 63% antes del neoliberalismo. Desde comienzos de los años 1980 esa tasa aumentó regularmente y de modo espectacular para sobrepasar el 70% a comienzos del siglo XXI^o

Este aumento del consumo de los hogares tiene dos orígenes: el alza de la parte de su ingreso en el PIB y la disminución de su tasa de ahorro (el alza de la parte de su ingreso destinada al consumo). Esos dos mecanismos se refieren a los hogares más ricos.

En lo que respecta a la baja de la tasa de ahorro, un estudio de la Reserva Federal¹¹ permite identificar las capas de la población que originan esa caída. El estudio divide los hogares en cinco grupos según su nivel de ingreso (el

Figura 3. Relación del consumo de los hogares con respecto al PIB (datos trimestrales, %): Estados Unidos.



El consumo de los hogares es la suma de compras de bienes y servicios (incluido el alojamiento) Fuente: NIPA (BEA).

¹¹ D. Maki, M. Palumbo, 2001.

20% con ingresos más altos, el 20% que constituye el grupo inmediatamente inferior, etc.). Toda la caída del ahorro se concentró en el grupo con ingresos más fuertes, tradicionalmente la fuente del ahorro en el país (pues los pobres ahorran poco). A fines del siglo pasado la tasa de ahorro de esas capas acomodadas se tornó negativa, lo que significa que gastan más de lo que ganan (sin duda en relación con los cursos de la bolsa), endeudándose. El alza formidable de las tasas de endeudamiento de los hogares es otra característica de la macroeconomía estadounidense sin que se sepa en cuál medida se concentra en esta fracción de las unidades domésticas más acomodadas.

Las consecuencias de ese proceso fueron amplificadas por el hecho de que esas capas concentran los ingresos financieros que son los que aumentaron fuertemente. Entre 1952 y 1979, es decir, antes del neoliberalismo, los ingresos financieros (intereses y dividendos, sin tener en cuenta las ganancias en capital) representaron, en promedio, 10% del ingreso total de los hogares; entre 1980 y el 2003 ese porcentaje llegó al 17%.

El costo para otras clases y países fue considerable: crecimiento lento, desocupación, desarticulación de las sociedades, miseria, etc. Pero desde el punto de vista de sus objetivos, el neoliberalismo fue un éxito brillante.

4 – Potencia del imperialismo estadounidense

No se puede comprender, sin embargo, la dinámica de los ingresos del capital en Estados Unidos sin examinar las relaciones entre ese país y el resto del mundo. Allí entra en juego la presión imperialista propiamente dicha.

No existe ningún medio simple de aprehender el efecto de la relación de Estados Unidos con el resto del mundo sobre los ingresos del capital en ese país. Los mecanismos, en efecto, son múltiples. Conocemos, por ejemplo, la importancia de la compra de materias primas, incluidas fuentes de energía, a un precio favorable para los países compradores. En el curso de las décadas neoliberales, esos precios han caído sin cesar, a veces cayendo a un tercio de su precio inicial. Otros mecanismos, como la importación de cerebros del resto del mundo (el *brain drain*) contribuyen fuertemente, no sólo a los ingresos de Estados Unidos, sino también al mantenimiento de su preeminencia tecnológica. También en este caso es problemática la cuantificación. A la inversa, los sistemas de contabilidad nacional dan estimaciones del flujo de ingresos, llamados financieros, tales como los pagos de dividendos y de intereses, así como de los beneficios de las sociedades transnacionales retenidos en el extranjero pero que son propiedad de las sociedades madres estadounidenses.

Previamente a esta investigación, hay que precisar un punto terminológico. Se entiende generalmente por inversión la suma que se le hace al capital fijo en el curso de cierto período. Se puede agregar a eso la variación de los stocks. El mismo término se utiliza, sin embargo, cada vez más a menudo para hablar de una colocación financiera de dinero, por ejemplo, de la compra de una acción o de una obligación. Cuando se trata de una inversión directa, es decir de la toma de participación por una sociedad de más del 10% del capital de otra, lo que la convierte en una filial, no son adecuados ninguno de los dos adjetivos “físico” y “financiero”. Se opondrá, sin embargo, la inversión en capital fijo y en stocks, física, a la inversión financiera, incluida la inversión directa. Las inversiones de portafolio o de cartera son las inversiones financieras diferentes de las inversiones directas.

Consideraremos, en primer lugar, las inversiones directas en el extranjero de las sociedades transnacionales de Estados Unidos. Las ganancias realizadas con esas inversiones se componen de dividendos, intereses y lucros conservados en el extranjero. Los datos disponibles permiten separarlos de la masa de otras ganancias calificadas de “lucros domésticos”. Evidentemente algunas de esas ganancias domésticas se sacan del resto del mundo, debido a los bajos precios de las materias primas o a los pagos realizados por extranjeros directamente a sociedades establecidas en Estados Unidos (como una parte de los pagos de intereses de la deuda de la periferia).

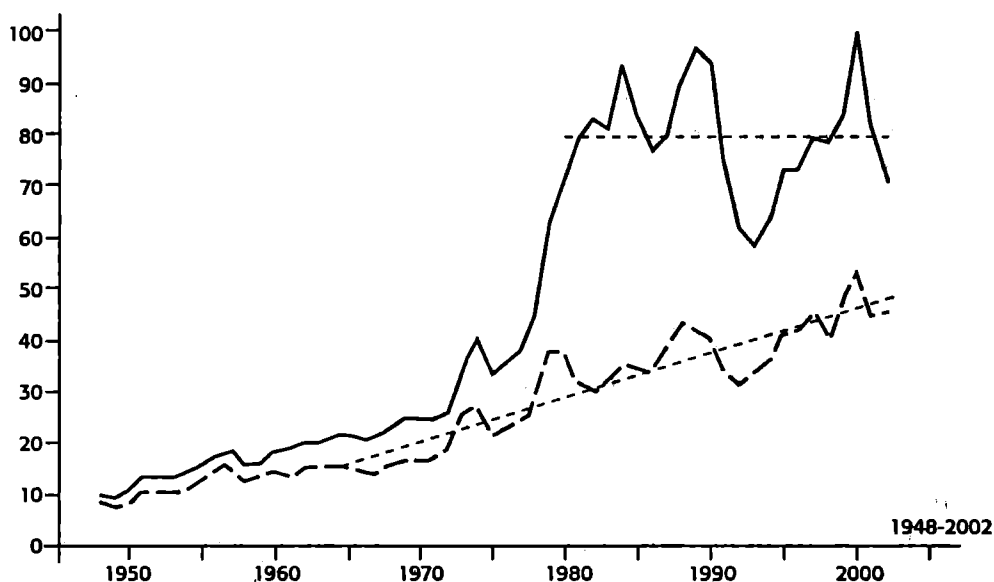
En el 2000, el conjunto de las ganancias resultantes de la inversión directa de Estados Unidos, o sea las ganancias de las filiales de las transnacionales en otros países, representó el 53% de las ganancias domésticas. Sabiendo que éstas contienen aún una fracción de ingresos tomados del resto del mundo, esa cifra da ya una idea notable de la importancia para los ingresos del capital en Estados Unidos de la apertura internacional de esta economía.

La figura 4 muestra la evolución de ese porcentaje de las ganancias de las transnacionales sobre sus inversiones directas en el extranjero sobre las ganancias domésticas. Se ve un crecimiento bastante regular de cerca del 10% en 1948, a 53%, el punto culminante en el 2000. Este progreso es el de la mundialización de la economía y el neoliberalismo no constituye ninguna ruptura. En efecto, este orden social, poco favorable a la inversión física, redujo considerablemente el ritmo de crecimiento del flujo de inversiones directas de las transnacionales de Estados Unidos, tanto en volumen como en la parte de la producción total de ese país.

Disponemos igualmente de una medida de todos los ingresos provenientes de todas las categorías de inversión financiera, incluyendo la inversión directa, de agentes estadounidenses en el resto del mundo. Se puede

igualmente relacionarlos con las ganancias domésticas para apreciar la dimensión. El porcentaje llega a 100% en el 2000. Es decir, que la masa de ingresos extraídos del resto del mundo bajo la forma de dividendos, de intereses y de ganancias mantenidas en las filiales en el extranjero fue igual a la de las ganancias domésticas. No se trata pues de un pequeño complemento de la actividad territorial.

Figura 4. Relación de los ingresos provenientes del extranjero con las ganancias de las sociedades realizadas en Estados Unidos



Ingresos totales provenientes del extranjero / Ganancias domésticas (—)
Ingresos de las inversiones directas en el extranjero / Ganancias domésticas (- - -)

La serie de las ganancias domésticas de las sociedades utilizada en el cálculo ha sido un poco alisada para evitar las fluctuaciones que reflejan las variaciones coyunturales del nivel general de actividad. Las fluctuaciones restantes son principalmente el efecto de las variaciones de las tasas de interés.

La figura 4 describe igualmente la variación de ese porcentaje en el tiempo. Encontramos en ella el punto culminante de 100% en el 2000. La observación más notable, sin embargo, el alza espectacular de fines de los años 1970, consolidada en el neoliberalismo. Todo el período neoliberal aparece así marcado por el signo de esta punción del ingreso financiero sobre el resto del mundo. El porcentaje oscila en torno a un piso de 80%.

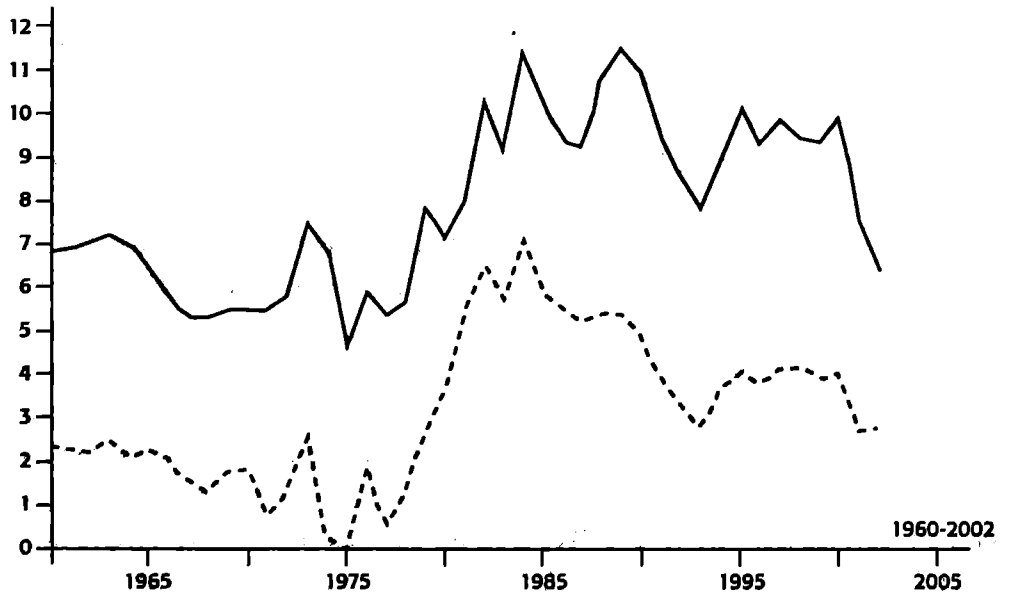
La primerísima fase del alza, a fines de los años 1970, refleja el crecimiento de los intereses sobre la deuda entonces llamada del Tercer Mundo.

Pero en esa época la desvalorización de esa deuda por la inflación significaba una contratransferencia a favor de los prestatarios que no toma en cuenta la medida que se describe en la figura. Con el fin de la inflación, la punición adquirió toda su amplitud propiamente neoliberal. Es el efecto del alza de las tasas de interés reales y de las distribuciones de los dividendos. Contrariamente a la componente de esos ingresos correspondientes a las inversiones directas, el aumento de los ingresos en las inversiones de portafolio fue en muy gran medida el efecto del aumento de las tasas de interés y es, por lo tanto, emblemática del orden neoliberal.

Se puede retener por consiguiente la principal enseñanza de este análisis, a pesar de las limitaciones de los datos disponibles: en el 2000, los ingresos financieros que Estados Unidos obtiene de su relación con el resto del mundo son superiores al total de las ganancias de sus sociedades en Estados Unidos. Un imperialismo musculoso, pues, crucial para la remuneración del capital en ese país.

No es necesario decir que los extranjeros también hacen inversiones financieras en Estados Unidos, lo cual aumenta la importancia de los flujos

Figura 5. Tasa de rendimiento aparente de los haberes de Estados Unidos en el resto del mundo y de los haberes del resto del mundo en Estados Unidos, restándoles la inflación (%)



Tasas de rendimiento aparente real de los haberes de Estados Unidos (—)
Tasas de rendimiento aparente real de los haberes del resto del mundo (- - -)
FUENTE: International Transactions data (BEA); NIPA (BEA)

de ingresos extraídos del resto del mundo. Nos limitaremos transitoriamente a un solo aspecto de esta relación bilateral referente a los rendimientos de las inversiones de unos y otros.

Se observará que aquí consideramos sólo las inversiones financieras que realizan en Estados Unidos agentes del resto del mundo y no sus inversiones en todos los terceros países. A la inversa, consideramos todas las inversiones de Estados Unidos en cualquier país. Se trata por consiguiente de examinar la posición de Estados Unidos como inversionista y como lugar de inversión.

La figura 5 muestra las tasas de rendimiento de las inversiones de los agentes estadounidenses en el extranjero y de los extranjeros que invierten en Estados Unidos. Se corrigió la desvalorización de la deuda debida a la inflación. Se imponen dos tipos de comentarios.

1. Los dos perfiles son similares. Se nota un fuerte aumento de los rendimientos de cerca de 4 puntos de porcentaje a fines de los años 1970, lo que marca la aparición de las fuertes tasas de interés características de los años neoliberales. Las tasas cayeron un poco en los años 1990.
2. El principal descubrimiento es la diferencia muy pronunciada de los rendimientos, cerca del 4% entre una punta y la otra del periodo. Esta diferencia es la expresión de una fuerte asimetría. Cuando Estados Unidos hace inversiones financieras en el resto del mundo los mismos son muy remunerativos, entre 7% y 9% según el subperiodo, y muy superiores a los rendimientos que obtienen los extranjeros invirtiendo en Estados Unidos. Esa diferencia de rendimiento aparece en cada componente de la inversión financiera, la inversión de cartera y la inversión directa¹².

La composición de las inversiones de Estados Unidos en el extranjero es muy diferente de las de los extranjeros que invierten en Estados Unidos. Está formada, en cerca de un 50%, por inversiones directas, a diferencia del 20% correspondiente a los extranjeros en Estados Unidos. Ese país funciona pues, según la terminología de Marx, como una especie de “capitalista activo” mientras que los extranjeros tienen más un comportamiento de “prestamistas”, siempre según la terminología de Marx que reunía a los accionistas que no participaban en la gestión de las empresas y a los acreedores bajo la rúbrica de *capital de préstamo*. Esos rentistas son, por ejemplo, familias ricas de América latina o emires del Medio Oriente, o también

¹² R. J. Mataloni, 2000.

bancos centrales que invierten sus haberes en dólares en bonos del Tesoro estadounidense, comportándose así como "Estados rentistas". Esta diferencia en la composición explica en parte la diferencia de rendimientos en el conjunto de las inversiones financieras.

5. Una trayectoria insostenible

Las secciones precedentes ponen claramente bajo los reflectores la potencia del imperialismo estadounidense. Las extracciones al resto del mundo son formidables por su magnitud y por su eficacia, que se expresa bien en los rendimientos. Se comprende, incidentalmente, cuáles motivaciones puede tener ese país, y en particular los gobiernos del mismo, para preservar esta dominación por todos los medios, económicos, políticos y militares. Pero igualmente se puede ver la dependencia así creada. Esta trayectoria, sin embargo, está atravesada por una contradicción mayor, cuya naturaleza trataremos de describir en esta sección.

En primer lugar, examinaremos la relación existente entre el ahorro y la inversión en Estados Unidos. Entendemos aquí por inversión la inversión en capital fijo de las empresas, según las definiciones dadas anteriormente. Ahorro e inversión están expresados en porcentaje de la producción total de Estados Unidos (el Producto Interno Neto, PIN), igual al ingreso total teniendo en cuenta los flujos de ingresos con el extranjero.

El contraste entre las décadas neoliberales y los primeros decenios de la posguerra es impresionante. Antes de 1980, las tasas de ahorro y de inversión de Estados Unidos oscilaban en torno al 4 o al 5%. Ambas tasas cayeron con el ingreso en el neoliberalismo: una disminución moderada, aunque significativa, de la tasa de inversión, de 4,1% antes de 1980 a 3,5% posteriormente, y una caída espectacular de la tasa de ahorro de 4,5% a 1%, en los mismos periodos. Con una rapidez desconcertante Estados Unidos comenzó a invertir mucho más de lo que ahorraba a comienzos de los años 1980. Globalmente, eso significa que gastaban, en consumo e inversiones, netamente más que sus ingresos.

En esta formidable ola de gastos hay dos componentes. En primer lugar y de un modo súbito, a comienzos de 1980 apareció un fuerte déficit presupuestal. El mismo resultaba del alza de las tasas de interés, de la disminución de los ingresos y del aumento de los gastos militares (la "guerra estelar" de Ronald Reagan). Pero existe otro componente que se impuso gradualmente e irremisiblemente; es el aumento del consumo de los hogares descrito en la figura 3, que trajo aparejada la caída de sus tasas de aho-

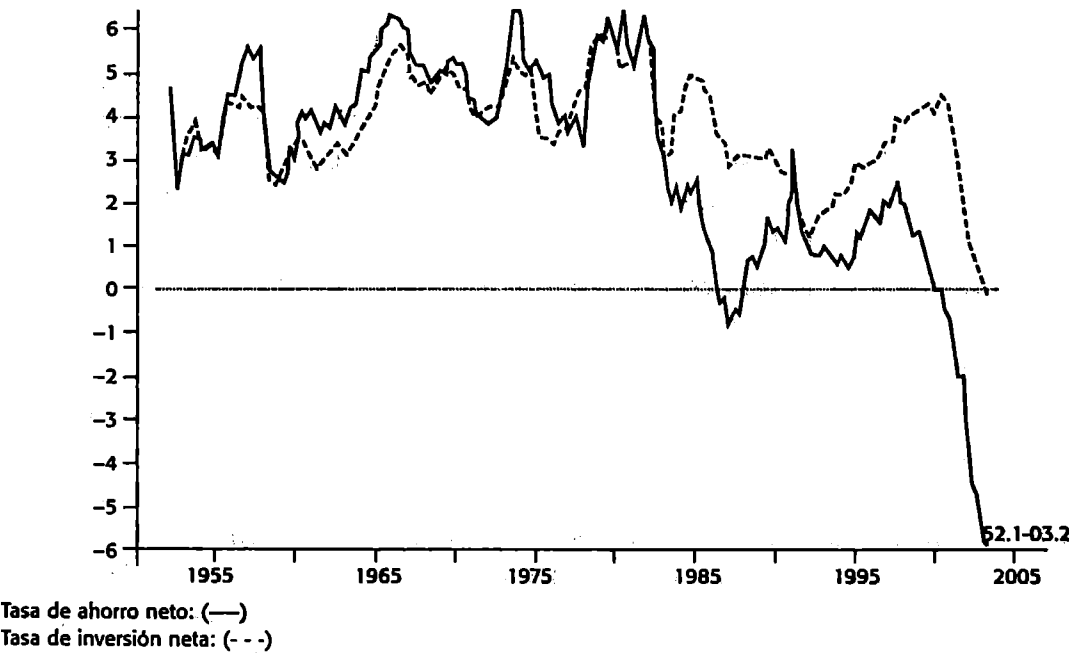
ro y sobre el cual hemos observado que es el producto de los gastos inmoderados de las clases más acomodadas.

¿Cómo es posible?

Por razones contables, la brecha entre el ahorro y la inversión de la figura 6 es igual al saldo de la balanza corriente de Estados Unidos, o sea a la suma de la balanza comercial (exportaciones menos importaciones) y el saldo del flujo de ingresos con el extranjero (casi las transferencias unilaterales). Es el primer componente, los flujos comerciales, lo que amplió la brecha. La figura 6 manifiesta pues un déficit de la balanza de pagos corrientes en los años neoliberales.

Cuando Estados Unidos importa más de lo que exportan, los extranjeros son pagados en dólares, sin contrapartida financiera (esos dólares no resultan de un préstamo, por ejemplo). Si los extranjeros vendiesen esos dólares, el curso de esa moneda bajaría, lo que tendería a corregir el déficit externo (sin que ese ajuste sea automático). De hecho, los extranjeros, debido a la fuerza de la economía estadounidense y a la debilidad de la situación macroeconómica de su propio país, hacen inversiones financieras en acti-

Figura 6. Relación entre el ahorro neto y la inversión neta con el producto interno neto (%): Estados Unidos

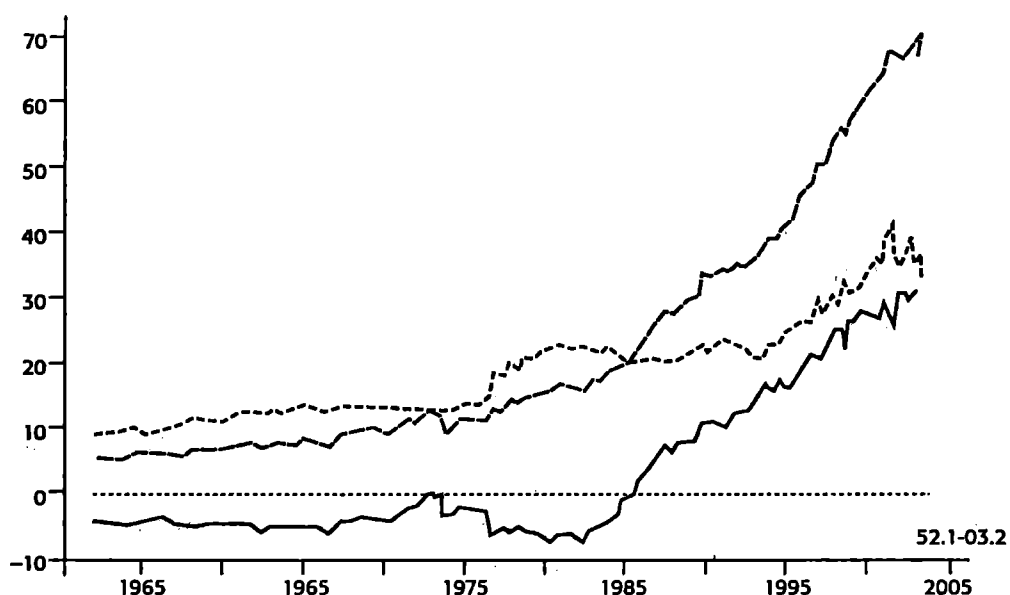


¹³ Ese control de la demanda demuestra ser, en promedio, eficaz pero a menudo se producen "descarilamientos"; los recalentamientos y las recesiones.

vos estadounidenses. Participan así en el financiamiento de la economía de Estados Unidos comprando acciones, prestando a las empresas, a las unidades domésticas o al Estado. La política monetaria de Estados Unidos, que ajusta las masas de los créditos domésticos al nivel requerido para mantener una actividad estable, dosifica los complementos a este aporte exterior¹³. Este curso de las cosas puede seguir mientras los extranjeros estén satisfechos con esta utilización de su poder de compra en dólares.

La inversión es la inversión física de las empresas: el ahorro es el excedente del ingreso nacional sobre todos los gastos, con excepción de esas inversiones. La inversión neta es igual a la inversión bruta menos el consumo de capital.

Figura 7. Relaciones con el producto interno neto (de Estados Unidos) de los haberes del resto del mundo sobre Estados Unidos y de los haberes de Estados Unidos sobre el resto del mundo



Haber del resto del mundo sobre Estados Unidos (—)

Haber de Estados Unidos sobre el resto del mundo: (- - -)

Haber neto del resto del mundo sobre Estados Unidos: (—)

Por razones contables, la variación del saldo (—) es por completo el efecto de los desequilibrios de la balanza corriente (el saldo de las exportaciones e importaciones de bienes y servicios y de los flujos de ingresos). Toda operación financiera (inversión directa o no, crédito, operación cambiaria...) no produce cambios en los dos stocks de haberes (—) y (- - -) o los modifica en la misma cantidad, no alterando por consiguiente su diferencia.

Fuente: *Flow of Funds* (Federal Reserve).

Un aspecto evidente de esa trayectoria es el crecimiento relativo de los haberes de los extranjeros en Estados Unidos con relación a los haberes de

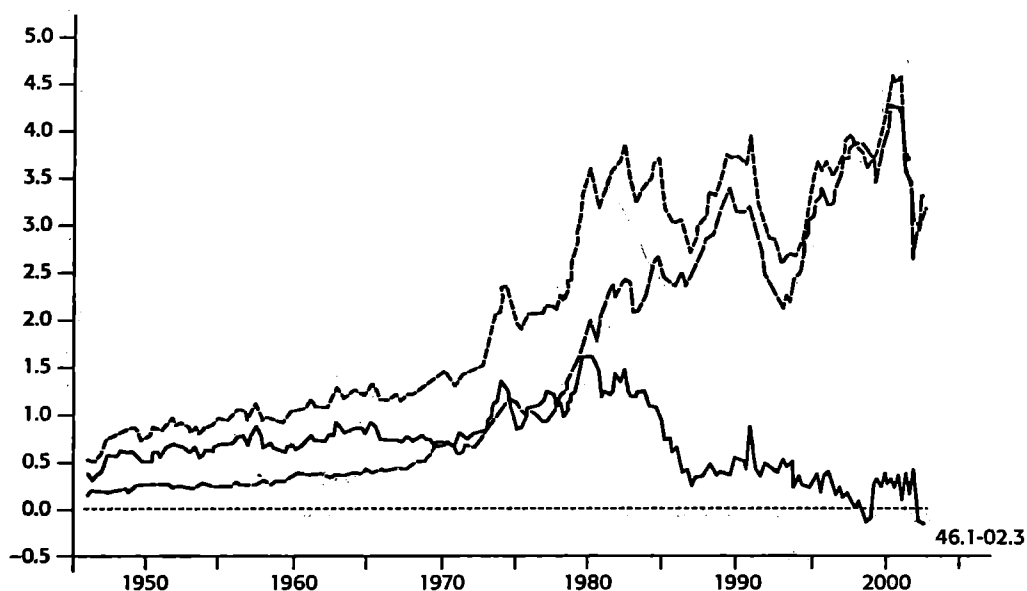
ese país en el resto del mundo. La figura 7 describe esos dos stocks de haberes, divididos por la producción estadounidense.

Podemos observar el aumento gradual de los haberes de Estados Unidos en el resto del mundo de cerca del 11% en los años 1959 a 36% al fin del periodo. La curva de los haberes del resto del mundo en Estados Unidos comienza muy por debajo de la precedente pero la cruza en 1985, con 22%. El aumento es irreversible, hasta 78% de la producción de Estados Unidos. La tercera curva nos da la medida de la brecha existente entre los dos stocks. Los valores negativos del primer periodo expresan el excedente de los haberes de Estados Unidos respecto a los del resto del mundo hasta el cambio de signo en 1985. ¡En el 2003 el excedente de los haberes del resto del mundo sobre los de Estados Unidos representó el 40% de la producción de ese país! Se habla a veces de una deuda externa, pero esos haberes contienen elementos, como las acciones, que no corresponden a un endeudamiento. Es posible, sin embargo, afirmar que lo esencial del deterioro corresponde a una deuda creciente.

¿Es grave? Un primer problema es el de la voluntad de los extranjeros de conservar sus dólares y, por consiguiente, de efectuar sus inversiones financieras (porque evidentemente no tienen interés en conservar esos haberes en dinero líquido, sin remuneración), sabiendo que aquí hablamos del total de las inversiones de los extranjeros, independientemente de las de Estados Unidos en el extranjero. Vista en los primeros meses del 2004 es posible preguntarse si la caída del dólar desde el 2002 es la expresión de tal cambio. Sin embargo hay que notar que el dólar estaba alto en el 2002. Se puede pensar igualmente que Estados Unidos deseó esta baja y muy probablemente contribuyó a la misma para sostener su economía que estaba en recesión. Pero incluso si los extranjeros desearan seguir invirtiendo, se ve surgir una contradicción que pone en cuestión el proseguimiento de la trayectoria de la economía estadounidense a más largo plazo.

El problema es simple. A fuerza de permitir el financiamiento exterior mediante el nivel de sus importaciones, Estados Unidos dio al aporte de los extranjeros un lugar importante en el financiamiento de su economía y debe, por consiguiente, remunerarles. Muy felizmente para la economía estadounidense las inversiones de los extranjeros están mal remuneradas pero sin embargo crece la punción sobre los rendimientos del capital en Estados Unidos.

Figura 8. Relación con el producto interno neto de los flujos de ingresos sobre los haberes de Estados Unidos en el resto del mundo y del resto del mundo en Estados Unidos.



Ingresos de Estados Unidos provenientes del resto del mundo: (—)

Ingresos del resto del mundo provenientes de Estados Unidos: (- - -)

Ingresos netos de Estados Unidos: (· · ·)

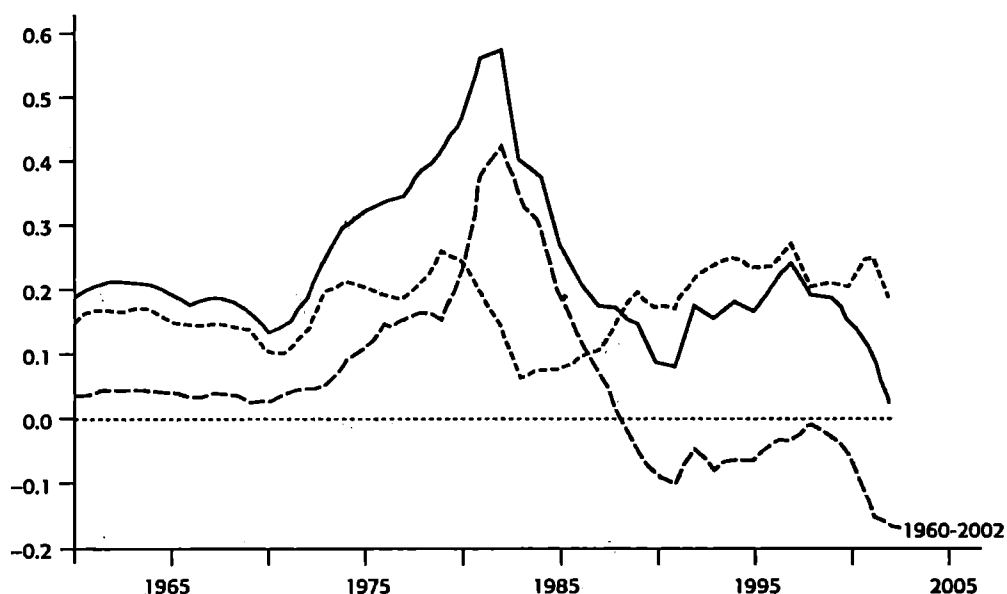
Un signo positivo de la diferencia (—) significa que el resto del mundo recibe más ingresos provenientes de Estados Unidos que Estados Unidos provenientes del resto del mundo.

Fuente: International Transactions data (BEA); NIPA (BEA).

La figura 8 muestra los flujos de ingresos entre Estados Unidos y el resto del mundo, flujo entrante y saliente. La primera curva (—) describe, como en la figura 4, los flujos de ingresos entrantes pero el denominador es, esta vez, la producción de Estados Unidos. Esos flujos representaron el 4% del PIN en el 2000. Ese porcentaje es menos impresionante que el de la figura 8 pero hay que tener presente que las ganancias de las sociedades no representan sino una “débil” fracción del ingreso total¹⁴. La misma figura muestra también el porcentaje creciente de los flujos salientes (- - -).

¹⁴ En el 2000, las ganancias domésticas después de los impuestos se elevaron al 7,1% del PIN de las sociedades que, a su vez, equivale al 61,6% del PIN del conjunto de la economía.

Figura 9. Flujos netos (entrantes menos salientes) de ingresos entre Estados Unidos y América latina.



Ingresos netos totales (—)
Ingresos netos provenientes de las inversiones directas (- - -)
Otros ingresos netos (- . -)
Fuente: International Transactions data (BEA); NIPA (BEA).

Se pueden distinguir tres periodos. Desde 1946 hasta 1972, ambos porcentajes se elevaron lentamente, mientras que su separación también aumentaba de a poco. El periodo 1973-1979 ocupa una posición intermedia. Los flujos entrantes crecieron más rápidamente hasta el 2,7% y los salientes solamente hasta el 1,5%. Pero este aumento de los flujos entrantes no estaba a la altura de su ascenso espectacular en el curso de las dos últimas décadas. Mientras que los flujos entrantes se estancaban, los salientes continuaron su aumento hasta alcanzarlos, llegando a un máximo de 4% en el 2000.

La tercera línea de la figura (—) describe la diferencia existente entre los dos flujos, o sea el flujo entrante neto de Estados Unidos. Esos flujos netos, ventajosos para Estados Unidos, crecieron sensiblemente entre 1973 y 1980. Pero la innovación radical fue la interrupción de ese crecimiento y después su caída en los años siguientes. Ese aumento de los ingresos extraídos por Estados Unidos del resto del mundo se anuló entonces y, desde el 2002, incluso fue negativo durante ciertos semestres.

La explicación de esta caída es, evidentemente, el creciente excedente de los haberes de los extranjeros en Estados Unidos descrito en la figura 7. A

pesar de la fuerte rentabilidad de las inversiones de ese país en el extranjero, su posición exterior se deterioró a tal punto que comenzó a pagar a los extranjeros más ingresos financieros de los que recibe. Recordaremos que la causa de ese movimiento es la ola de consumos de los hogares más ricos.

Es posible ilustrar esta nueva situación examinando los flujos de ingresos entre Estados Unidos y América latina en la figura 9. Los flujos considerados son flujos netos, es decir, flujos entrantes en Estados Unidos desde América latina menos los flujos salientes de aquel país con destino a esa región del mundo. Una curva se refiere al total y dos curvas a los flujos correspondientes a las inversiones directas y de cartera, que son los dos componentes del flujo total.

La figura 9 muestra que los flujos netos totales a favor de Estados Unidos subieron hasta más del 0,5% de la producción de ese país a comienzos de los años 1980 (esos flujos no tienen en cuenta la desvalorización de las deudas a causa de la inflación). Después disminuyeron hasta un piso de 0,15% por año, antes de hundirse en la crisis de fin del siglo pasado (la recesión estadounidense y la crisis en América latina, particularmente en Argentina). América latina es, por consiguiente, una de las regiones del mundo que contribuyó a la baja de los flujos de los ingresos del resto del mundo en favor de Estados Unidos.

Lo más interesante, sin embargo, es la descomposición por tipo de inversión. Allí encontramos características ya identificadas. En primer lugar, la figura revela la importancia y la estabilidad de los ingresos obtenidos de las inversiones directas de las transnacionales estadounidenses, que se establece alrededor del 0,2% de la producción de ese país. En segundo lugar, observamos la caída de los ingresos netos con relación a las inversiones de cartera, y después el carácter negativo de esos flujos, lo que significa que Estados Unidos pagó y sigue pagando en este fin de periodo, ingresos financieros, intereses y dividendos, a inversionistas de América latina superiores a los que reciben (a pesar de la deuda de la periferia). Esta es la imagen de la fuga de los capitales de las clases ricas de esos países hacia la madre patria capitalista estadounidense. Se puede notar, en particular, el aumento de esos flujos netos de ingreso (una reducción en la figura) a partir del 2000. Ese movimiento refleja un flujo neto creciente de inversiones de cartera. Con la excepción del año 1998, América latina financió, de hecho, el largo boom estadounidense de la segunda mitad de los años 1990. Ese cuadro de América latina *acreedora* de Estados Unidos caracteriza de manera impresionante la nueva configuración de las relaciones financieras en el plano mundial. Para esta región del mundo, el problema consiste, por supuesto, en la separación

entre los Estados y las empresas en deuda y algunos hogares ricos. Como sabemos todos, no todos sufren en el continente latinoamericano.

6. Conclusión

Los mecanismos descritos en las secciones precedentes revelan la existencia de una contradicción en el sistema del imperialismo estadounidense en la época neoliberal. Se puede resumir del modo siguiente toda la cadena:

Ingresos elevados y ganancias en capital de las capas acomodadas (reforzadas por la punción sobre el resto del mundo) y política monetaria relativamente laxa.



Crecimiento del consumo de las clases acomodadas



Déficit creciente de la cuenta corriente



Crecimiento de la deuda externa



Crecimiento del flujo de ingresos pagados al resto del mundo



Disminución de los rendimientos del capital en Estados Unidos

El mantenimiento de la trayectoria actual está sometido a dos condiciones inmediatas: (1) que los extranjeros acepten invertir sus dólares en Estados Unidos, o sea, que el curso del dólar se mantenga; (2) que la diferencia que existe entre las remuneraciones de las inversiones financieras de los extranjeros (figura 5) con relación a las de los estadounidenses no disminuya. Se puede observar, desde este último punto de vista, que si Estados Unidos debiese pagar a los extranjeros tasas de rendimiento iguales a las que obtiene, el flujo saliente sería igual al total de las ganancias internas de las sociedades estadounidenses! No es necesario decir que jamás se llegará a esa situación.

Desde un punto de vista estadounidense, esta trayectoria larga no puede prolongarse sin poner en cuestión la dominación de ese país y la opulencia de sus clases dominantes. Ella transformaría a Estados Unidos en proveedor de ingresos financieros al resto del mundo en detrimento de su propia clase dominante. Por lo tanto, lo que está en cuestión es *un cambio* de trayectoria.

En la discusión de los escenarios futuros conviene establecer claramente una diferencia entre neoliberalismo e imperialismo. En primer lugar, así

como Estados Unidos era ya imperialista durante las décadas del compromiso keynesiano (de hecho, desde que existe), o sea antes del neoliberalismo, seguiría siéndolo en la eventualidad de una nueva fase, más allá del neoliberalismo. En segundo lugar, hay que observar que el encadenamiento mostrado más arriba es propio del neoliberalismo y no del imperialismo. La capacidad imperialista de Estados Unidos sigue plena y entera e incluso se ha reforzado.

¿Cuáles cambios? Se pueden ver cuatro componentes ¹⁵: (1) la reducción del consumo de las capas más acomodadas; (2) tasas de acumulación más elevadas financiadas por el país mismo; (3) una demanda dirigida hacia la producción nacional; (4) eventualmente, una mayor presión sobre el resto del mundo. Sin embargo, hay múltiples problemas:

El nuevo curso podría estar en contradicción con el mantenimiento de la empresa neoliberal. Un método, que en el pasado demostró su eficacia para reestablecer las tasas de acumulación, consiste en conservar las ganancias en las sociedades no financieras, en lugar de liquidarlas bajo la forma de intereses y dividendos. ¿Pero qué sucedería entonces con los ingresos de las clases dominantes y, por supuesto, con su tren de vida? Se pueden también encarar medidas para estimular las inversiones de las empresas. Pero tasas de interés más bajas chocarían, una vez, con los objetivos del neoliberalismo. Pero el Estado podría implicarse en el financiamiento de las tasas diferenciales o de las medidas de incitación fiscal y tomar a su cargo los riesgos, cosa que hace ya con los préstamos de los hogares.

Una solución que se encara para remediar el déficit externo es dejar caer el curso del dólar. Se conocen los límites de ese procedimiento. Algunos países indexaron su moneda con el dólar y un cambio en el curso del mismo no modifica las condiciones del comercio entre esos países y Estados Unidos. No existe una panacea. El ejemplo del comercio entre Estados Unidos y Japón muestra que el aumento del yen no basta para rectificar las trayectorias. Pero una tasa de cambio débil y la amenaza de que esa baja se mantenga en general se consideran incompatibles con los objetivos imperialistas de Estados Unidos. Del mismo modo, nuevos avances hacia un mayor proteccionismo o cualquier limitación a la movilidad de los capitales si se retirasen peligrosamente de Estados Unidos, desencadenarían medidas de reciprocidad que minarían la dominación imperial estadounidense en sus modalidades neoliberales.

¹⁵ Este estudio hace abstracción de las nuevas tendencias del cambio técnico y de las presiones para reducir el costo del trabajo. Ver G. Duménil y D. Lévy, 2000.

Detrás de esos mecanismos hay que identificar una gigantesca lucha de clases y por el poder. La salida será por lo tanto política. Como decía Marx, los hombres hacen su propia historia pero la hacen en condiciones determinadas. La ambición de este artículo es representar esas condiciones, esencialmente económicas. Pero eso no destruye la primacía de lo político.

Estas luchas deben ser entendidas tanto a nivel nacional como internacional.

1. En el plano nacional, el neoliberalismo se apoya sobre un compromiso social con las clases medias superiores, poseedoras de títulos, directamente o en sus fondos de pensión. Esas capas adquirieron el sentimiento de haber accedido al maravilloso universo de la propiedad capitalista. Si las distribuciones de dividendos y de tasas de interés reales fueran ajustados hacia abajo, ese compromiso estaría en discusión. ¿En qué sentido? ¿Hacia un nuevo compromiso social más allá del neoliberalismo, más “democrático”, como el compromiso keynesiano anterior, o hacia un orden social más autoritario y represivo?
2. En el plano internacional aparecen nuevas formas de lucha, las de ciertos Estados de la periferia que toman conciencia de la suerte que les toca en este mundo de los potentes (pensemos en el fracaso de las negociaciones de Cancún en el 2003) y la de capas de la población que perciben la convergencia de sus intereses en el plano mundial en el movimiento “altermundialista”. Esas luchas se desarrollan sobre el telón de fondo del ascenso de los movimientos extremistas, sean éstos los del integralismo islámico o los de los nuevos cruzados de la derecha.
3. Una rectificación de la trayectoria resultará delicada por la necesidad de estabilizar la situación macroeconómica del país. Ahí resurge la cuestión de la *crisis* no como episodio catastrófico, que desestabilice definitivamente el orden capitalista e imperialista, sino como una traba para el mantenimiento de la trayectoria estadounidense. La política monetaria sostiene la demanda en ese país, dejando aumentar la deuda de los hogares. Este es el mecanismo central de apoyo a la demanda, más allá del poco ortodoxo déficit presupuestal. El endeudamiento de las unidades domésticas siguió creciendo durante la recesión de comienzos de los 2000 y cualquier tentativa de frenarlo hacía correr el riesgo de transformar la recesión en un derrumbe mucho más importante. Conciliar la rectificación de los desequilibrios exteriores, causados por el gasto excesivo de los hogares, y el sostén a la demanda interna es una tarea altamente problemática, sin hablar de los riesgos que corre el Estado al transferir a organismos públicos créditos de los hogares contraídos con el sistema bancario.

4. Evidentemente se puede conjeturar que Estados Unidos hará todo lo que esté a su alcance para acentuar las extracciones al resto del mundo. Pero el deterioro de su posición exterior podría aumentar el costo de su financiación extranjera mediante la aparición de una prima de riesgo en desfavor de Estados Unidos.

El vigor de la presión que esas luchas pueden ejercer dependerá mucho de las contradicciones de la trayectoria económica estadounidense que este artículo intentó describir. ¿Quién podrá reaccionar con mayor eficacia a esas tensiones? ¿Las fuerzas de la reacción social o las del progreso hacia ese mundo mejor tan esperado? Hay que ser zahorí para prever el desenlace de estos enfrentamientos.



Referencias

- Chesnaix, François (comp.), 2004, *La finance mondialisée: racines sociales et politiques, configuration et conséquences*, La Découverte, París.
- Duménil, Gérard, Lévy, Dominique, 2000, *Crise et sortie de crise. Ordres et désordres néolibéraux*, Presses Universitaires de France, París. (Hay traducción española de próxima publicación en el FCE)
- Duménil, Gérard, Lévy, Dominique, 2004, *Capital Resurgent. The Roots of the Neoliberal Revolution*, Harvard University Press, Harvard, Massachussets.
- Lenin, Vladimir, 1916, "Limpérialisme, stade suprême du capitalisme", *Oeuvres*, tome 22, pp.201-327, Editions sociales, París (1977).
- Maki, D, Palumbo, M. 2001, "Disentangling the Wealth Effect: A Cohort Analysis of the Household Saving in the 1990s", Federal Reserve, Washington.
- Mataloni, R.J., 2000, "An Examination of the Low Rates of Return of Foreigns-Owned U.S Companies", *Survey of Current Business*, marzo.
- Marx, Karl, 1853, "La domination britannique aux Indes", *Oeuvres IV, Politique I.*, pp. 714-720, La Pléiade, Gallimard, París (1994).
- Piketty T, Saez E., 2003, "Income Inequality in the United States", 1913-1998, *The Quarterly Journal of Economics*, Vol. CXVIII, num 1, pp. 1-39.
- Wolff, Eric, 1996, *Top Heavy*, The New Press, Nueva York.



El imperio capitalista y el Estado-nación: ¿Un nuevo imperialismo norteamericano?*

Ellen Meiksins Wood**

Antes de la última guerra en Irak, cualquiera que acusara a los Estados Unidos de imperialismo era probable que se encontrara con la objeción de que los EE.UU. no ocupan ningún territorio colonial en ningún lugar del mundo. Ahora que es muy visible en la ocupación de Irak, todo parece haber cambiado de la noche a la mañana.

Usted podría decir que la ocupación de Irak representa un enorme alejamiento de EE.UU. respecto de su política exterior desde la segunda guerra mundial –y muchos críticos sólo han dicho eso. Estados Unidos realmente parece, en su rostro, estar retrocediendo a una forma anterior de dominación colonial directa. Realmente parece estar rompiendo con el patrón de evitar enredos coloniales que generalmente ha preferido.

Aún si tomamos en cuenta los despliegues más ofensivos del imperialismo de los Estados Unidos en el pasado medio siglo, todas las guerras locales del Tercer Mundo en las que estuvo involucrado, todos sus esfuerzos clandestinos, y no tan clandestinos, para cambiar regímenes en América latina y otras partes, es cierto, en general, que el modo de imperialismo de los EE.UU. no ha sido el del viejo tipo colonial; y lo que Bush está haciendo ahora ciertamente parece un quiebre importante con el pasado de posguerra.

Pero no estoy absolutamente segura de eso. Realmente no quiero negar que Bush y cía. han llevado las cosas a extremos insanos, que es probable

* Título original "Capitalist empire and the nation-state", en *Against the Current* Vol. XVIII, Nro. 6, septiembre-octubre de 2003. Traducción de Victoria Rouge (revisada por Alberto Bonnet).

** Filósofa política norteamericana, ex profesora de la Universidad de York (Canadá). Escribió *Democracia contra capitalismo* (edición en inglés 1995, edición en castellano por Siglo XXI, 2000), *Rising from the Ashes* (1999), *The origin of Capitalism* (2002), *The Empire of Capitalism* (2003).

que lleven a la auto-derrota, especialmente porque Bush está socavando una de las fortalezas del imperialismo de EE.UU., la contención que tiene de sus aliados.

Los extremistas de derecha del régimen de Bush ciertamente están empleando el poder militar de EE.UU. de una manera nueva, excesiva, que ya está demostrando ser insostenible. Pero no estoy segura de que Bush represente un quiebre tan grande, por dos razones principales.

Una de las razones es que pienso que incluso Bush, y tal vez incluso los fanáticos derechistas guiados por la ideología que los rodea, preferirían quedarse fuera de enredos coloniales y volver a un imperialismo no-colonial. Digo esto no porque piense que estos muchachos tengan una chispa de decencia o algún compromiso residual con la democracia —la propia idea es ridícula.

El punto es simplemente que el imperialismo no-colonial es mucho menos riesgoso y costoso, y mucho más lucrativo. Si los Estados Unidos pueden usar su poder económico masivo, respaldado por la amenaza de su avasallante superioridad militar, para comandar la economía mundial, ¿por qué querría empantanarse en la dominación colonial?

Lo que estuvo sucediendo en Irak quizás compruebe el punto. El desastre que estuvieron haciendo los Estados Unidos con la ocupación puede confirmar simplemente que la ocupación a largo plazo no era realmente lo que tenían en mente.

Como estuvo diciendo mucha gente, la administración Bush estaba planeando que podría solamente decapitar el régimen y dejar el Estado iraquí básicamente intacto, pero con un liderazgo más sumiso y menos espinoso, y con las compañías norteamericanas bien atrincheradas en la economía. Esa es seguramente la estrategia preferida, aún cuando las aventuras imperialistas como estas tienen una posibilidad de ir mal y de crear sus propios imperativos.

Mi segunda razón para rechazar la idea que el régimen de Bush representa un quiebre con la anterior política exterior norteamericana es que no hay manera de entender lo que está haciendo, a no ser en el contexto de lo que sucedió antes. El punto más obvio es que Bush no podría hacer lo que está haciendo si los Estados Unidos no hubieran estado construyendo su poderío militar masivo durante décadas, con la intención explícita de convertirse de lejos en la fuerza militar más poderosa del mundo.

De hecho es verdad que la administración Bush ha sido notablemente abierta sobre sus intenciones de ejercer una hegemonía global absoluta. Incluso ha producido documentos diciéndolo con todas las letras, en parti-

cular, el documento de estrategia de seguridad publicado en septiembre del 2002. Ese documento deja en claro, sin ambigüedades, que el objeto es tener un poderío militar tan superior al de los otros que ningún Estado, enemigo o amigo, sueñe con desafiar a los Estados Unidos como potencia global o incluso regional.

¿Pero cuán diferente es esto de lo que pasaba antes? Otras administraciones pueden no haber sido tan claras y explícitas sobre esto. Pero el proyecto de Bush sería una ilusión si los Estados Unidos no hubieran creado una fuerza militar que, según algunas mediciones, es mayor y más poderosa que la de todos los demás juntos.

Esta fuerza no es solamente mayor y más poderosa que cualquier enemigo concebible, o incluso que todos los enemigos combinados, sino –y esto puede ser todavía más importante– mayor y más poderosa que todos sus competidores amigos, por separado o todos juntos. El punto es que esta fuerza militar masiva no ha sido construida en un momento de descuido, y Bush no está desplegando el poderío militar norteamericano simplemente porque está ahí. Este es un asunto de política y lo ha sido por mucho tiempo.

Las políticas de Bush son ciertamente extremas y temerarias, pero seguramente podemos ver sus raíces en lo que las precedió. Seguramente podemos ver su conexión con el patrón de política norteamericana de hace al menos medio siglo, desde que los Estados Unidos se embarcaron en su proyecto de hegemonía global de dos caras a fines de la Segunda Guerra Mundial, cuando el sistema de Bretton Woods estableció efectivamente su hegemonía económica y su supremacía militar fue exhibida con las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki.

Diría de inmediato que no pienso que sea suficiente atribuir todo esto a las relaciones de EE.UU. con la Unión Soviética. No creo que sea suficiente decir que los Estados Unidos construyeron su poderío militar simplemente para contener a la Unión Soviética y mantener su posición en el mundo bipolar que se desarrolló como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

A primera vista, se podría pensar que esto es lo que cualquier potencia imperial trataría de hacer. ¿No es evidente que cualquier potencia imperial trataría de alcanzar superioridad militar sobre cualquier potencial rival?

Para contestar esta pregunta, obviamente tenemos que conocer algo de la naturaleza específica del poder capitalista. Sabemos, primero, cómo opera al nivel de explotación de clase. El capital puede explotar al trabajo sin esgrimir directamente lo que Marx llamaba la “fuerza extra-económica” –por

ejemplo, del tipo de los poderes militar, político y judicial que constituían el poder de explotación económica de los señores feudales.

En el capitalismo, son imperativos económicos, las compulsiones de los desposeídos, los que fuerzan a los trabajadores a vender su fuerza de trabajo por un salario y permiten al capital ejercer poder sobre ellos. El modo de explotación capitalista no opera a través del poder de la coerción directa sino a través del medio económico del mercado.

Obviamente, hay un montón de coerción en los lugares de trabajo, pero la característica distintiva de la dominación capitalista es el poder ejercido no directamente por los amos sino por los mercados; y lo que lo hace posible es la dependencia de los productores directos respecto del mercado.

Entonces, esa es la naturaleza específica de la dominación de clases en el capitalismo, que la diferencia de otras formas. Y hay una diferencia análoga entre el capitalismo imperialista y las formas precapitalistas. El imperialismo precapitalista, para simplificarlo, era el ejercicio directo de la fuerza coercitiva para capturar territorio, para extraer trabajo o recursos de pueblos sometidos, o para tomar el control de rutas comerciales.

El Imperio Romano era una simple operación de anexión de tierras, principalmente en interés de una oligarquía terrateniente. El Imperio Español creó una nueva oligarquía de conquistadores que explotaba el trabajo indígena en Sudamérica, mientras que la economía en España dependía cada vez más del oro y la plata extraídos de las colonias. Los imperios comerciales como el Imperio Musulmán Árabe, los imperios Veneciano y Holandés, usaron su poder para controlar las rutas comerciales o para imponer monopolios. Y así sucesivamente.

Ciertamente no estoy sugiriendo que los poderes capitalistas no estuvieran profundamente involucrados en este tipo de imperialismo. El Imperio Británico hizo todas las cosas que acabo de mencionar y más. El punto es, sin embargo, que el capitalismo ha creado su propia forma distintiva de hegemonía imperial, que nunca había sido posible antes.

Como la explotación de clase capitalista, esta forma capitalista del imperialismo descansa no tanto en la coerción directa como en la dependencia de los actores económicos respecto del mercado y en la capacidad del poder imperial de manipular los mercados.

Ciertamente es verdad que las economías subordinadas tienen que ser convertidas en dependientes del mercado, así como los productores independientes tenían que ser convertidos en dependientes del mercado a través de la expropiación para producir una clase trabajadora capitalista. Y la transformación a la dependencia del mercado ha sido frecuentemente un

asunto sangriento —aunque hoy tenemos algo llamado “ajuste estructural”.

Pero una vez que la transformación es alcanzada, buena parte del trabajo del imperialismo puede ser realizado por las operaciones del mercado, a través del control de los sistemas financieros, la deuda, y demás. Y en balance, cualquier economía capitalista lo suficientemente dominante para hacer su trabajo imperial de esa manera preferirá esta modalidad económica de dominación imperial —como ha hecho generalmente Estados Unidos— antes que la costosa y peligrosa práctica de dominación colonial directa.

Es cierto que ha llevado un muy largo tiempo perfeccionar esta clase de imperio. Los británicos nunca pudieron llegar a manejarlo. Pero los Estados Unidos lo han hecho, al menos desde la Segunda Guerra Mundial. Pero aquí tenemos un problema:

El capitalismo crea un tipo de relación peculiar entre el poder político y el económico. En cierto sentido el capitalismo es el único sistema del que puede decirse que tiene poder económico distinto y separado del político o militar.

Obviamente esto no significa que otras formas sociales no fueran modeladas decisivamente por sus condiciones materiales de existencia y reproducción social. Lo que quiero decir es que el capitalismo es el único sistema del que se puede decir que tiene una “esfera” económica distintiva, el único sistema en el que hay imperativos puramente económicos, los imperativos del mercado, los imperativos de la competencia y la maximización de beneficios, y demás.

Esto también significa que el capitalismo es la única formación social que puede permitir sistemáticamente que el poder de la explotación y la acumulación sobrepasen por mucho la extensión de la dominación política o militar directa. En formaciones no capitalistas, sin importar cuánto excedente produzcan los productores directos, la capacidad de explotar a las clases para apropiarse de ese excedente no puede sobrepasar sus poderes extra-económicos, por ejemplo, sus poderes políticos, judiciales o militares. El poder de la clase capitalista no está limitado de esa manera, y lo mismo sucede con el imperialismo capitalista.

Pero el capitalismo no puede existir sin el respaldo del poder extra-económico, aún si ese poder es esgrimido por separado del capital mismo. La capacidad del capital para imponer su poder económico a tan amplia escala depende de su capacidad para apartarse de las limitaciones de la dominación militar y política. Pero todavía necesita la ayuda de los poderes políticos y militares, para mantener el orden social y crear condiciones de acumulación de capital.

De hecho, el capitalismo más que cualquier otra formación social nece-

sita un orden legal, político y administrativo elaborado, estable y predecible. El hecho de que el capital prospera apartándose del poder extra-económico significa que tiene que apoyarse en poderes políticos y militares externos a él para proveer ese orden. Sobre todo, tiene que apoyarse en un poder estatal separado.

Para decirlo de otra manera, las mismas características que permiten al capital extender su poder económico son las que lo hacen dependiente de algo como el Estado moderno.

Ahora, en estos días, nos dicen regularmente que la llamada “globalización” está haciendo al Estado-nación irrelevante. También se habla mucho del llamado “gobierno global”. El supuesto parece ser que la relación entre la economía y el Estado es una muy simple y mecánica relación entre base y superestructura: una economía global necesariamente significa un gobierno global, si no un Estado global.

Por supuesto, estas teorías reconocen que las formas políticas han sido lentas en ponerse a la par de la economía global. Pero el argumento parece ser que, al menos, hay una relación inversa entre el alcance geográfico del poder económico y la importancia del Estado-nación o cualquier tipo de Estado territorial.

Esta no es una afirmación hecha sólo por los teóricos convencionales de la globalización. Es también la raíz de la teoría de “imperio”, actualmente más de moda, a partir del libro de ese nombre de Michael Hardt y Antonio Negri. Todo su argumento se basa en la premisa que la expansión global del capital significa el desarrollo de un nuevo tipo de soberanía.

“Nuestra hipótesis básica”, dicen Hardt y Negri en su libro, “es que la soberanía ha tomado una nueva forma, compuesta de una serie de organismos nacionales y supranacionales bajo una sola lógica de dominación. Esta nueva forma global de soberanía es lo que llamamos Imperio.” (*Empire*, p. xii)

Su síntoma primario es “la declinante soberanía de los Estados-nación y su creciente incapacidad para regular los intercambios económicos y culturales...” Y aquí está la parte importante: “en este espacio uniforme del Imperio, hay un *no-lugar* de poder –está en todas partes y en ningún lado. El Imperio es una *ou-topía*, o realmente un *no-lugar*” (p. 190).

Volveré más tarde sobre las implicaciones políticas de ese argumento. Por ahora, sólo quiero insistir en que esta noción de la relación entre el poder económico y el político en el capitalismo global simplemente está mal.

El capital no depende menos de los Estados territoriales de lo que lo hizo siempre. En algunas formas, es todavía más dependiente, y ciertamente el

mundo es más que antes un mundo de Estados nacionales. El capitalismo no inventó a los Estados-nación, pero no es accidental, como dicen, que el periodo que ha visto extenderse a los imperativos capitalistas por el mundo ha sido también el periodo en el cual los Estados-nación se han convertido más o menos en la forma política universal.

Lo que estoy diciendo es que el orden legal, político y administrativo que necesita el capital simplemente no puede coincidir con la extensión del poder económico capitalista, y no me puedo imaginar un día en que coincida.

Sin duda es verdad que el Estado-nación está teniendo que responder a las demandas del capital global. Y sin duda es verdad que ciertos principios sociales, legales y administrativos se han internacionalizado para facilitar los movimientos del capital a través de las fronteras nacionales.

También es cierto que hay ciertas organizaciones internacionales que hacen el trabajo del capital global. Si esto es a lo que la gente se refiere cuando habla de la “internacionalización” del Estado, no tengo objeciones. Pero afrontémoslo: los principales instrumentos de gobierno global siguen siendo, sobre todo, los Estados-nación.

Así que necesitamos ser muy claros sobre la continuidad y la importancia crítica de los Estados territoriales para el sistema capitalista. Aún si no estuviéramos viviendo en un mundo de desarrollo desigual, es difícil —de hecho imposible— imaginar algo remotamente similar a una organización global del orden finamente sintonizado que necesita el capital.

Pero, por supuesto, vivimos en un mundo de desarrollo desigual. Y aquí hay otra razón para la coexistencia de una economía global con un sistema fragmentado de Estados locales: nos dicen rutinariamente que la llamada globalización significa una economía integrada, pero no es así.

El punto básico es que el capital global se beneficia de lo que nosotros llamamos globalización, pero lo que no hace y no puede hacer es *organizar* la globalización. Algunos investigadores han demostrado que las corporaciones globales no pueden organizar sus propias operaciones internacionales, ni hablar de la economía global. En cualquier caso necesitan Estados que organicen el mundo para ellas, y cuanto más global se convirtió la economía, más circuitos económicos fueron organizados por relaciones estatales e interestatales. Son los Estados, no las organizaciones internacionales como el FMI o la OMC, los que son indispensables para el capital global.

Lo que quiere decir todo esto es que la relación entre el poder económico y político en el capitalismo, entre el capital y el Estado, no es sólo una simple relación mecánica de una superestructura reflejando a una base. Es una relación de contradicción. Y sólo ahora estamos empezando a ver las

implicaciones de esa contradicción.

En la medida en que hubo una conexión más o menos clara entre las economías nacionales y los Estados-nación, esa contradicción, o potencial contradicción, era más o menos manejable. Pero ahora la desconexión se está volviendo muy visible.

De nuevo, el punto no es que el capital haya escapado a los límites del Estado-nación haciéndolo irrelevante. Si realmente fuera verdad que el capital global crea necesariamente un Estado global correspondiente, no estaríamos hablando de contradicciones. Pero si el capital global realmente necesita Estados territoriales -como insisto en que necesita- entonces realmente hay un problema.

Lo que estoy diciendo aquí es que el nuevo imperialismo, el imperialismo de los Estados Unidos de hoy, es un asunto complicado y contradictorio. Su esencia es un orden económico global administrado por un sistema de múltiples Estados locales. Y no hace falta demasiada imaginación para ver que esta puede ser la fuente de severas inestabilidades y peligros para el dominio del capital global.

No deberíamos sorprendernos de que la hegemonía imperial de hoy se sienta compelida a confrontar la contradicción tratando de controlar el sistema de múltiples Estados. Ni nos debería sorprender que la fuerza militar juegue una función clave en este intento.

Pero es allí donde empiezan a emerger problemas serios en esta estrategia imperial. En los días del imperialismo clásico solía ser bastante claro para qué era esa fuerza militar. Después de todo, no hay nada misterioso acerca de la función de la guerra en la conquista de colonias o en las rivalidades interimperialistas sobre territorios coloniales.

¿Pero qué es, precisamente, lo que la fuerza militar tiene que hacer en el nuevo imperialismo? ¿Cuál es, exactamente, su función en el mantenimiento de la hegemonía del capital global?

El problema más elemental es que incluso una fuerza militar tan poderosa como los Estados Unidos no puede estar activa en todas partes todo el tiempo; y, en cualquier caso, el desorden social ocasionado por la guerra constante en varios frentes difícilmente conduzca a la acumulación del capital.

Un problema todavía más básico es que el objeto de la fuerza militar no es algo tan claro y definido como capturar algún territorio identificable o derrotar a algún rival en particular. ¿Cuál es la función de la fuerza militar en el control de un sistema de múltiples Estados que se supone que están manteniendo el orden en una economía global? ¿Cómo mantener a esos

Estados en línea sin negarles la capacidad de hacer su trabajo para el capital global?

De hecho, la situación es aún más complicada. La competencia capitalista es un asunto bastante más complicado que una rivalidad directa de suma cero sobre territorios coloniales. Las principales potencias capitalistas hoy tienen poca probabilidad de ir a una guerra entre ellas, aunque sea porque, a pesar de cuán dañadas estén sus economías por la competencia, se necesitan unas a otras como mercados y fuentes de capital.

Así que la hegemonía imperial en el mundo del capital global depende de controlar a los competidores sin ir a la guerra con ellos.

Pienso que lo que estamos viendo ahora en el régimen de Bush es una respuesta a estas contradicciones. La doctrina Bush es una doctrina de guerra de final abierto, guerra sin objetivos específicos y sin límites en el espacio y el tiempo. Como dije antes, no negaría ciertamente que esta administración es realmente loca y temeraria en la implementación de esta doctrina, y que posiblemente al final termine conduciendo a una auto-derrota.

Pero aún si consideramos que la doctrina del régimen de Bush ha llevado a la doctrina militar de EE.UU. a nuevos e insostenibles extremos, es difícil imaginar una doctrina muy diferente que fuera apropiada para el proyecto de hegemonía imperial en este tipo de mundo. El extremismo de la actual administración puede estar socavando su propio proyecto; pero la doctrina de la guerra sin fin, en propósitos o en tiempo, no es realmente nueva.

Por esa razón, es difícil imaginar qué otro tipo de doctrina militar podría sustentar la hegemonía del capital global de EE.UU. en una economía global administrada por muchos Estados locales. Y las administraciones anteriores a Bush realmente no ofrecieron algo muy diferente. Pensemos solamente en la manera en que la más benigna administración Clinton amplió los horizontes de la guerra con su llamada guerra "humanitaria".

Cualquier proyecto de hegemonía imperial en un sistema global administrado por múltiples Estados necesitará poderío militar para desempeñar una variedad de funciones diferentes, ninguna de las cuales son claramente definidas y autolimitadas. Las tareas de la fuerza militar en un proyecto como este probablemente sean de final abierto, sin objetivos específicos, sin final del juego o estrategia de retirada.

Seguro, hay objetivos obvios, como el control de los abastecimientos de petróleo o el cambio de régimen para instalar un poder estatal obediente. Pero estas metas relativamente bien definidas son, si pensamos en ellas, sólo una pequeña parte de lo que se necesita hacer para sustentar este tipo de

hegemonía global. Por algo es que hay relativamente pocos candidatos serios para el cambio de régimen por medio de la guerra.

No sólo estoy hablando de los peligros para los Estados Unidos y sus aliados de enfrentarse a un adversario realmente riesgoso como Corea del Norte, más que a un peligro superficial, como Irak. También estoy hablando de los problemas de invadir ciertos otros países que, desde el punto de vista norteamericano, han tomado un curso errado, no estados fallidos o estados bellacos, sino lo que podríamos llamar estados más normales, convencionales.

Tomemos el caso de Brasil, por ejemplo. Supongamos que Lula, en lugar de seguir los consejos de los economistas neoliberales, hubiera hecho lo que esperábamos que hiciera y diera un ejemplo a las fuerzas opositoras en todo el mundo. Los Estados Unidos no estarían muy contentos. Pero -a pesar de que se me podría probar, por supuesto, que estaba embarazosamente equivocada sobre esto- a mi me parecería completamente inconcebible que los Estados Unidos respondieran invadiendo Brasil.

Entonces: ¿qué otros objetivos de acción militar existen? El llamado "efecto demostración" es siempre, y crecientemente, una consideración principal, para mostrar al mundo que la fuerza militar de EE.UU. puede ir a todos lados en cualquier momento. Precisamente porque los Estados Unidos no pueden estar en todas partes todo el tiempo y porque no pueden establecer un sistema de Estados subordinados por medio de la guerra constante, tienen que demostrar su supremacía militar con cierta regularidad.

El efecto demostración puede ser alcanzado de mejor manera yendo a la guerra contra amenazas inexistentes, contra blancos escogidos precisamente porque no significan ninguna amenaza real, porque pueden ser derrotados fácilmente, e idealmente en lugares en los que a los Estados Unidos no les importe mucho lo que suceda con el adversario.

Eso, por ejemplo, es lo que pasó en Afganistán. Y se podría decir que es en gran parte lo que pasó en Irak también. Claro, en Irak está la cuestión del petróleo, y también la consolidación de la presencia militar de EE.UU. en la región, mientras se retira de Arabia Saudita. Pero pienso que es seguro decir que, cualesquiera sean los otros objetivos que los Estados Unidos puedan haber tenido, uno de sus principales objetivos era, en sus propias palabras, "shock y pavor" -no sólo shock y pavor para Saddam Hussein o incluso para los otros regímenes recalcitrantes de la región, a pesar de que ese fue un factor importante, especialmente en relación con Irán, sino también shock y pavor para todo el mundo, incluidos sus propios aliados.

El régimen de Bush no escogió a Irak porque representaba una amenaza

za para los Estados Unidos o sus aliados sino, por el contrario, porque no representaba una amenaza real para nada, y la llamada coalición podría infundir “shock y pavor” con poco riesgo para sí misma.

La tarea más dura, sin embargo, es mantener las relaciones hegemónicas correctas con competidores amistosos. Este problema es más difícil para los Estados Unidos que nunca antes, por dos razones principales. Por un lado, la desaparición de la Unión Soviética ha privado a occidente de un enemigo común y ha hecho más difícil alinear a los aliados de EE.UU..

Incluso después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos gozaban de una hegemonía económica bastante incuestionable, se apoyaban en alianzas dominadas por ellos como la OTAN para mantener su dominación sobre las otras potencias capitalistas. Hoy la situación es más complicada, porque la hegemonía económica de los EE.UU. no es tan incuestionable como lo era antes.

Esto significa que Estados Unidos está tendiendo a apoyarse más pesadamente que nunca en su incuestionable supremacía militar, pero lo está haciendo en un momento en que no hay ningún objetivo militar claro para perseguir y en que no existe un enemigo común obvio. Por supuesto, han tratado de reproducir los efectos de la Guerra Fría con la llamada “guerra contra el terrorismo”; pero eso no es muy convincente como una tarea para una fuerza militar masiva.

Lo mejor que ha podido hacer Estados Unidos –y el objetivo explícitamente anunciado de la Doctrina Bush– es hacer a su fuerza militar tan masiva que ningún potencial rival soñaría con desafiarlo o intentar igualarlo como potencia global o incluso regional.

La supremacía militar no puede ser suficiente hasta las últimas consecuencias –especialmente cuando la potencia dominante no puede ir a la guerra contra sus principales competidores. Pero el poderío militar masivo tiene al menos un efecto de advertencia. Entonces Estados Unidos ha hecho lo posible para evitar que sus aliados desarrollen fuerzas militares independientes.

Los aliados sin duda estuvieron contentos de dejar que los Estados Unidos sean la policía del mundo para el capital global. Pero todo lo que escuchamos frecuentemente sobre el fracaso de Europa para hacer su trabajo en la alianza disfraza el hecho de que los Estados Unidos hubieran preferido que los aliados se mantuvieran en su lugar, y han hecho todo lo posible para asegurarse de eso.

Cuando Estados Unidos alienta algún tipo de reforma militar en Europa, está diseñada para mantener su supremacía intacta –por ejemplo, la

“modernización” de la OTAN, que tendría el efecto de mantener a las fuerzas europeas aún más dependientes de los sistemas técnicos y de comunicación norteamericanos, para que fuera de la alianza sólo puedan operar de una manera degradada. Al final, ¿qué posibilidad o incentivo hay para tratar de igualar la siempre más cara fuerza militar de los Estados Unidos?

Esa es la mala noticia. Estoy segura de que ninguno de ustedes necesita que lo convenzan de que esta estrategia representa un enorme peligro para el mundo entero. El proyecto de hegemonía global norteamericano está impulsándolo constantemente a revolucionar los instrumentos de la guerra, y estos instrumentos son inservibles si no son testeados y usados.

Pero también hay buenas noticias. Déjenme plantearlo de esta manera. Supongamos que fuera verdad que la economía global significa la creciente irrelevancia de los Estados territoriales. Supongamos, por ejemplo, que Hardt y Negri tienen razón sobre la emergencia de un nuevo tipo de “soberanía” que está desplazando al Estado. ¿Cuáles serían las implicaciones políticas?

Bueno, Hardt y Negri mismos nos dicen bastante claramente cuáles son esas implicaciones –y tengo que admitir que en este punto al menos tienen razón. Aquí está lo que dicen sobre las implicaciones de un mundo en el cual no hay, según sus palabras, “lugar de poder”, un mundo en el que Imperio es un “no-lugar”:

“La idea de contrapoder y la idea de resistencia contra la soberanía moderna en general, se vuelve así menos y menos posible.... Tendría que encontrarse un nuevo tipo de resistencia que fuera adecuada a las dimensiones de la nueva soberanía.... Hoy, también, podemos ver que las formas tradicionales de resistencia, como las organizaciones institucionales de trabajadores desarrolladas durante la mayor parte de los siglos diecinueve y veinte, han comenzado a perder su poder” (p. 308).

Pensemos cuidadosamente en lo que esto significa. No hay, sugieren ellos, concentración identificable de poder capitalista en el Imperio global de hoy. Esto significa que tampoco es posible un contrapoder. Sobre todo, las luchas políticas en general, y los partidos de la clase obrera en particular, ahora son una irrelevancia.

Hardt y Negri también son muy críticos de las fuerzas opositoras que se concentran en luchas locales y nacionales, que también son consideradas irrelevantes. Entonces, ¿qué clase de resistencia es posible? Desafío a cualquiera a zambullirse en todo el libro de Hardt y Negri y encontrar algo que cuente de manera convincente como una oposición efectiva.

Lo que tenemos es una charla casi mística sobre cómo un Imperio que

está en todas partes y en ningún lado puede ser atacado en cualquier punto —en gran parte cambiando subjetividades. Muchas personas han leído este libro como un manifiesto optimista para el movimiento anticapitalista. Pero para mí es menos convincente como un manifiesto para una nueva estrategia anticapitalista que como un argumento derrotista de la imposibilidad de oposición.

Mi punto es que la primera premisa de ese derrotismo está errada. Estoy de acuerdo en que, si el Imperio realmente fuera un no-lugar, en todos lados y en ninguna parte, el juego estaría terminado para nosotros los socialistas. Pero lo que estoy discutiendo aquí es que ese imperio es un “lugar” como siempre lo fue, que hay concentraciones realmente visibles de poder capitalista, que el Estado es ahora más que nunca un punto de concentración de poder capitalista, y que ese contrapoder no sólo es posible sino necesario.

El principal lugar de poder capitalista es, por supuesto, Estados Unidos. Pero que lo que estuve tratando de sugerir aquí es que este poder imperial no sólo depende de su propio Estado doméstico, sino de todo el sistema global de múltiples Estados. Eso significa que cada uno de esos Estados es un ámbito de lucha y un potencial contrapoder.

No es necesario decir que las luchas en el corazón del imperio tendrían el mayor efecto. Pero cada Estado del que depende el capital global es un blanco importante para sus propias fuerzas opositoras y para la solidaridad internacional. Protestas contra las cumbres de la Organización Mundial del Comercio o el G8 pueden sin duda cambiar el clima político. Pero al final, no sustituyen a la oposición políticamente organizada al poder del capital organizado en Estados-naciones.

La lucha política organizada puede parecer más difícil de alcanzar que el tipo de oposición simbólica que ni siquiera se considera como un contrapoder. Pero negar la importancia, hasta la posibilidad, de ese tipo de lucha política me parece una conclusión muy pesimista.

Esa conclusión efectivamente significa que el capital global no ofrece blancos visibles ni posibilidades reales de lucha. Significa que no hay mucho más que hacer que resignarse a la realidad del capitalismo y, a lo mejor, negar el sistema en nuestros corazones. Bueno, yo simplemente no lo creo.

Europa – Estados Unidos: Un desequilibrio inestable*

Michel Husson**

La economía mundial está ubicada hoy bajo el signo de las paradojas y de las equivocaciones. Más que tratar la coyuntura en sí, buscaremos sacar a la luz las contradicciones de una configuración cada vez más inestable.

Regreso a la paradoja del Euro

Toda la concepción de la construcción europea se basaba en el postulado según el cual la moneda única no podía nacer más que como una moneda fuerte, pero lo que ocurrió es lo contrario. La década consagrada a la adecuación con los criterios de Maastricht se inauguró en 1992 con una crisis de especulación monetaria que no impidió que el euro, o más bien la canasta de divisas equivalente, se reforzara frente al dólar y alcanzara en 1995 un valor elevado de 1,31 dólares. Pero en su lanzamiento en enero de 1999, fecha en la cual las tasas de cambio de las monedas que lo constituyen se fijan para toda la eternidad, el euro no vale más que 1,18 dólares. Y continuará cayendo hasta un mínimo de 0,90 alcanzado en 2001, que equivale a una devaluación de hecho de 30% con relación a la cumbre precedente.

¿Qué fue lo que ocurrió? No se puede sospechar que las autoridades europeas hayan querido devaluar el euro y ese deslizamiento fue acogido con sorpresa y una cierta inquietud. En realidad, no es el euro el que bajó, sino que más bien es el dólar el que ha subido. Se benefició de un círculo virtuoso gracias a los rendimientos elevados ofrecidos por la economía estadounidense, que servía además de refugio a los capitales repatriados de los países golpea-

* M. Husson: "Europe / Etat-Unis: un desequilibre inestable", en *Inprecor* 489-490, enero-marzo de 2004. Traducción de Rossana Cortéz (revisada).

** Economista francés del INSEE. Integrante del comité científico de ATTAC y del grupo de estudios "un socialismo para mañana" (Groupe d'Études « un Socialisme pour Demain », GESD). Página web: <http://hussonet.free.fr/> Correo electrónico: hussonet@free.fr

dos por las sucesivas crisis financieras (México, luego Asia, luego Rusia). El dinamismo de Estados Unidos, basado en los encantos de la “nueva economía”, compensaba ampliamente la profundización del déficit externo, que por ende era fácil de financiar por este flujo permanente de capitales.

Del lado europeo, la experiencia tamaño natural de la reactivación 1997 - 2001, estimulada por la baja del euro, ha permitido retroactivamente tomar conciencia de los estragos ejercidos por esta política llamada de “desinflación competitiva”, que se había convertido en la nueva norma en Europa. Se pudo verificar hasta qué punto las exportaciones europeas eran sensibles a la tasa de cambio. Así, un estudio del Ministerio de la Industria¹ muestra que una variación de la tasa de cambio del 10% frente al dólar “ejerce al cabo de 3 años efectos importantes sobre la producción de ciertos sectores, del orden de 2 a 3% para un vasto sector como el material eléctrico, hasta 8 a 10% para sectores más pequeños, como los textiles o los zapatos”. Además, una apreciación del dólar favorece la actividad en los sectores más ricos en empleos. Por lo tanto, no es sorprendente que la baja del euro haya estimulado las exportaciones europeas en su conjunto, haciendo salir a la coyuntura europea de una morosidad ambiente, la misma que había convencido a Chirac a disolver la Asamblea Nacional en 1997.

Parece que entonces se plantea, entre Estados Unidos y Europa, una forma de división del trabajo más operativa. El crecimiento en Estados Unidos se transmite a Europa por medio del comercio exterior sobre la base de una fuerte demanda de uno y de una buena competitividad de los otros. Incluso se puede hablar de un juego triangular que se ajusta sobre Japón: este es aplastado en el estancamiento, hundido en parte por la sobrevaluación del yen. Japón sigue obteniendo importantes excedentes comerciales, ya no en razón de la competitividad de sus exportaciones, sino de un crecimiento interno aproximadamente nulo. Estos excedentes equivalen a salidas de capitales que fluyen hacia Estados Unidos y la “nueva economía”, viniendo Europa y el resto del mundo a completar el financiamiento del déficit estadounidense. Este esquema ya estaba ampliamente desequilibrado, pero pocos comentaristas se preocupaban por el mismo, porque había grandes esperanzas basadas en la “nueva economía”: a partir del momento en que esta engendrara importantes ganancias de productividad, se podía pensar que su generalización al conjunto de la economía mundial vendría a darle un fundamento tangible a la euforia ambiente.

¹ SESSI - Ministerio de la Industria: “El impacto sectorial de la tasa de cambio del dólar”, en *Las 4 páginas* 81, septiembre de 1997.

Los límites de la nueva economía

El concepto de “nueva economía” apareció en una fase coyuntural particular (y por lo demás, de corta duración: 1996 - 2001) que se eximía, aparentemente, de un cierto número de leyes económicas. El descenso de la desocupación no parecía estimular los salarios, el crecimiento de la Bolsa parecía ser indefinidamente prolongado por fuera de todo lazo con la economía real, y la economía de Estados Unidos parecía haber encontrado así el secreto de un crecimiento sostenido. Esta configuración le ha permitido a Estados Unidos, ciertamente, registrar un crecimiento netamente superior a los de Japón y de Europa, y restablecer su situación hegemónica en dos dominios estratégicos: la tecnología y el armamento. Esta configuración, sin embargo, era contradictoria desde el principio, porque estaba acompañada de la puesta en marcha de lo que, en un artículo bastante premonitorio², Wynne Godley llamaba “los siete procesos que no pueden durar”, que podemos recordar brevemente: 1) caída de la tasa de ahorro de los hogares, 2) aumento del endeudamiento neto del sector privado, 3) crecimiento acelerado del encaje real de la moneda, 4) crecimiento del precio de las acciones mucho más rápido que el de las ganancias, 5) aumento del excedente presupuestario, 6) aumento del déficit corriente, 7) aumento del endeudamiento externo.

Efectivamente, no hay escapatoria a la contabilidad: para un país dado, las necesidades y las capacidades de financiamiento deben equilibrarse y ninguna “nueva” economía permite eludir esta regla. La necesidad de ahorro de los privados debe estar cubierta por entradas de capital provenientes del resto del mundo o repercutir en el déficit presupuestario. La configuración de Estados Unidos durante la nueva economía, desde este punto de vista, puede resumirse así: 1) un fuerte aumento de la inversión; 2) una baja regular del ahorro de los hogares que vienen a consumir 100% de su ingreso; 3) un excedente del presupuesto federal que no basta para cubrir la necesidad de ahorro de los privados; 4) un déficit creciente de la balanza comercial, que tiene como contrapartida una entrada masiva de capitales. La “nueva economía” no concierne solamente a la oferta (ganancias de productividad y progreso técnico) sino al menos también a la demanda: cualquier economía habría registrado un buen crecimiento con tal dinamismo de consumo que ha aumentado más rápido que el ingreso, cercano a un punto cada año entre 1995 y 2000. El crecimiento relativamente sostenido

² W. Godley: *Seven Unsustainable Processes Medium - Term Prospects and Policies for the United States and the World*, Levy Economics Institute, 2000.

de Estados Unidos durante los años 90 se ha basado en un doble movimiento: aumento del consumo de los hogares y boom de la inversión. Pero, a falta de financiamiento interno, había allí una ecuación imposible de resolver de otro modo que mediante una profundización tendencial del déficit externo, cuyo orden de magnitud es por otra parte semejante: aproximadamente un punto del PIB cada año.

Esto nos lleva a decir entonces que la acumulación del capital y el endeudamiento de los hogares han sido financiados en gran parte por entradas regulares de capitales, provenientes de Japón o de Europa, pero también de los países emergentes después de la crisis financiera. Este movimiento de atracción de capitales era tan poderoso que contribuyó al refuerzo del dólar, a pesar del déficit, que lo hubiera debilitado si no se hubiera tratado de la moneda dominante. Como hemos visto, esta apreciación del dólar ha estimulado las exportaciones europeas y habría sido una de las condiciones (paradójicas) de éxito del euro. Pudo parecer que se intentaba con esto un acuerdo relativamente cooperativo que permitía a Europa reanudar el crecimiento. Incluso hubo economistas que anunciaron que la Unión Europea, desde entonces munida del euro, podría convertirse en la nueva locomotora de la economía mundial, si consentía únicamente en invertir a su vez en las nuevas tecnologías. Los teóricos apresurados de la nueva economía, tales como Michel Aglietta³, han ignorado su carácter fundamentalmente asimétrico que obstaculiza toda extensión al resto del mundo, ya que se basa justamente en un aplazamiento de las obligaciones hacia los dos otros grandes polos imperialistas. Todos los discursos sobre el retraso que se habría registrado en relación a “la economía del conocimiento” dejan de lado la realidad: los capitales europeos han invertido mucho en alta tecnología, pero en el otro lado del Atlántico. A título irónico, podríamos poner de relieve que Estados Unidos no admitiría integrar la Unión Europea si se lo pidiera, porque está lejos de satisfacer los criterios que los países europeos se han infligido a sí mismos.

El segundo obstáculo con el que la “nueva economía” ha tropezado remite a las determinaciones más clásicas de la tasa de ganancia. Esta se ha revertido, solamente un año después del comienzo de la “nueva economía”: el costo de las inversiones *high tech* ha conducido a una pesadez de la composición orgánica del capital y la parte de los salarios terminó aumentando. A pesar de las condiciones favorables en materia de financiamiento, es entonces sobre una muy “vieja” compulsión de la ganancia que la ola de la

³ M. Aglietta: *El capitalismo del mañana*, Nota de la Fundación Saint - Simon, 1998.

“nueva economía” ha venido a romperse. En resumen, lo que no podía durar no duró, y el regreso de las corridas bursátiles pusieron fin brutalmente a muchas de estas ilusiones.

El descenso imperial del dólar

Tomando como pretexto el 11 de septiembre, el gobierno de Bush tomó entonces una serie de medidas para evitar un escenario de catástrofe resultante de un grado de endeudamiento sin precedentes. Se trata de un giro importante hacia una nueva estrategia centrada en un único objetivo: preservar a cualquier costo las condiciones de crecimiento estadounidense, sin dejar de exportar la recesión al mundo entero. Toda una serie de decisiones han ilustrado esta nueva orientación: en principio existió el rechazo a los acuerdos de Kyoto, con el pretexto afirmado claramente de que los intereses de la economía estadounidense debían estar ante toda otra consideración. También unilateralmente, y en contradicción flagrante con el libre cambismo impuesto a los otros, Estados Unidos tomó medidas típicamente proteccionistas sobre las importaciones de acero -que finalmente acaban de reducir- y aumentó nuevamente las subvenciones del agro-business. La política presupuestaria tomó también un giro radical con la aceptación de un déficit que comenzó a acrecentarse rápidamente a causa del aumento de los gastos militares, pero sobre todo por la considerable baja de impuestos consentida en favor de los ricos. Bush exceptuó redondamente los dividendos de todo impuesto sobre el ingreso. En el plano monetario, el giro también es muy claro: el dólar comenzó a bajar en relación al euro. Dicho de otro modo, Estados Unidos eligió una ofensiva comercial para reducir (en parte) su déficit gracias al dinamismo de exportaciones más competitivas en lo sucesivo.

La tasa de cambio del dólar en relación con el euro (o, retrospectivamente, en relación con una canasta de monedas equivalente) conoció amplias fluctuaciones en el curso de los últimos treinta años, ya que ha variado prácticamente de uno a dos (gráfico 1). Se pueden distinguir cinco grandes fases⁴:

1) la primera fase se abre con la crisis del dólar de 1971: después de haber sido separado del oro, el dólar pierde su valor a lo largo de la década

2) la segunda fase, que va desde 1980 a 1985, está marcada por una apreciación muy fuerte del dólar en detrimento de las monedas europeas;

⁴ J. Teiletche: “La tasa de cambio euro - dólar. Una perspectiva a largo plazo”, en *Revue Economique*, marzo de 2003.

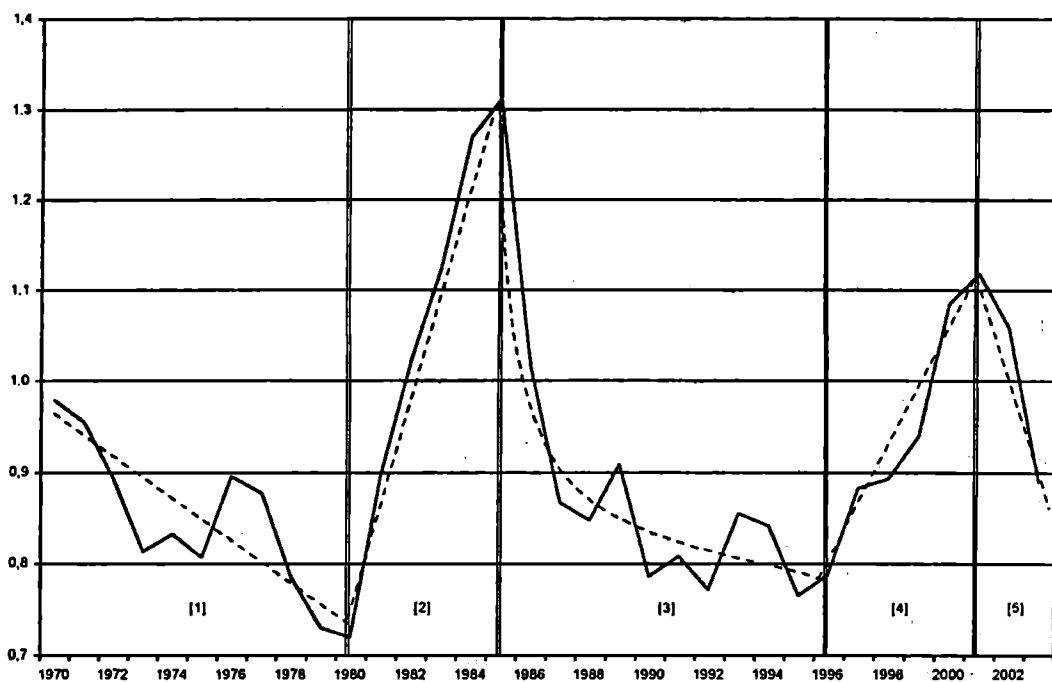


Gráfico 1

3) la tercera fase es inaugurada por los acuerdos de Plaza de 1985 que deciden una apreciación forzada de las monedas que no sean dólares, principalmente el yen y el marco. Una vez hecha esta devaluación de hecho del dólar, su tasa de cambio registra fluctuaciones bastante fuertes, pero sigue a un nivel más bien bajo;

4) la cuarta fase se inicia en 1996 y se expresa en una brusca apreciación del dólar con respecto a las monedas europeas que se preparan para constituir el euro. Esta tendencia no se desmiente con el nacimiento del euro el 1 de enero de 1999;

5) la quinta fase corresponde a una nueva inflexión del dólar, que comienza a bajar a partir de los comienzos del año 2002. Entre febrero de 2002 y octubre de 2003, el curso del euro se apreció en más de un tercio.

El alza del euro y la revancha del club Med

Después de haber perdido hasta el 30% de su valor en relación con el dólar, el euro ha vuelto a encontrar su curso de recuperación. Sin embargo, ¿este restablecimiento es un signo de buena salud de la economía europea? Para los maníacos de la moneda fuerte, esto evidentemente va de suyo, ya que esta buena ubicación del euro ofrece una protección contra las tensiones inflacionistas importadas. Pero si se toma un poco de distancia se per-

cibe que la situación es muy incierta, tanto es así que una moneda fuerte no implica una economía fuerte. El repunte del euro hoy va a la par de una ralentización de la economía europea que flirtea con la recesión.

Todos los esfuerzos hechos para la realización del euro –y el débil crecimiento que iba con él– estaban justificados por los favores deducidos por la moneda única. Gracias a ella, finalmente sería posible llevar adelante una verdadera política macroeconómica europea, que permitiría reanudar el crecimiento y el empleo. Se pudo tener la impresión que esto funcionaba, ya que se crearon diez millones de empleos en la Unión Europea entre 1997 y 2001. Pero esta era una ilusión óptica, porque este “embellecimiento” era, en gran parte, el fruto de la baja del euro que ha estimulado las exportaciones europeas. Todo ocurrió como si se hubiera aplicado a nivel europeo esta política de “devaluación competitiva” denunciada como una aberración para cada uno de los países miembros. Este período muy particular pudo dar la impresión, falsa, de que se podía aceptar simultáneamente la lógica de los criterios de convergencia y llevar adelante políticas más favorables al empleo.

Frente a la nueva ofensiva comercial de Estados Unidos acarreada por la baja del dólar, aparece entonces un vacío abierto en la construcción europea: hay una moneda única, pero no hay política de cambio. ¿En dónde se sitúa el nivel deseable del euro en relación con el dólar? El Banco Central vigila en la línea del 2% de inflación, pero, por increíble que pueda parecer, nadie sabe cuál es su objetivo de cambio. Y este pequeño detalle no es abordado en ninguno de los tratados de fundación. Esto lleva a preguntarse si la función principal del euro era verdaderamente monetaria y si no estaba más bien concebido como un instrumento de disciplina salarial. En todo caso, si se quería hacer de él una verdadera moneda internacional, capaz de competir con el dólar, sería necesaria otra política coherente en materia de cambio y tasa de interés. En otros términos, sería necesario sostener un discurso europeo autónomo en relación con las inyecciones monetarias (y otras) de Estados Unidos.

Incluso dentro de Europa, la actual reversión hace aparecer una enorme paradoja, ya que es el estancamiento de la economía alemana el que contribuye a hundir la coyuntura de toda Europa. Durante los años que precedieron a la colocación del euro, una parte de las burguesías financieras estaban inquietas por la entrada en el euro de monedas que debilitarían su credibilidad. Los países del sur (España, Italia, Portugal, Grecia), designados de manera despreciativa con el vocablo “Club Mediterráneo”, debían, según algunos, mantenerse apartados de una zona euro que era mejor construir, en un primer

momento, alrededor del núcleo duro franco - marco. Esta opción era considerada seriamente antes de la inflexión del dólar, cuando la coyuntura europea todavía estaba dominada por la morosidad. De pronto, los críticos del euro de inspiración soberanista denunciaban en él una simple excrescencia del marco. El futuro Banco Central europeo era visto como un calco del *Bundesbank* que impondría a Francia las mismas disciplinas absurdas que él mismo se había infligido para defender la paridad del franco frente a la del marco.

En realidad, el retroceso de la hegemonía alemana estaba ampliamente iniciado a partir de la reunificación. Esta condujo a la economía alemana a volver a centrarse en el mercado interno, de tal suerte que los extraordinarios excedentes industriales tendieron a diluirse y, con ellos, el fundamento de la supremacía de la economía alemana. Es justamente este debilitamiento relativo el que ha permitido al "Club Med" integrar la zona euro a partir de su puesta en marcha. Y hoy, Alemania es la primera entrampada en la lógica monetarista que ha contribuido a imponer a sus vecinos. Su tasa de cambio se fijó eternamente en un nivel demasiado elevado y, a falta de poder jugar con esta variable, está obligada a frenar su economía y a cuestionar su modelo social, con la esperanza de ajustar sus costos reales. Esta lógica de competitividad extiende el clima de cuasi recesión a todos los países vecinos para quienes Alemania es un cliente importante.

La manera en que se congelaron las tasas de cambio en el seno de euro puede leerse entonces como una fábula amorala, en todo caso, si se toma el monetarismo como criterio de virtud. En líneas generales, los malos alumnos devaluadores, como España e Italia, se las han arreglado mejor, desde el punto de vista de su participación en el mercado, que los buenos alumnos con moneda fuerte. Entraron en el euro con una tasa de cambio más bien ventajosa mientras que Alemania, y Francia en menor grado, sufren una tasa de cambio sobrevaluada. Y como la posición relativa de Alemania se degrada continuamente desde un doble punto de vista, del crecimiento y de los excedentes, la tensión ejercida por una tasa de cambio demasiado fuerte se hace sentir cada vez más. En otros tiempos, hubiera sido juicioso que el marco se devaluara, aún cuando la carga simbólica habría sido particularmente fuerte. En todo caso, con el euro, esta vía de ajuste está excluida. Por lo tanto, es necesario frenar el crecimiento relativo de la economía alemana, ya mediocre, o restablecer su competitividad sobre la base de una baja importante del costo salarial. Este es exactamente el sentido de la Agenda 2010, este programa radical de contrarreformas puesto en marcha por el gobierno plural alemán (socialista y verde) que representa un profundo maltrato del modelo alemán.

CUADRO 1 - VEINTE AÑOS DE PIB

	1981-1991	1991-2002
Estados Unidos	2,9	3,2
Unión Europea	2,8	2,0
- Francia, Alemania, Bélgica, Luxemburgo	2,7	1,6
- resto de la Unión Europea	2,9	2,3
Japón	4,1	0,9

Tasas de crecimiento anuales medios - Fuente : OCDE

Se asiste entonces a la profundización de una doble desviación a lo largo de los años 90. Por un lado, el crecimiento en Estados Unidos se volvió netamente superior (más de un punto) al de Europa, mientras que la tasa de crecimiento era semejante en la década del 80. (Cuadro 1). Por otro lado, una segunda diferenciación se opera en el interior mismo de Europa. En la última década, el crecimiento promedio fue de 2% para el conjunto de los países europeos. Pero este ha sido claramente menos marcado (1,6%) para la “zona franco - marco” (Francia, Alemania, Bélgica, Luxemburgo) que para el resto de la Unión Europea (2,3%), y en particular para un grupo de países (España, Reino Unido, Irlanda y Finlandia) que tuvieron un crecimiento promedio de 2,8%, cercano al de Estados Unidos (gráfico 2).

La trayectoria de Japón obedece a una cronología parecida. Hasta principios de los años 90; su tasa de crecimiento era netamente superior a la de los otros dos polos de la economía mundial. A partir de esta fecha, la economía japonesa se instala en una década de cuasi estancamiento y se desengancha completamente de la progresión promedio de la economía mundial. El comienzo de los años 90 representa entonces un giro de gran amplitud: antes, el crecimiento entre Estados Unidos y Europa, y dentro de Europa, era bien homogéneo. Después, ocurre como si la divergencia Estados Unidos/ Europa funcionara como una palanca que viene a polarizar un crecimiento europeo hasta aquí relativamente homogéneo. El gráfico 2 ilustra bien esta doble apertura del abanico que, sin dudas, está en la base de la crisis que acaba de conducir al abandono del Pacto de estabilidad.

Frente a la fractura creciente dentro de la Unión Europea, los intereses específicos de cada estado, con sus relaciones de clase particulares, tienden a triunfar sobre los intereses colectivos, cuya gestión está delegada en la Comisión. Esta es la clave de la crisis actual del Pacto de estabilidad. El punto de partida es la incapacidad, económica y política, por parte de Francia y de Alemania de respetar la regla por la cual el déficit presump-

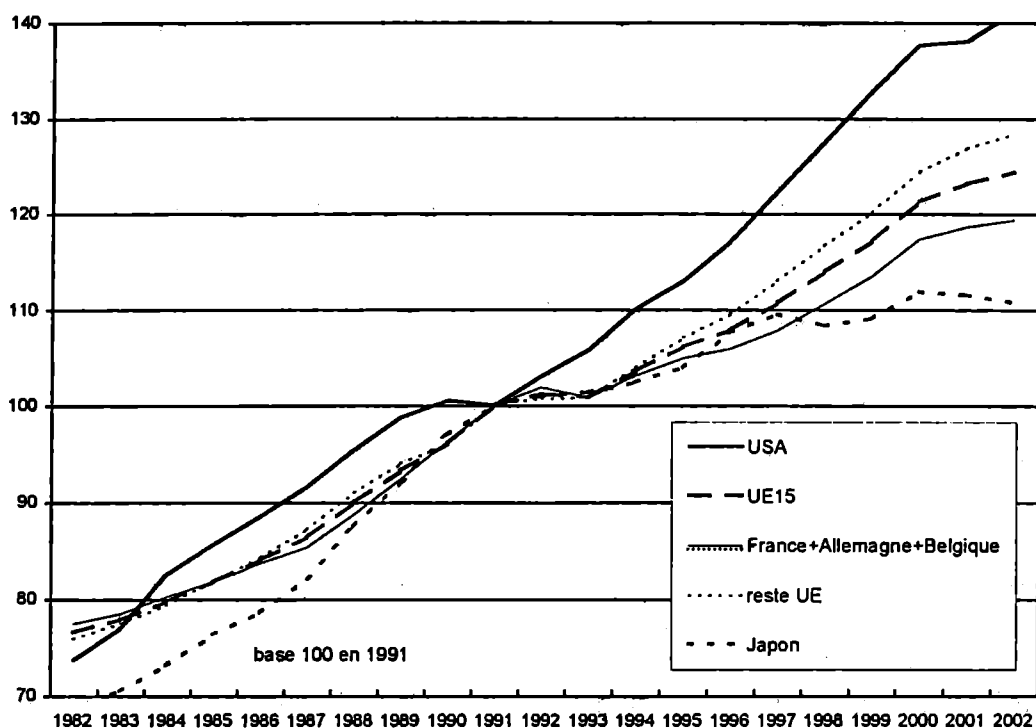


Gráfico 2: La desestabilización del pacto, o el impasse burgués

tario no debía en ningún caso superar el 3% del PIB. Estos dos países, que representan cerca del 40% del PIB europeo, obtuvieron enseguida de la mayoría de los otros gobiernos que no se establecieran a este respecto ninguna de las sanciones explícitamente previstas por el Pacto. Esta decisión evidentemente provocó la furia de la Comisión, cuya legitimidad y autonomía deriva en gran parte de su función de guardián del Pacto de estabilidad.

La crisis va aún más lejos de sus aspectos técnicos y conduce al cuestionamiento de modalidades esenciales del proceso de construcción europea. Se puede decir que los inconvenientes del euro tienden a triunfar sobre sus ventajas. Por cierto, siempre existe un acuerdo profundo entre las burguesías europeas acerca de la orientación neoliberal y, sobre todo, acerca de la necesidad de disciplinar los salarios y de ampliar el campo de la mercancía privatizando los servicios públicos y la protección social. Por eso, los déficits presupuestarios en Francia y Alemania no resultan de una voluntad de aplicar una política de reactivación llamada keynesiana. Son el producto mecánico del encuentro entre una mala coyuntura y una política dogmática de baja de impuestos para los ricos. A término, Pacto sí o no, el proyecto es regresar al equilibrio reduciendo los gastos sociales, como lo muestra el programa de "reformas" bautizado Agenda 2010 en Alemania, o el con-

gelamiento de los sueldos de los empleados en Francia. Estamos muy lejos de una verdadera alternativa, que pasaría por el aumento de los impuestos que pesan sobre los ingresos del capital.

Esta crisis es tanto más aguda cuanto que las contradicciones no son estrictamente económicas: ya sea con referencia a la intervención en Irak o sobre la arquitectura institucional, la pareja franco - alemana tiende a oponerse al resto de la Unión. Los globos sonda de una "Unión" entre los dos países van en ese sentido y se unen a los proyectos más antiguos de una Europa a dos velocidades, con un núcleo duro y una periferia de países asociados. Sin embargo, hay que insistir en esto, esta diferencia no se refiere a la defensa de modelos sociales diferentes: los gobiernos francés y alemán, por el contrario, llevan adelante una política de contrarreforma muy sistemática que apunta a un alineamiento acelerado (pero nunca bastante rápido, desde su punto de vista) en un modelo neoliberal estándar. Se trata ante todo de un repliegue sobre los intereses nacionales, o más bien sobre una gestión nacional de los intereses de clase, que va a hacer difícil la puesta a punto del proyecto de Constitución en el seno de la Conferencia Intergubernamental. Aun cuando también existe la tentación de reforzarse para evitar el estallido de una crisis abierta, la cohesión de la burguesía europea está hoy ampliamente reducida.

Esta constatación de la crisis conduce a regresar a la lógica de la construcción europea. A diferencia, por ejemplo, del modelo alemán del siglo XIX, no se trata de la formación por adición de una nueva economía nacional. Una de las razones de ello es que, cada uno por su parte y con su propia especialización, los países europeos ya han accedido al mercado mundial. La fase de internacionalización ha comenzado a fines de los años 60 y la constitución de un mercado único, y luego de la moneda única, no pueden ariarse como las condiciones previas de un movimiento semejante. Por lo tanto, existe un desfazaje particular entre la base europea y el horizonte estratégico mundial de los grandes grupos. El mercado único no es forzosamente la salida principal sino el cimiento de un objetivo más amplio.

Para algunas ramas, la construcción europea obedece sin embargo a una lógica "agregativa" de constitución de "campeones" europeos según un esquema que, en un sentido, extiende a escala europea la estrategia De Gaulle - Pompidou de los campeones nacionales. Pero esta orientación, más bien característica de sectores financieros como los bancos y las aseguradoras, está lejos de representar la estrategia dominante que consiste en anudar alianzas transcontinentales de manera de acceder directamente a

todos los compartimientos del mercado mundial. La interpenetración de los capitales conduce a la formación de una “economía transatlántica”, retomando el título de un estudio de referencia⁵; ella ya ha alcanzado a partir de ahora un grado que hace difícil hablar de Estados Unidos y de la Unión Europea como de dos entidades separadas y competitivas.

En estas condiciones, los grandes grupos tienen expectativas particulares con respecto a la construcción europea, y su concepción de mercado único aclara sus prioridades. Se habría podido concebir muy bien que el mercado único esté más o menos protegido de la competencia internacional. En este caso, el objetivo habría sido hacer caer todas las barreras internas para la circulación de mercancías y de capitales, mientras se mantienen, e incluso se refuerzan frente al resto del mundo, formas de protección más o menos declaradas. Aquí también, es el modelo francés el que sirve de referencia, con una sinergia muy fuerte entre comandos públicos y estructuración de grandes grupos industriales, en el marco de una política industrial europea activa. Ahora bien, es claramente otra vía la que se ha elegido en ocasión del Acta único de 1986. Este no se conforma con levantar las “rigideces” internas sino efectúa además una elección decisiva, la de abrir los mercados públicos a la competencia al no introducir ninguna “preferencia europea”. Esta elección es coherente con el posicionamiento muy liberal de la Comisión, y en particular de su Dirección de Competencia, que consiste en rechazar el principio mismo de una política industrial y toda intervención en este terreno.

Dicho de otro modo, el mercado único es un mercado abierto a todos, porque los grandes grupos que dan el ejemplo en la construcción europea apuntan de entrada al mercado mundial. Este punto es muy importante porque permite comprender mejor el carácter subordinado de la “cláusula social”, en la medida en que el proyecto de los sectores más poderosos de la burguesía no es el de construir un conjunto realmente estructurado e integrado. Incluso se puede ir más lejos y nuevamente plantear dudas bastante sistemáticas en cuanto a la necesidad real de una moneda única. Si se hubiera tratado de construir el mercado europeo como una entidad integrada, entonces la moneda única habría sido absolutamente necesaria para dirigir la interfaz entre una zona europea compacta y el mercado mundial. Pero, en la medida en que el mercado único en cuestión es concebido como un mercado que tiene que ser abierto, la necesidad de una moneda única es mucho menos evidente.

⁵ J. P. Quinlan: *Drifting Apart or Growing Together? The Primacy of the Transatlantic Economy*. Center for Transatlantic Relations, 2003.

La principal virtud del pasaje a la moneda única, sin dudas, no reside en su función de herramienta monetaria, sino más bien la de instrumento disciplinario. Era en nombre de la imperiosa necesidad de una moneda única que se hacía necesario frenar los gastos públicos y “moderar” los salarios, o sea, poner en marcha un programa típicamente neoliberal. Esto caía bien porque era precisamente la intención de cada uno de los gobiernos. Este proyecto permitía unificar los programas neoliberales y procurarles una doble legitimidad, al invocar en un mismo movimiento las exigencias de la economía y el ideal europeo.

Algunos años más tarde, se descubre que el Pacto de estabilidad es “estúpido” y las burguesías constatan que habían sobrestimado su propio grado de cohesión. El Pacto de estabilidad es perfecto desde un punto de vista neoliberal, excepto que presupone una coordinación entre las políticas económicas que no está dada para nada por adelantado. Todo ocurre aquí como si las burguesías se hubieran dejado llevar por su propio discurso y hubieran terminado olvidando los elementos de fragilidad de sus propios dispositivos. Esto da lugar a una nueva paradoja⁶ en cuanto al grado de conciliación de las políticas presupuestarias. A partir del momento en que los déficits presupuestarios son redactados por escrito en una moneda única, están en un sentido a la carga del conjunto de los países integrantes del euro: “todo cambio imprevisto es soportado por el conjunto de los socios, por medio de tasas de interés más altas en los préstamos del estado”. Antes del euro, los mercados financieros podrían ejercer una presión más diferenciada al exigir una prima de riesgo o al hacer presión sobre la tasa de cambio. Hoy, “la impunidad está garantizada” en la medida en que el Pacto de estabilidad no se basa en una verdadera voluntad política. Por lo tanto, no ha resistido a la primera tormenta, simplemente porque su funcionamiento postula una comunidad de intereses entre las burguesías que no existe y que no podría construirse políticamente, por falta de crisol institucional adecuado.

Las diferentes economías nacionales disponen de una inserción en la economía mundial específica, y la resultante de estas posiciones no define una comunidad de intereses: los países son más o menos sensibles a la competitividad - precio, están más o menos bien ubicados para captar la demanda mundial, son más o menos capaces de atraer los capitales. El reciente debate sobre la “decadencia” de la economía francesa es por cierto caricatu-

⁶ P.-A. Delhommais: “Las múltiples paradojas del euro”, en *Le Monde*, 8 de mayo de 2003.

resco, pero plantea un problema real, a saber, la persistencia de imperialismos nacionales que todavía constituyen el marco de puesta en forma de los intereses sociales. Uno de los principales elementos de crisis sin duda se debe a esto: a partir de la aplicación de la desregulación neoliberal, un cierto número de reglas y obligaciones que habían permitido hacerla pasar, presentan hoy más inconvenientes que ventajas.

La polarización en Europa remite en lo esencial a consideraciones económico - estratégicas. Para ir rápido, la diferenciación se opera de una manera relativamente homogénea en función de dos criterios, la elasticidad - precio y la aceptación de la predominancia de Estados Unidos. Tal es la base de la oposición entre el polo franco - alemán y los otros grandes países de la Unión, principalmente el Reino Unido, Italia y España. Estos últimos países tienen menos necesidad de una integración estructural institucional compacta, de una política industrial, de una competitividad estructural, e incluso del euro en el caso británico. El Reino Unido desempeña un papel particular al llevar un modelo de integración muy específico, pero bastante parecido al de Estados Unidos, desde el punto de vista de su necesidad de atraer capitales y de su capacidad para hacerlo⁷. Se vuelve a encontrar esta polarización sobre muchos otros puntos, por ejemplo, en lo concerniente a las modalidades de apertura al Este. Pero el ejemplo más sorprendente concierne a la toma de posición con respecto a la guerra de Irak, en donde la línea de división es prácticamente idéntica. Aun cuando no se puede reducirla a una divergencia de intereses económicos, en todo caso se puede destacar la coherencia de estas diversas posiciones.

La economía mundial: una configuración inestable⁸

El capitalismo necesita una estructuración de la economía mundial adecuada a su modo de funcionamiento actual. La mundialización plantea esta exigencia en términos relativamente nuevos y tal vez sea útil retomar entre otras la tipología propuesta por Ernest Mandel⁹ hace alrededor de 30 años. Este distinguía tres configuraciones posibles: ultraimperialismo, superimperialismo y continuidad de la competencia interimperialista.

La primera hipótesis, la del ultraimperialismo, debe ser claramente re-

⁷ W. Godley y A. Izurieta: *Coasting on the lending bubble both in the UK and in the US*, Annual Meeting of the Society of Business Economists, Londres, 25 de junio de 2003.

⁸ Aquí retomo algunos elementos de un texto publicado con el confuso título de "Una configuración nueva del imperialismo, una hegemonía que no está segura de sí misma", en *Carré Rouge* 25, abril de 2003.

⁹ E. Mandel : *Le troisième âge du capitalisme*, Les Editions de la Passion, 1997.

chazada. Tal escenario, ya entrevisto en su tiempo por Kautsky, correspondería a una configuración en la que, retomando los términos de Mandel, “la interpenetración internacional de los capitales está avanzada hasta el punto en que las divergencias de intereses decisivos, de naturaleza económica, entre propietarios de capitales de diversas nacionalidades, han desaparecido completamente”. Estamos manifiestamente muy alejados de un caso así y es necesario sacar las lecciones de ello. La ilusión de un condominio equilibrado entre los tres polos de la “Tríada” (Estados Unidos, Europa y Japón) ha fracasado. La gente hablaba en una época de toyotismo y de “nuevo modelo de trabajo” y se extasiaba con los nuevos recursos de la productividad de la industria japonesa. En resumidas cuentas, se pensaba que Estados Unidos asistiría sin reaccionar a una lenta erosión de las bases mismas de su dominación y que jugaría el razonable juego de una mundialización que algunos, como Alain Minc, no dudaron de calificar como “feliz”.

También, la noción de “*Imperio*” adelantada por Michael Hardt y Antonio Negri¹⁰ está a punto de sufrir una enorme desmentida práctica. Para convencerse de esto basta con recordar el núcleo duro de su tesis, así resumida por Negri: “En la actual fase imperial, ya no hay imperialismo –o, cuando subsiste, es un fenómeno de transición hacia una circulación de valores y de poderes a escala del Imperio. Asimismo, ya no hay Estado-nación: le escapan las tres características sustanciales de la soberanía –militar, política, cultural– absorbidas o reemplazadas por los poderes centrales del Imperio. La subordinación de los antiguos países coloniales a los estados-nación imperialistas, al igual que la jerarquía imperialista de los continentes y de las naciones desaparecen o se debilitan así: todo se reorganiza en función del nuevo horizonte unitario del Imperio”¹¹.

Sin embargo, Hardt busca mantener la tesis del *Imperio*, contra todas las oposiciones. En una tribuna reciente, insiste en los intereses comunes de las “élites” de Estados Unidos y las de los otros países, en particular en la esfera económica: “Los hombres de negocios a través del mundo reconocen que el imperialismo no es algo bueno para sus negocios, porque eleva barreras que traban los flujos globales. Las ganancias potenciales de la mundialización capitalista, que agudizaba en todas partes el apetito de los ambientes de negocios hace apenas algunos años, dependen de la apertura de los sistemas de producción y de cambio. Incluso los industriales esta-

¹⁰ M. Hardt y A. Negri: *Empire*, Exils, 2000.

¹¹ A. Negri: “El Imperio, estadio supremo del imperialismo”, en *Le Monde Diplomatique*, enero de 2001. Ver también *Cuadernos del Sur* N° 33, marzo 2002.

dounidenses sedientos de petróleo tienen interés en esto”¹². Michael Hardt llega hasta a presentar el “Imperio” como una alternativa al imperialismo yanqui, mientras denuncia a las élites “incapaces de actuar en función de sus propios intereses”. Después de haber sermoneado de este modo a los poderosos de este mundo, Hardt dirige sus consejos al movimiento anti-guerra¹³. Por cierto, dice, su antiamericanismo se nutre del unilateralismo y del antieuropeísmo de la administración Bush. Pero esto no quiere decir que no sea una trampa que conduce a una visión del mundo demasiado bipolar, o peor, nacionalista. Hardt opone esta estrechez de visión a la clarividencia del movimiento altermundialista, que había logrado no pensar más la política “a partir de rivalidades entre naciones o bloques de naciones”. Esta disociación carece de fundamento y la actitud de Hardt expresa un sorprendente voluntarismo teórico que consiste en negar una realidad bien palpable hoy, que es el gran regreso de las contradicciones interimperialistas.

La supremacía absoluta que parece revelar el unilateralismo de Estados Unidos merece que se considere también el escenario de superimperialismo. En esta configuración, siempre con la definición de Mandel, “una gran potencia imperialista única detenta una hegemonía tal que los otros estados imperialistas pierden toda autonomía real y se reducen al estado de potencias semicoloniales menores”. Aun cuando la Unión Europea no puede caracterizarse evidentemente como “potencia semicolonial menor”, este esquema parece corresponderse con la jerarquía reafirmada entre las potencias imperialistas que consagra el rol dominante de Estados Unidos en todos los sectores: económico, tecnológico, diplomático y militar.

Pero esto no da cuenta de dos rasgos sorprendentes de la economía mundial contemporánea. El primero es la fragilidad de la dominación estadounidense, que se puede sintetizar como sigue: de manera bastante inédita, el imperialismo dominante no es exportador de capitales y, por el contrario, su supremacía descansa en su capacidad de drenar un flujo permanente de capitales que vengan a financiar su acumulación y a reproducir las bases tecnológicas de esa dominación. Se trata entonces de un imperialismo predador, más bien que parásito, cuya gran debilidad es no poder proponer un régimen estable a sus vasallos.

La segunda novedad se deriva del grado de integración transcontinental

¹² M. Hardt: “Folly of Our Masters of the Universe”, en *The Guardian*, 18 de diciembre de 2002.

¹³ M. Hardt: “A trap set for protesters”, en *The Guardian*, 21 de febrero de 2003.

de los capitales alcanzado hoy. Se haría necesario la constitución de un condominio Estados Unidos / Europa, un G2, retomando la fórmula recientemente adelantada por el secretario de Estado de Finanzas alemán, Caio Koch-Weser¹⁴. Para regular un espacio económico también integrado, una instancia política de coordinación se vuelve efectivamente una necesidad objetiva, desde el punto de vista mismo de los intereses colectivos de la burguesía. Pero, parafraseando a Jaurès, el capitalismo lleva en él la competencia como el nubarrón trae la tormenta, y la cooperación mundializada interimperialista es un espejismo. A falta de un superimperialismo que disponga de una supremacía suficiente como para imponerla, es entonces hacia la tercera configuración que el mundo está por caer, la de la competencia interimperialista. La definición que daba Mandel de esto es muy acorde con la situación actual: “la interpenetración internacional de los capitales está suficientemente avanzada como para que un número más elevado de grandes potencias imperialistas independientes sea reemplazado por un número más pequeño de superpotencias imperialistas, pero está fuertemente trabada por el desarrollo desigual del capital y la constitución de una comunidad global de intereses del capital fracasa”. Las contradicciones no resueltas entre Europa y Estados Unidos continuarán pesando sobre una economía mundial duraderamente desequilibrada.

“La economía mundial vuela con un solo motor”

Esta expresión es de Lawrence Summers, el ex ministro de Presupuesto de Clinton, y ha servido de título de un importante informe aparecido en *The Economist*¹⁵. Una cifra resume bien este funcionamiento asimétrico de la economía mundial: desde 1995, cerca del 60% del crecimiento mundial es atribuible a Estados Unidos, que, sin embargo, no represente más que el 30% de la economía mundial. La tesis general de *The Economist* es que “el mundo no puede continuar contando con el gasto de Estados Unidos”.

Casi todos los economistas que se plantean la cuestión consideran que el modo de crecimiento adoptado por Estados Unidos desde el comienzo de la “nueva economía” no es sostenible. Actualizando su estudio precedente, Wynne Godley¹⁶ muestra que si nada cambia, el déficit comercial, que ya es del 5% del PIB, continuará aumentando hasta alcanzar 6,4% del PIB, a lo

¹⁴ C. F. Bergsten y C. Koch-Weser: “Restoring the Transatlantic Alliance”, en *Financial Times*, 6 de octubre de 2003.

¹⁵ “Flying on one engine”, en *The Economist*, 18 de septiembre de 2003.

¹⁶ W. Godley: *The US Economy. A Changing Strategic Predicament*, Levy Economics Institute, Febrero de 2003.

que hay que agregar la masa creciente de intereses que Estados Unidos deben pagar sobre la deuda externa. Evalúa en 200 o 300 mil millones de dólares este flujo neto de intereses, que llevaría a 8,5% el conjunto del déficit corriente. Si el sector privado compromete nuevas capacidades de ahorro, entonces el equilibrio contable tendría como contrapartida un impresionante hundimiento del déficit presupuestario. Simplemente para estabilizar el déficit comercial, sería necesario de todas maneras reproducir constantemente la atractividad de Estados Unidos para los capitales extranjeros. Ahora bien, la inestabilidad de la situación global corre el riesgo de desalentarlos. Su entusiasmo tenía una base objetiva que era la dinámica de la productividad del trabajo y los buenos niveles de rentabilidad que parecía poder garantizar duraderamente, pero estas perspectivas favorables son las que están cuestionadas hoy. Para la economista Catherine Mann¹⁷, cuyo estudio es una autoridad, lo más probable es que los inversores en el mercado mundial “van a alcanzar el punto en que ya no deseen acrecentar la parte de los activos estadounidense que detentan en cartera”. Por lo tanto será necesario contar con la baja del dólar para reducir el déficit corriente.

Pero nos podemos preguntar si tal “aterrizaje suave”, evitando un episodio recesivo mayor, es posible todavía. La vía de la baja del dólar está sembrada de trampas. La primera resulta de la amplitud de la tarea: para reducir significativamente el déficit, sería necesario, según los especialistas, una devaluación considerable, del orden del 40%, que llevaría al dólar a un punto bajo jamás alcanzado. Admitiendo que sea posible, tal escenario se chocaría con varios obstáculos. El primero es que esta baja reduce el valor en euros de los títulos emitidos en dólares: sus detentores extranjeros podrían ser tentados entonces a vender estos activos para limitar la pérdida. Estas ventas desencadenarían un nuevo movimiento a la baja que no podría cortarse más que por un alza fuerte de las tasas de interés que vendría entonces a pesar sobre el crecimiento. Una devaluación agresiva del dólar conduce a abrir una guerra comercial. El déficit comercial de Estados Unidos puede ser enjugado en parte, pero en detrimento de sus principales competidores, a saber la Unión Europea y Japón. En este caso Estados Unidos exportaría su recesión, que podría regresarle como un *boomerang* si fuera lo suficientemente profunda como para romper la dinámica de la economía mundial, o si desencadenara medidas de salvaguarda de parte de los demás imperialismos. Tal es entonces la base económica de las tensiones por venir.

¹⁷ C. Mann: “Perspectives on the US Current Account Deficit and Sustainability”, en *Journal of Economic Perspectives*, verano de 2002.

Bolivia: Una revolución del Siglo XXI

Adolfo Gilly

La Revolución es lo que ha de venir bien a todos. Es como el Viejo Cóndor de los altos cerros con su penacho blanco y que nos ha de cobijar a todos con sus poderosas alas.

*Francisco Chipana Ramos, 1945
(Silvia Rivera, cit.)*

1.

El movimiento insurreccional de septiembre-octubre 2003 en Bolivia aparece, en sus formas, sus protagonistas y sus contenidos, como un producto de las transformaciones impuestas por la reestructuración neoliberal de fines del siglo XX en la sociedad, en la economía y, sobre todo, en la vida, los territorios y las relaciones de las clases subalternas. Es un movimiento nuevo, con actores antes inexistentes, con una capacidad fresca para unir las demandas más inmediatas a las propuestas nacionales más generales -gas, agua, hidrocarburos, coca, república- y con métodos de organización y de enfrentamiento de antigua estirpe pero también nutridos por cuanto las nuevas tecnologías han puesto a su alcance.

En la insurrección boliviana des-
puntó una combinación inédita de rasgos antiguos y modernos y un uso nuevo de la violencia popular. Más que explicar la insurrección del altiplano por comparación con las revoluciones del pasado, hay que analizarla en relación con las transformaciones de la sociedad y de las formas de dominación del capital establecidas desde la última década del siglo XX.

Si esto es así, en la violenta y victoriosa insurrección boliviana que culminó en octubre de 2003 estaríamos ante la primera revolución del siglo XXI. Conviene tratar de descifrar sus contenidos, sus motivaciones y sus presagios.

2.

El 17 de octubre de 2003, aymaras, campesinos, trabajadores y trabajadoras con empleo y sin empleo, vendedoras de los mercados y de las calles, estudiantes indígenas, mineros, migrantes de los cuatros rumbos -la indiada, pues, la indiada tan temida-

con la violencia de sus cuerpos y sus muertos tomaron La Paz y derribaron al Presidente de la República de los Señores y los Ricos, Don Gonzalo Sánchez de Lozada.

Ellos, pues, esos mismos, que estaban bloqueando caminos desde inicios de septiembre y en huelga general desde el 8 de octubre. Con la violencia de sus cuerpos, sí, porque a más de piedras, palos, hondas, tres fusiles viejos y unos cachorros de dinamita, armas no tenían. Con la violencia de sus muertos, sí, porque el ejército, que para romper bloqueos había recommenzado a matar indios el 20 de septiembre en la localidad de Warisata, altiplano paceño, el domingo 12 de octubre ya los había masacrado en El Alto.

Esos, los mismos y las mismas que el lunes 13, mientras el ejército allá abajo en La Paz seguía matando, habían llevado sus muertos a los atrios de sus iglesias y a los patios de sus casas; y los habían velado; y se habían contado y habían contado a quien quisiera oír las atrocidades del ejército y la resistencia con las manos desnudas; y con la ira en los ojos habían mostrado a los reporteros, como quien presenta una ofrenda, las manos juntas llenas de casquillos vacíos recogidos por las calles de El Alto; y habían hablado entre ellos en voz baja y se habían aconsejado toda la noche. Y el martes 14, a la mañana, en cortejos por las calles polvorientas habían llevado a sus muertos an-

te sus iglesias y habían asistido en masa a las misas de cuerpo presente; y habían conversado en las juntas vecinales de cada esquina con sus dirigentes; y habían decidido, entonces, que ahora sí bajarían a La Paz y, así costara quinientos muertos más, esa cifra dijeron, esta vez tumbarían al odiado presidente asesino. Con la violencia de sus muertos, dije, con la violencia de sus cuerpos.

3.

Bajarían a La Paz, dije. La Paz está en una hoyada, cuatrocientos metros más abajo que el altiplano donde, al borde mismo de la hondonada, se encuentra El Alto con casi 800 mil habitantes, sus casas de autoconstrucción y los espléndidos nevados de la Cordillera Real en su horizonte. Las laderas caen hacia la capital en forma abrupta, y por ese lado están totalmente cubiertas por los antiguos barrios de los trabajadores - Munaypata, Pura Pura, Villa Victoria - que también tienen su historia de luchas y masacres: Villa Victoria fue bombardeada por aire en 1950.

Por sus avenidas, calles, callejuelas y senderos empezó a bajar la torrentera aymara el día miércoles 15. A su paso, los vecinos de las laderas los reciben con júbilo, les dan refrescos, agua, comida, y se van sumando a ellos. El 16 llegarían los mineros de Huanuni, después de sortear, amenazando y negociando, el bloqueo del ejército cien kilómetros atrás, en

Patacamaya, donde al fin el destacamento militar había dejado pasar sin atacarlos a los 60 camiones de mineros, hombres y mujeres (palliris), que venían desde Oruro, la capital minera. Dejado pasar, dije, señal de duda que todos percibieron.

Ya habían llegado para entonces por decenas de miles los campesinos aymaras de la provincia Omasuyos y de otros rumbos del altiplano, que desde hacía un mes mantenían el bloqueo carretero. También llegaban los de su capital rebelde, Achacachi, varias veces masacrada a lo largo del tiempo, donde se alza una estatua de Tupaj Katari, el jefe aymara que en 1781 puso cerco a La Paz y estuvo al borde de tomarla antes de ser derrotado por los españoles. Venían también destacamentos de cocaleros de los Yungas y de otras regiones templadas o calientes. Los estudiantes de la Universidad Pública de El Alto (UPEA) se movían por todas partes, entre las fogatas de llantas viejas y las barricadas hechas con los puentes peatonales tumbados sobre las avenidas a fuerza de muchos brazos jalando sogas.

Esta vez, octubre de 2003, La Paz estaba bajo el cerco indio, aymara, el cerco del cierre de caminos y la huelga general. No permitían entrar alimentos ni mercancías ni gasolina. Exigían la renuncia del presidente; la no venta del gas al exterior por los puertos chilenos; la no erradicación de los cultivos de coca, sustento de

los cocaleros, artículo de consumo popular y planta sagrada de las antiguas civilizaciones; una Asamblea Constituyente para refundar la República; y otras 80 demandas, entre las más diversas, que cada sector y comunidad traía consigo. El idioma, los gestos y hasta la bandera aymara, la wiphala, se habían hecho receptáculos y portadores de las grandes demandas nacionales.

Desde 1781, el cerco indio de la ciudad es el fantasma que alucina la imaginación de las clases dominantes: 'La pesadilla del asedio indio sigue incomodando el sueño del criollaje boliviano', escribía hace veinte años Silvia Rivera Cusicanqui. Ahora parecía hacerse realidad. Mientras tanto desde el sur, allá donde el cauce de La Paz desciende hacia lugares más templados, allá por donde están las casas de los ricos, cerraban el cerco y venían avanzando los indios de los valles de más abajo, los comuneros de Ovejunos, que subían por los barrios bonitos sin tirar a su paso una piedra ni romper un cristal ni cortar una flor. Nomás subían como río en reversa para ir a tumbar al presidente.

4.

Para romper el cerco, disipar la pesadilla, hacer un escarmiento y permitir el ingreso a la ciudad de gasolina y abastos, había entrado el ejército el día 12 a masacrar a El Alto, esa enorme ciudad autoconstruida en dos décadas por los desplazados y las víc-

timas del neoliberalismo: migrantes rurales del Altiplano, obreros mineros y fabriles 'relocalizados' de Oruro y Potosí, empleados de oficinas de La Paz, comerciantes pobres y medianos, el 80 por ciento de todos los cuales en el último censo (2001) se declararon a sí mismos 'indígenas', aymaras y quechuas, de comunidades diversas.

En 1950, cuando los aviones andaban bombardeando a los pobladores de Villa Victoria, El Alto tenía 11 mil habitantes, colgados allá arriba al borde de la hoyada. En el 2001, según el censo, tenía ya 650 mil, en un país de 8 millones de habitantes. En estos años siguió creciendo. 'Del total de la población trabajadora de El Alto, el 69 por ciento lo hace en el ámbito informal, de empleo precario y bajo relaciones laborales semiempresariales o familiares. Pese a ello, poco más del 43 por ciento de los alteños son obreros, operarios o empleados, lo que la convierte en la ciudad con mayor porcentaje de obreros del país', anota Alvaro García Linera. Esa población es muy joven: un 60 por ciento son menores de 25 años y sólo un 10 por ciento tiene más de 50 años de edad. El 70 por ciento de los hogares no tiene alcantarillado ni instalación sanitaria, los servicios hospitalarios son precarios, los servicios educativos también. En El Alto se encuentran los mayores índices de trabajo infantil y el promedio más alto de personas

ocupadas por hogar. Pero al mismo tiempo el 60 por ciento de los hogares está por debajo de la línea de pobreza y la mitad de éstos últimos en la indigencia.

'El Alto es una ciudad construida por sus vecinos en cuanto al aporte de su mano de obra y capital económico para la construcción de sus calles, avenidas, mercados, canchas de fútbol, etc. Además, hay una construcción social propia de la vida cotidiana fundamentada en amplias relaciones de parentesco, compadrazgos dispersos en el espacio urbano, amistades interbarriales de los jóvenes, relaciones más o menos comunes de procedencia desde los ayllus y comunidades del altiplano, los valles y las regiones subtropicalés de los Andes', escribe el sociólogo aymara Pablo Mamani. 'Existen en las protestas sociales [...] formas de manifestación aymara en el lenguaje de la vestimenta y sus significados: la pollera, los sombreros y el lenguaje de los símbolos: yatiri, coca, pututus y wiphalas que desde una posición de destierro social gestan actos y ritualidades alternas a los elementos simbólicos del Estado'.

Esta ciudad joven, moderna, desafiante,alzada por las propias manos de sus vecinos, es la que surgió del capitalismo en su fase neoliberal, con la apertura comercial y la reestructuración iniciadas en 1985 mediante el decreto 21060 -hoy objeto del odio popular-, bajo cuyos efectos

se desprotegió a las economías campesinas y artesanales, cayeron los precios de sus productos, se cerraron minas y manufacturas, cayeron salarios y empleo, se privatizaron los hidrocarburos y los servicios públicos, se desencadenó una masiva emigración interna y externa, se desgarró el tejido social popular urdido desde la revolución de 1952.

El capitalismo neoliberal creó así, sin proponérselo, la masa popular, la dimensión territorial y las condiciones sociales de la insurrección. Destruyó las antiguas institucionalidades negociadoras, implantó brutalmente una nueva dominación. Pero a la coerción con que lo hizo, no la acompañó el consentimiento de los dominados. El neoliberal es un modo de dominación que busca desorganizar y atomizar, que no pretende negociar nada con nadie, sino sólo tratar con individuos solitarios e indefensos. Al final, resultó que no pudo. Esa masa nueva recomenzó a organizarse en sus territorios nuevos con sus saberes antiguos, que no estaban en las instituciones desmanteladas sino en sus mentes y en sus cuerpos. La nueva dominación no ha logrado llegar a establecer una hegemonía, un consentimiento que acompañe y sea el mediador de la coerción, como lo habían logrado medio siglo antes en Argentina el peronismo, en México el PRI, en Bolivia la revolución de 1952 y el MNR. Al mismo tiempo, las reglas propias de

la nueva dominación excluyen, por el momento, las dictaduras militares como vía 'legítima' de salida de los conflictos y de administración del Estado, y esta novedad ha sido debidamente registrada por los dominados.

5.

Contra esta dominación sin hegemonía -como en otro contexto denominó el historiador Ranajit Guha a la larga dominación colonial británica en la India-, contra esta dominación neoliberal en un Estado de matriz colonial, que la casta oligárquica ha querido afirmar en Bolivia a punta de tanque y bala a principios del siglo XXI, entró en rebelión desde el año 2000 el pueblo boliviano en sucesivas 'guerras', revelador nombre bélico que el pueblo mismo ha dado a sus movimientos: la guerra contra la privatización del agua en Cochabamba en 2000; la guerra en defensa de los plantíos de coca en el Chapare contra el ejército y la policía en enero de 2003 (13 cocaleros muertos, 60 heridos); la guerra contra el impuesto a los salarios en La Paz en febrero de 2003 (más de 30 muertos); la guerra del gas en septiembre y octubre de 2003 (80 muertos), hasta culminar con la toma indígena de La Paz y la caída del gobierno. Este modo de dominación, además, ha venido a agudizar la fragilidad congénita de un Estado racista de matriz colonial como el de Bolivia.

En este mando neoliberal modernizador que no logra afirmar su hegemonía podría verse, tal vez, un eco lejano de lo sucedido con las reformas borbónicas del siglo XVIII, guiadas por ideas iluministas de racionalización y centralización del mando, a las cuales respondieron en la región andina, en 1780 y 1781, las gigantescas rebeliones indígenas de Tupaj Amaru y Tupaj Katari. En un sugerente estudio, 'Costumbres y reglas: racionalización y conflictos sociales durante la era borbónica', el historiador Sergio Serulnikov sostiene que las nuevas normas fueron interpretadas diversamente en la región andina según los intereses de los españoles y criollos o los de los indios. Estos vieron también en ellas 'un instrumento de la resistencia andina contra arraigadas costumbres de explotación y opresión política en los pueblos rurales', mientras los gobernantes coloniales usaron los proyectos racionalizadores para el opuesto fin de consolidar su mando.

'El punto clave, sin embargo', anota Serulnikov, 'es que la insurrección indígena más radical durante la época colonial fue el resultado del entrelazamiento, no del choque, entre procesos de movilización social desde abajo y de transformación política desde arriba. Vista desde este contexto particular, la crisis de legitimidad colonial puede haber sido menos el resultado de la imposición de un nuevo pacto colonial

que de las inesperadas formas en que ese nuevo proyecto hegemónico contribuyó al colapso del viejo orden sin consolidar, en el camino, una alternativa viable (subrayado mío, A.G.). Las políticas borbónicas aumentaron la carga económica sobre las comunidades andinas al mismo tiempo que dieron a éstas más poder para confrontar la autoridad local'.

¿Habrá sido esta última insurrección del altiplano, sin cabezas visibles, sin partidos dirigentes, sin grandes centrales sindicales, sin toma del poder, una violenta flor de un solo día; o, como en la revolución de 1781 contra el Estado colonial, como en la revolución de 1952 contra el Estado oligárquico, estamos ante una precursora de respuestas similares contra la presente dominación neoliberal en otras zonas de esta región del mundo?

Aunque sólo fuera para responder a esta pregunta, hay que prestarle atención y, sobre todo, no dejarla sola.

6.

Para romper el cerco de La Paz había entrado el ejército el día 12 de octubre a masacrar El Alto, dije. Es que no había otro modo para ellos, pues El Alto, esa ciudad de migrantes desarraigados, en esos días estaba asombrosamente organizada, con bloqueos de calles y avenidas, juntas vecinales en cada manzana, vigili-

voluntarias llamadas por altavoces en las esquinas, barricadas con piedras y alambres y llantas, radios independientes transmitiendo las 24 horas de cada día, guardias populares para evitar saqueos a los negocios, asambleas en las calles, en los locales sindicales y en las parroquias. Entre sus escasas pertenencias, los migrantes habían traído consigo la herencia inmaterial del saber organizativo.

‘La organización comunitaria traída del altiplano y los centros mineros anuló por completo al gobierno, que tuvo que llegar al uso discrecional de la fuerza para romper los cercos de la protesta’, escribiría con cierta lucidez dos semanas más tarde, el 30 de octubre, el periódico conservador *La Razón*.

Es hasta cierto punto cierto, pero no es todo. Pues ese saber comunitario está materializado también en las formas organizativas que desde hace décadas, con altibajos de auges y recesos, vinieron construyendo sus portadores: la Central Obrera Boliviana (COB), debilitada pero viva, encabezada por Jaime Solares; la Central Obrera Regional de El Alto (COR), decisiva en este movimiento, encabezada por Roberto de la Cruz; la Confederación Sindical Unica de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), fuerte en el altiplano aymara, dirigida por el ‘Mallku’ Felipe Quispe; en la zona cocalera y otras regiones, el Movimiento al Socialismo (MAS), enca-

bezado por Evo Morales; en los valles centrales, los campesinos regantes de Omar Fernández; en la ciudad de Cochabamba y su periferia, los trabajadores fabriles y la Coordinadora del Agua, encabezada por Oscar Olivera, que en el 2000 condujeron la guerra del agua.

Podría verse aquí un nuevo episodio de lo que Silvia Rivera Cusicanqui describe como ‘el proceso difícil y contradictorio’ de ‘la síntesis entre la memoria larga (luchas anticoloniales, orden ético prehispánico) y la memoria corta (poder revolucionario de los sindicatos y milicias campesinas a partir de la revolución de 1952)’.

Sin embargo, en la rebelión de El Alto fueron los vecinos y sus juntas locales, y no esas organizaciones ni sus dirigentes, los que articularon el entero movimiento. Es lo que registraron *La Razón* y otros órganos de prensa escrita y radial en esos días. Por eso el ejército se lanzó a ciegas contra todos, sin ir a buscar las inexistentes cabezas del movimiento.

‘Así, al amanecer del domingo 12’, prosigue la crónica retrospectiva de *La Razón*, ‘un enorme operativo militar inició en la zona norte la matanza que al final de la tarde cobraría la vida de 28 personas. El convoy compuesto por carros cisternas y dirigido por tanques y caimanes bien pertrechados avanzó por la Avenida 6 de Marzo hasta el cuartel Ingavi, con ráfagas de metralla que se res-

ponden con cachorros de dinamita, petardos y piedras, dejando a su paso muertos y heridos’.

Con la violencia de sus cuerpos y sus muertos, dije: ‘Los movimientos políticos y sindicales casi desaparecieron del conflicto’, sigue refiriendo la crónica. ‘Fueron los vecinos los que organizaron la radicalización. La noche del miércoles 15 la furia popular movió nueve vagones de tren, cada uno de diez toneladas, y los dejaron caer desde el puente sobre la Avenida 6 de Marzo, cerrando el paso sobre esa ruta’.

Basta. Ya no pasa ningún convoy, carajo.

Entonces los que empezaron a bajar fueron los vecinos, los deudos y parientes y conocidos de los muertos, los heridos y los perseguidos, la masa enfurecida creada por años de neoliberalismo, los herederos de la organización comunitaria y de las luchas sindicales, los aymaras y los quechuas, los indios y los cholos, los que viven por sus manos, la indiada urbana, pues, la indiada urbana por la casta divina tan temida. Mientras tanto, por la otra punta de la ciudad, cerraban el embudo de La Paz los comuneros indios que subían desde el sur.

7.

A esa altura, después de la matanza del 12 de octubre en El Alto, en La Paz misma estaba ocurriendo un vuelco que sería decisivo. Decenas

primero, cientos y cientos después de profesionistas, universitarios, artistas, escritores, periodistas, sectores de clase media, habían empezado a hacer ‘piquetes’ -así los llamaron en las iglesias, declarándose en huelga de hambre ‘en solidaridad con la ciudad de El Alto y con las familias de los que han sido asesinados’, decía su primer comunicado, denunciando ‘la culpabilidad de la clase política’ y exigiendo la renuncia de ‘Sánchez de Lozada y su gobierno’.

El grupo iniciador de la huelga de hambre tenía un enfrentamiento inminente entre la multitud, que ya ocupaba calles y plazas, y el ejército. Al amanecer del día 17 la masa cercaba la plaza Murillo y amenazaba al Palacio Quemado, mientras una primera línea de policías y una segunda y tercera líneas de militares protegían la sede presidencial. Según Ana María Campero, ex Defensora del Pueblo, figura política destacada y promotora de los ‘piquetes’ de huelguistas de hambre, entre el 16 y el 17 éstos se movilizaron con angustia para ‘convencer a unos y otros para que no dieran lugar a un enfrentamiento que hubiera costado mucha sangre’. Una semana después, el 24 de octubre, Campero narraba en la revista Pulso lo que, según lo vivió desde su ubicación en el conflicto, había sido esta función ‘mediadora’ de los huelguistas de hambre:

‘Mientras los celulares se activaban para contactar a los líderes socia-

les, Sacha Llorenti, Ricardo Calla y Roger Cortés fueron al encuentro de los marchistas. La respuesta de éstos fue que no harían nada que pudiera provocar enfrentamientos. Yo logré hacer contacto con el general Juan Veliz, Comandante General del Ejército, con quien mantuve una larga charla que empezó con la invocación: 'Por favor, general, no disparen contra el pueblo'. Juan Ramón Quintana hizo lo mismo con otros altos jefes castrenses. De acuerdo a los informes, esa misma noche los militares le dijeron a Sánchez de Lozada que se replegarían a sus cuarteles. Por la tarde habían dejado pasar en Patacamaya a un contingente de mineros'.

Hubo quien me dijo semanas después, desde la izquierda, que había sido una mezcla de miedo e hipocresía lo que se encubría tras ese vuelco de profesionistas, intelectuales y artistas. Miedo es seguro que había en todas partes, le dije, en El Alto y en el barrio bonito de Sopocachi. Pero las clases no actúan por hipocresía.

'Miedo teníamos aquí, en Villa Ingenio', me dijo el padre Wilson Soria, uno de los curas de El Alto que en su Parroquia del Cristo Redentor se la jugó con los suyos desafiando las balas para rescatar a los heridos, y con los vecinos firmó después un manifiesto excepcional pidiendo, por 'respeto a la dignidad humana y la fraternidad en la plura-

lidad cultural', nada menos que 'la disolución progresiva del ejército'. Es seguro que el padre Soria no habría sido recibido por el general Juan Veliz, ni que tampoco habría sido esa su aspiración ni su tarea.

'En La Paz, miedo teníamos todos', me dijo Jenny Cárdenas, cantante sin par de la música boliviana, iniciadora también de los piquetes. 'Pero yo no entré a la huelga de hambre por miedo, sino porque no quiero vivir en un país donde para gobernar tengan que seguir matando al pueblo'. No era miedo. Era el desplazamiento repentino de una clase hacia otra, propio de los grandes movimientos de la sociedad. Era el 12 de enero de 1994, cuando el Zócalo entero de la ciudad de México exigió el alto al fuego y a la matanza militar de los zapatistas y las comunidades indígenas insurrectas en Chiapas.

Este vuelco en La Paz, que se extendió el 15 y el 16 a Cochabamba, Oruro, Potosí, Tarija, Sucre, Santa Cruz y otras ciudades de la república, terminó de aislar al presidente, al ejército, a la embajada de Estados Unidos y a los núcleos irreductibles del racismo oligárquico reunidos en torno a ese terceto. Cuando el mando militar dio un paso al costado, se quedaron solos el presidente y la Embajada. Pese al apoyo explícito del Departamento de Estado en Washington, la caída era inminente

8.

El jueves 16 de octubre todo el centro de La Paz, las avenidas, las plazas, las calles aledañas, estaba ocupado por la multitud venida de El Alto, del altiplano, de Oruro, de los Yungas, de los valles del sur, de los barrios populares, de las universidades y escuelas, de los mercados, de arriba de las montañas y de abajo de la tierra.

La Paz, ciudad tomada. Con la violencia de sus cuerpos y sus muertos, dije, los insurrectos habían conquistado la ciudad. Se aprestaban ahora, literalmente a cualquier costo, a tomar la residencia del presidente y sus subordinados más cercanos, en especial Carlos Sánchez Berzain, ministro de Defensa, el artífice de las masacres. Y a colgarlos, decían. A éstos los protegía sólo un mando militar con fisuras, que ya había tenido que ejecutar soldados indios que se negaban a disparar contra los suyos, un mando que sabía que eso de los quinientos muertos más, era verdad; y después de esa matanza qué, sino la desbandada y la deshonra.

El 17 de octubre a la madrugada, dicen las crónicas, 'los militares tenían muchos reparos en continuar disparando contra la población'. El presidente recibió el informe de que los mandos habían 'flexibilizado' su posición y le pedían que se fuera. Por las calles se esparcía el rumor de la renuncia. A las 13 horas, Sánchez de Lozada la redactó. Tres horas después, junto con sus ministros más

cercanos, escapó de su residencia en helicóptero. Desde el aeropuerto de Santa Cruz de la Sierra, todos volaron esa noche hacia Miami. Una vez que el avión hubo despegado, desde el aeropuerto alguien envió por fax la carta de renuncia al presidente de la Cámara de Diputados. En este final de opereta posmoderna el presidente en fuga, como despedida, acusó todavía a las organizaciones sociales de 'desintegración nacional', 'autoritarismo corporativista y sindical' y 'violencia fratricida'.

Ahí se acabó. Los insurrectos habían ganado. El vicepresidente Carlos Mesa, que el día 13 se había apartado del presidente, se hacía cargo de la presidencia. En los días siguientes prometía el referéndum sobre la venta del gas, la asamblea constituyente y otras demandas del movimiento popular. Los campesinos se regresaban a sus comunidades, los mineros se volvían a Huanuni: 'Ahí cuando haya que tumbar otro presidente, nomás nos avisan y regresamos', dicen los vecinos de El Alto que los mineros dijeron al partir.

El nuevo presidente no era de ellos. Pero tampoco era el masacrador. No habían 'tomado el poder'. Habían dejado 81 muertos y 400 heridos. Pero habían conseguido lo que buscaban desde la rebelión de febrero de 2003 en La Paz, que ya les había costado otros 33 muertos, varios de ellos caídos por el fuego de francotiradores del ejército. Esta vez

habían tumbado al asesino. Habían ganado.

Una vez más la pregunta: ¿fue esta insurrección una estación violenta de una breve semana, apagada después en el retorno a la dominación cotidiana del Estado y sus rutinas de opresión, o fue una anunciadora de algo que vendrá o que ya está en camino?

No sabría ahora responder. Pero sí he podido ver que el sentimiento de haber ganado es perceptible, fuerte y duradero; y con ese sentimiento extraño, inusual, que no calma la rabia porque poco han conseguido mientras ven que la casta política vuelve a sus rejuegos, con ese sentimiento los insurrectos de octubre prosiguen ahora su vida de trabajo y deliberan en sus lugares, a ver cómo le hacemos, a ver por dónde, y no nos descuidemos porque éstos nada van a querer cumplir, nomás promesas nos ofrecen para que los votemos. ¿Y todos esos muertos, heridos y descalabrados, nomás para que ellos ganen unas elecciones y unas curules y todo siga igual? ¿Para eso pusimos nuestros cuerpos y nuestros muertos?

La violencia sigue incubando en Bolivia, la violencia de los que ganaron pero no vencieron, de los que no quieren otra vez ser burlados por los catrines, los ‘blanquitos’, los q’aras, los eternos señores de la dominación racista y oligárquica del capital; y también la otra violencia, la de los

señores, que en este inestable interregno se recomponen y cocinan el desquite.

9.

¿Pero es ésta una revolución? ¿Cuál revolución, si no destruyó el aparato estatal y su fuerza represiva, no tomó el poder un partido revolucionario de los trabajadores, no tuvo jefes, no sacó proclamas? ¿Cuál revolución, si nomás tumbó a un presidente y su camarilla de asesinos? ¿Cuál revolución, si no se quedaron los insurrectos en La Paz, si se volvieron a sus comunidades, a sus parcelas, a sus minas y talleres, a sus barrios y sus hogares, a su vida cotidiana, pues?

Lo que en Bolivia acaba de suceder es antiguo como las rebeliones y a la vez es nuevo, radicalmente nuevo. Todos los interrogantes son entonces legítimos. Ensayemos respuestas.

Una revolución no es algo que pasa en el Estado, en sus instituciones y entre sus políticos. Viene desde abajo y desde afuera. Sucede cuando entran al primer plano de la escena, con la violencia de sus cuerpos y la ira de sus almas, esos que siempre están, precisamente, abajo y afuera: los postergados de siempre, los dirigidos, aquellos a quienes los dirigentes consideran sólo suma de votantes, clientela electoral, masa de acarreo, carne de encuesta. Sucede cuando éstos irrumpen, se dan un fin político, se organizan según sus pro-

pías decisiones y saberes y, con lucidez, reflexión y violencia, hacen entrar su mundo al mundo de los que mandan y logran, como en este caso, lo que se habían propuesto. Lo que viene después, vendrá después.

Si la revolución sucediera sólo cuando conquista el poder del Estado una nueva elite dirigente, ¿dónde quedarían las revoluciones de 1848 en Europa, la revolución de 1857 en la India (que los británicos llaman 'motín'), la revolución de 1905 en Rusia, la revolución alemana de 1919, la revolución española de 1936, la revolución griega de 1944, la revolución húngara de 1956, la revolución guatemalteca, la revolución salvadoreña, y tantas otras canonizadas en las historias de la izquierda?

En julio de 1917, ante las incógnitas de un movimiento de masas sin precedentes iniciado en las tierras rusas, Vladimir Ilich Lenin se preguntaba: '¿Qué es lo que define a una revolución?'. Esta era su respuesta:

'Si tomamos como ejemplos las revoluciones del siglo XX, tendremos que reconocer como burguesas, naturalmente, las revoluciones portuguesa y turca. Pero ni la una ni la otra son revoluciones 'populares', pues ni en la una ni en la otra actúa perceptiblemente, de un modo activo, por propia iniciativa, con sus propias reivindicaciones económicas y políticas, la masa del pueblo, la inmensa mayoría de éste. En cam-

bio, la revolución burguesa rusa de 1905 a 1907, aunque no registrase éxitos tan 'brillantes' como los que alcanzaron en ciertos momentos las revoluciones portuguesa y turca, fue, sin duda, una revolución verdaderamente popular, pues la masa del pueblo, la mayoría de éste, los estratos sociales de más abajo, aplastados por la opresión y la explotación, se levantaron por propia iniciativa y estamparon en todo el curso de la revolución el sello de sus reivindicaciones, de sus intentos de construir a su modo una nueva sociedad en lugar de la sociedad vieja que había de ser destruida'.

Vladimir Ilich sabía que estaba ante hechos nuevos, engendrados por la expansión del capital en las décadas precedentes y por la violencia de sus guerras: las primeras revoluciones del siglo XX. No los definía por sus direcciones, sus programas y sus resultados, sino por sus protagonistas, sus dinámicas y sus hechos. Buscaba definir y nombrar lo que era nuevo. A comienzos del siglo XXI, después de otra onda expansiva de la dominación del capital en las décadas pasadas, estamos otra vez ante la incógnita.

10.

Cuesta darle a esta insurrección boliviana el nombre de 'revolución'. Cuesta empezar de nuevo con ese viejo cuento, cuando ya parecía que 'había consenso' en que las revolu-

ciones eran cosa del pasado y ahora nomás elecciones habría, transiciones democráticas, gobernabilidades, acuerdos y consensos. Cuesta tener que tratar otra vez con lo intratable: la revolución, otra vez aquí, otra vez violenta, confusa, sucia, mal vestida, mal comida, mal hablada, oliendo a pobre, otra vez tirándonos encima con violencia sus cuerpos y sus muertos.

Mejor digamos que esto no fue una revolución, sino un gran motín, una rebelión, una insurrección que cometió muchos yerros, que no tenía partido dirigente, que era nomás por el gas y por los sembradíos de coca, un movimiento popular, una asonada grande y poco más.

Quedémonos entonces con el balance del periódico La Razón, lúcido vocero conservador, que el 30 de octubre escribía: 'En un confuso, desarticulado y sangriento conflicto de 41 días, el presidente boliviano había renunciado, derrotado por una batalla que nunca lideró, asfixiado por su entorno más cercano, aislado de la gente, pero seguro de que no se equivocó en su segunda gestión de 437 días, iniciada el 2 de agosto de 2002'. Con cierto desencanto por este derrumbe sin honor y sin gloria, el articulista agregaba: 'Se impuso el conservadurismo presidencial, alentado por la administración tecnocrática del Estado y la pasión por las encuestas hechas en casa'.

'Confuso, desarticulado y san-

griento conflicto': cada uno describe, con las palabras y los sentimientos que le son afines, lo que desde su mirador ve y desde la conciencia de su ubicación social percibe. La del articulista de La Razón no deja de ser una conciencia que se siente desdichada ante los acontecimientos que sus percepciones registraron.

Yo sigo creyendo, en cambio, que estamos ante una revolución, cuyo momento de victoria fue la toma de la ciudad de La Paz y la caída y la fuga del gobierno de Sánchez de Lozada el 17 de octubre de 2003. No sé qué vendrá después. Sé que la revolución está otra vez en estas tierras latinoamericanas, aunque para las miradas conservadoras aparezca como 'un conflicto confuso, desarticulado y sangriento'.

11.

Los indios, los cholos, los hombres y las mujeres de las clases subalternas, con sus formas de organizarse y decidir, con sus organizaciones de múltiples niveles o sin ellas, con los dirigentes que tuvieron a la mano, con la violencia de sus cuerpos y sus muertos y con la furia de sus almas, tomaron La Paz, paralizaron al ejército y tumbaron al presidente y al gobierno de los asesinos. Cualquier cosa suceda después, que todavía no sabemos, eso se llama revolución. Regatearle el nombre es regatearles esta difícil victoria a sus protagonistas: los indios, los cholos, las muje-

res y los hombres de las clases subalternas de Bolivia. Mejor tengámoles confianza.

Escritos citados:

Silvia Rivera Cusicanqui, Oprimidos pero no vencidos - Luchas del campesinado aymara y qhechwa, 1900-1980, Ediciones Yachaywasi, La Paz, 2003, 210 ps. (4a. edición en castellano).

Sergio Serulnikov, 'Costumbres y reglas: Racionalización y conflictos sociales durante la era borbónica (Provincia de Chayanta, siglo XVIII)', en Forrest Hylton et al, Ya es otro tiempo el presente - Cuatro momentos de insurgen-

cia indígena, Muela del Diablo Editores, La Paz, 2003, 279 ps., ps. 78-133.

Alvaro García Linera, 'El Alto insurrecto', en El Juguete Rabioso, La Paz, año 3, n° 90, 12 octubre 2003.

Pablo Mamani, 'Levantamiento en El Alto: el rugir de la multitud', en www.econoticiasbolivia.com

Ana María Campero, 'Los piqueteros de la esperanza', en Pulso, octubre 24 a octubre 30, 2003, p. 6.

Silvia Escobar de Pabón, 'Ajuste y liberalización, cuna de los movimientos sociales', en Pulso, noviembre 14 a noviembre 20, 2003, ps.8-9.

DESDE LOS PUNTOS CUATRO

Correo de Prensa Internacional

Xola 81 - Col. Alamos - C.P. 03400 México, D.F.
Tel./Fax (5) 590-0708 - csapn@laneta.apc.org

Brasil: Balance del gobierno Lula*

João Machado**

I - Introducción

Poco antes de completar los 14 meses, el gobierno Lula cayó en una crisis de la cual un mes después no ha salido todavía. Desde fines de febrero viene enfrentando una combinación de gravísimas denuncias de corrupción de miembros del gobierno con un crecimiento de la oposición a su política económica.

La denuncia de corrupción más espectacular fue la divulgación, el día 13 de febrero, de un video en el cual un ciudadano hasta entonces desconocido para el público, Waldomiro Diniz, aparece conversando con un capitalista de juego clandestino, negociando y pidiéndole contribuciones financieras para campañas electorales, así como un porcentaje para sí mismo. En la época de la grabación (en 2002), Diniz era el presidente de la Lotería del Estado de Río de Janeiro

(Loterj). Con el inicio del gobierno Lula, fue nombrado subjefe para Asuntos Parlamentarios de la Casa Civil. En ese carácter estaba encargado de las relaciones del gobierno con los parlamentarios. Ocupaba, por lo tanto, una función clave: era uno de los principales asistentes del ministro José Dirceu, sino el principal. Además era amigo íntimo del ministro, con quien ya había hasta compartido el domicilio.

José Dirceu era uno de los dos ministros más fuertes del "núcleo duro" de Lula, responsable por la articulación política y la coordinación del gobierno. En la víspera de la divulgación del video, fue clasificado por el presidente, quien se expresa frecuentemente en metáforas futbolísticas, como "capitán del equipo" de ministros. Su drástico debilitamiento, sin embargo, no pudo evitarse. Las dos

* Título original: "Balanço do governo Lula: 14 meses e enfrentando sua primeira grande crise". Traducción de Katharina Zinsmeister y Graciela Poblet.

** João Machado es economista y miembro de la dirección nacional de la tendencia Democracia Socialista (DS) del Partido de los Trabajadores (PT).

justificaciones que presentó se mostraron fragilísimas: que su confianza en un amigo había sido traicionada, ya que desconocía por completo lo que su asistente había hecho, y que los actos ilícitos de Diniz habían sido anteriores al gobierno Lula. El hecho de que Diniz hacía negocios oscuros cuando era presidente de la Loterj era ampliamente conocido por los miembros del PT de Río de Janeiro, y el propio José Dirceu – entonces presidente nacional del PT – había sido informado del asunto. Además, las investigaciones demostraron luego que Diniz continuó cometiendo actos ilícitos durante el período en el cual tenía un cargo de confianza en el gobierno Lula.

El debilitamiento de José Dirceu pareció, a primera vista, fortalecer la posición del otro pilar del “núcleo duro” lulista, el ministro de Hacienda, Antônio Palocci. Sin embargo, esta impresión duró poco. La divulgación, a fines de febrero, que el PBI (Producto Bruto Interno) brasileño se había reducido en 0,2 % en 2003 fue la señal para el recrudecimiento de las críticas al carácter ultra-conservador de la política económica del gobierno Lula.

Esta divulgación no constituyó una sorpresa total. En los últimos meses ya se venía sabiendo que el resultado iba a ser muy malo. El gobierno, sin embargo, todavía esperaba algún crecimiento, aunque superase poco el cero. Y una reducción en 0,2

% contrasta mucho más vivamente con lo que el gobierno Lula dijo durante casi todo el año 2003. En el primer semestre, mientras el equipo económico hablaba de un crecimiento del orden del 2 o 3% durante 2003 (un crecimiento muy bajo para las necesidades de la economía brasileña), Lula prometía el “espectáculo del crecimiento”.

Más allá de eso, la reducción del PBI no fue el resultado económico divulgado más negativo. Peor que ello fue, por ejemplo, el hecho de que el ingreso medio de los trabajadores había caído un 12,9 % en términos reales durante 2003 – la sexta caída anual consecutiva (datos del IBGE, Instituto Brasileño de Geografía y Estadística, un órgano oficial).

Así que no es sorprendente que las críticas hacia la política económica se fueron acentuando mucho, incluso por parte de partidos que forman parte de la “base aliada” del gobierno, como el PC do B, el PMDB y hasta el PL (este último fue el partido que más se destacó en la crítica: su presidente pidió explícitamente la renuncia del ministro Palocci y del presidente del Banco Central, Henrique Meirelles). Hasta el PT mismo (de manera tímida y, sobretodo, extremadamente ambigua) comenzó a pedir cambios en la política económica. También los sindicatos y el movimiento social en general, de un lado, y los empresarios, del otro, elevaron el tono de las críticas a la política eco-

nómica, vista como benéfica apenas para el sector financiero, interno y externo.

Para agravar las cosas para el ministro Palocci, las denuncias de corrupción comenzaron a amenazarlo también a él, con la difusión de que un ex secretario suyo (Rogério Busratti) trabajaba junto a Waldomiro Diniz.

Así, entre febrero y marzo, la situación del gobierno Lula cambió radicalmente. De un gobierno considerado fuerte, con una base parlamentaria amplísima y un prestigio popular razonable pasó a ser visto como un gobierno frágil. Su popularidad está sin duda estancada; la base parlamentaria, incluso la más conservadora, critica el gobierno; y las desavenencias internas se mostraron más agudas.

Vale notar que las dificultades del gobierno Lula se explican por una razón totalmente diferente de los riesgos que, en el momento de la elección, se solían imaginar que iba a correr. Se pensaba que el gran problema del gobierno sería la oposición de los sectores conservadores; que el gobierno podría correr peligro si quería hacer cambios demasiado radicales, para los cuales no podría tener suficiente base de apoyo; y que enfrentarían la oposición del FMI, de los capitales internacionales, etc. De hecho, el gobierno enfrenta oposición y desprestigio por ser demasiado conservador, por haber agravado la situa-

ción económica heredada de F. H. Cardoso manteniendo una política económica muy similar, y por parecerse a los gobiernos anteriores hasta en los métodos de hacer política que el PT siempre combatió: El gran problema del gobierno Lula es la frustración que comienza a provocar en aquellos que creían que el PT en el gobierno haría lo que siempre había prometido hacer.

Sin embargo, todavía hay sectores de la población brasileña y hasta de militantes de izquierda que creen que el gobierno Lula podrá cambiar de carácter y retomar, por lo menos parcialmente, la agenda con la cual fue electo. Durante los primeros meses de 2003, a parte, la dirección del PT y los propios miembros del núcleo de gobierno decían que habría una "etapa de transición", y que después aparecería la verdadera cara del gobierno Lula. Esta idea está ahora bastante desacreditada y ya no es usada como argumento básico para defender el gobierno. Por otro lado, fue puesta en evidencia otra idea: que habría una disputa en el propio núcleo del gobierno entre un ala de derecha conservadora y neoliberal (representada sobretodo por el ministro Palocci) y un ala más propiamente petista, que estaría todavía luchando para que el gobierno asumiese algún carácter de izquierda, representada principalmente por el ministro José Dirceu. Los defensores más enfáticos de esta línea de argumentación llegaron a

decir que las denuncias de corrupción que amenazan a José Dirceu formarían parte de una maniobra de los sectores más neoliberales del gobierno, interesados en debilitarlo.

Que éste haya sido el principal argumento en defensa del gobierno, por lo menos en el ámbito de los que se identifican con la orientación histórica del PT, ya dice mucho sobre la frustración que está invadiendo el país. Si el gobierno Lula tiene tales desavenencias en su “núcleo”, ¿qué se podrá esperar de él? Y aún admitiendo que la iniciativa de las denuncias podría haber sido de los liberales, ¿por qué José Dirceu eligió como asistente a alguien como Waldomiro Diniz? Por otro lado, está claro que no hay un fortalecimiento del “ala neoliberal” en detrimento del “ala petista” del gobierno; lo que hay es un debilitamiento del gobierno en conjunto.

De cualquier manera, es útil discutir cuáles son las posibilidades aún existentes de cambio de orientación del gobierno Lula. Éste es el objetivo de este artículo; para eso, procurará evaluar cuál es el carácter fundamental del gobierno Lula.

No se hará ninguna evaluación directa del proceso de corrupción existente en el gobierno; admitimos generosamente que si existe (como todo indica), no forma parte de su naturaleza fundamental. Tampoco será comentada la sorprendente ineptitud de diversos sectores del gobierno; re-

pitiendo la misma hipótesis generosa. Serán abordadas dos cuestiones: 1) ¿cuáles fueron las opciones fundamentales del gobierno en su primer año, evaluando las iniciativas a las que el propio gobierno da mayor importancia; y 2) ¿cuál es la naturaleza de las polémicas existentes en el “núcleo del gobierno”, o incluso del gobierno en conjunto?

Este tratamiento es el más favorable posible a la hipótesis que el gobierno Lula podría pasar por un cambio fundamental en su orientación. Sin embargo, la conclusión de este análisis no se revelará, de ninguna manera, favorable a esta hipótesis. El carácter conservador del gobierno Lula no parece estar en cuestión.

II - Las opciones fundamentales del primer año de gobierno

a) Realizaciones en el frente económico: recuperación de la confianza y control de la inflación (¿?)

Desde el inicio, el gobierno Lula asumió un carácter muy diferente a aquel que la gran mayoría de los votantes y observadores esperaba. Esa diferencia se expresa más agudamente en el hecho de que viene siendo un gobierno citado como ejemplar por el FMI —como por ejemplo en la conferencia de Anne Krueger divulgada en el sitio web del FMI bajo el título “Las recompensas de la virtud”, donde ella cita a Brasil como ejemplo de país que estaría comenzando a cose-

char los beneficios de la “dura política fiscal” adoptada en 2003 (desde el comienzo el gobierno Lula anunció la elevación del superávit fiscal primario, esto es, de los recursos destinados al pago de la deuda pública, del 3,75 % del PBI al 4,25 %). Virtud, para el FMI, como se sabe, es justamente la “dura política fiscal”, por el lado de la política monetaria ortodoxa que mantienen las tasas de interés brasileñas entre las más altas del mundo, etc.

La línea de argumentación de Anne Krueger es la misma utilizada por el equipo económico del gobierno Lula: los “sacrificios” de 2003 habrían sido necesarios, y la recompensa por esta opción virtuosa vendría en 2004. Según el gobierno Lula, los “sacrificios” de 2003 habrían hecho posible evitar la crisis de insolvencia externa (ganando la “confianza” de los mercados) y controlar la inflación. Los principales indicadores para la superación de la crisis externa habrían sido la reducción del llamado “riesgo Brasil” (que llegó a quedar debajo de los 400 puntos, para aproximarse en el segundo semestre de 2002 a 2000 puntos) y de la tasa de cambio del dólar (que después de estar cerca de 4 reales por dólar cayó a poco menos de 3 reales).

Incluso ahora, luego de la divulgación de la reducción del PBI en 2003, del aumento del desempleo, de la caída del ingreso del trabajo (mientras los rendimientos financieros crecien-

ron), el equipo económico continúa afirmando que la política de 2003 fue completamente correcta, y anuncia una recuperación brillante de la economía para 2004. El propio presidente de la República, en un discurso del día 11 de marzo, defendió la política económica aplicada y garantizó que ella será mantenida. Defendió incluso uno de sus aspectos más criticados recientemente hasta por economistas conservadores, que es la rígida política de metas de inflación. Se mostró contrario a cualquier flexibilización de la misma. Reaccionó, entre otras cosas, a una nota oficial del PT que pidió cambios en la política económica sin explicitar ninguna crítica directa.

Diversos economistas ya llamaron la atención al hecho de que las “conquistas” en el frente externo se debieron a una mejora general de los llamados “mercados emergentes” desde fines de 2002, con un retorno a los mismos de los capitales de corto plazo. El caso brasileño no fue muy diferente en este aspecto al de otros países. Además, 2003 fue un año durante el cual la situación internacional de la economía estuvo razonablemente favorable para los países dependientes; y, en general, los mismos tuvieron resultados económicos mucho mejores que Brasil.

Por otro lado, la fragilidad de las “conquistas” brasileñas en el frente externo quedó evidenciada en la segunda quincena de enero, cuando

una reducción general en los movimientos de capitales de corto plazo para los mercados “emergentes” (explicada principalmente por la percepción de que las tasas de interés en los EE.UU. aumentarían más temprano que lo previsto) hizo subir el “riesgo Brasil” y el dólar; subas que se repitieron a mediados de febrero, cuando el estallido del escándalo de corrupción provocó dudas respecto de la solidez del gobierno Lula; y otra vez en marzo, como consecuencia de la inestabilidad provocada por el atentado de 11 de marzo en España. Por otro lado, el control razonable de la inflación se explica en gran medida por la caída del dólar, con la posterior estabilización de su valor.

Las ganancias obtenidas con la política económica ultra-conservadora son escasas e ilusorias.

Por otra parte, tuvo un mal resultado respecto de uno de sus principales objetivos –impedir el crecimiento de la deuda pública como proporción del PBI. Esto fue visto como la clave para conseguir la “credibilidad” ante los mercados. La elevación del “superávit primario” llevó al aumento del pago de intereses; pero la elevación de las tasas de interés hizo que los intereses adeudados por el sector público aumentasen todavía más (el sector público pagó 9,25% del PBI en intereses; la relación deuda pública / PBI llegó a 58,16%). Por esta razón, entre otras, la recuperación de la “confianza de los mercados” fue muy frágil.

El impacto negativo de esta política sobre los indicadores económicos en cuanto a la situación de los trabajadores fue dramático. El mercado de trabajo continúa siendo una calamidad, por lo menos en los grandes centros urbanos. El desempleo y la informalidad aumentaron, los salarios reales cayeron. Los datos del IBGE, referidos a las seis principales regiones metropolitanas del país, muestran que la tasa media de desempleo abierto aumentó del 11,7% entre marzo y diciembre de 2002 al 12,5% en el mismo período de 2003. Según el mismo IBGE, el ingreso medio sufrió una reducción de nada menos que del 12,9% en términos reales (el ingreso medio de los trabajadores cayó por sexto año consecutivo). El número de ocupados registrados en el sector privado disminuyó en términos absolutos, pasando a representar el 43,5% del total de los ocupados en diciembre de 2003. La tasa de desempleo abierto medida por el DIEESE en la región metropolitana de Sao Paulo se ubicó en promedio para 2003 en el 19,9%, un récord histórico (es la mayor tasa desde 1985, cuando este relevamiento empezó a hacerse).

Mientras el ingreso de los trabajadores caía, los bancos tuvieron aumentos en sus ganancias y los poseedores de riqueza financiera en general ganaron mucho. 2003 fue el año en el cual el sector público pagó un monto récord de intereses (como vimos, 145.000 millones de reales, el

9,25 % del PBI). En 2003, este gasto había sido de 114.000 millones de reales (8,47 % del PBI).

Otro problema clave de la economía brasileña en el primer año del gobierno Lula fue la reducción de las inversiones. El sector público no pudo invertir por la obligación de lograr el “superávit fiscal primario”; el sector privado (nacional y extranjero) invirtió poco porque las perspectivas de crecimiento de la economía no eran buenas y por lo tanto las expectativas de ganancias tampoco. El gobierno espera revertir esta situación con la implementación de la “Asociación Público-Privado”, programa inspirado en el *thatcherismo* británico. El propio sector privado, mientras tanto, no se muestra entusiasmado con esta posibilidad. Pide mayores garantías, además de una política orientada al crecimiento de la economía.

La política económica del gobierno Lula logró por lo tanto grandes “conquistas” para los mercados financieros y degradó de forma muy significativa la situación de los trabajadores. Comprometió las posibilidades de crecimiento de la economía. Mientras tanto, Lula y el núcleo de su gobierno la consideran un gran éxito y anuncian que será mantenida. Tanto por su lógica enteramente orientada hacia los mercados, como por su carácter de clase pro-capital financiero y anti-popular, esta política económica solo puede ser clasificada como neoliberal.

b) La aprobación de la reforma previsional

El gobierno Lula dedicó sus mayores esfuerzos políticos durante 2003 a la aprobación de las reformas previsionales y tributarias. La aprobación de la reforma previsional fue además considerada por el gobierno como una de sus grandes victorias en el año.

En teoría, el principal objetivo de esta reforma fue la reducción de los gastos previsionales, vistos por el gobierno (y por los mercados) como muy elevados e injustos. Mientras tanto, en este aspecto, sus resultados serán, bajo la mejor de las hipótesis, muy modestos, además de verse recién en el largo plazo. Se estima que en 20 años habrá una economía de cerca de 40.000 millones de reales (¡menos de un tercio del gasto del sector público con intereses solo en el año de 2003!). Por otro lado, la reducción de los salarios reales y el aumento de la informalidad (esto es, de la existencia de trabajadores sin garantías laborales, que no realizan contribuciones previsionales, ni tampoco sus patrones) llevaron en 2003 a un empeoramiento significativo de la situación previsional. El gobierno calcula el déficit en un 1,7 % del PBI para 2003.

Así, al contrario de lo que se suele decir, la reforma previsional no fue puesta en marcha principalmente por cuestiones fiscales. La razón fundamental del empeño con que el go-

bierno Lula la encaminó fue sin duda la de dar una “señal positiva” a los mercados: si era capaz de cambiar una posición tradicional de su partido (reafirmada hasta en la campaña electoral en 2002) y de enfrentar una de sus principales bases sociales – los funcionarios públicos para agradar a los mercados, ciertamente podía ser considerado por ellos “confiable”.

Es importante recordar que, con esta reforma, el gobierno Lula no sólo enfrentó un sector de su base social, sino que enfrentó también a un amplio sector de su propio partido, no aceptando el cambio de posición del PT. Por otra parte, los especialistas del PT en cuestiones previsionales rechazaron casi unánimemente la reforma encaminada. Y la cuestión de la reforma previsional estuvo en el origen del proceso en el cual cuatro parlamentarios del PT fueron expulsados del partido a fines de 2003.

La otra reforma constitucional aprobada –la reforma tributaria– se redujo finalmente a una parte pequeña de las intenciones iniciales. No puede de hecho ser considerada una reforma.

c) La política exterior

La política exterior del gobierno Lula es considerada, con razón, como uno de los puntos en que su gobierno se diferencia positivamente del de F.H.Cardoso. Sus aspectos positivos son la búsqueda de relaciones más estrechas con los países de América latina y del Tercer Mundo en general, y

una postura algo más independiente ante los Estados Unidos. Diversos sectores del PT y de otros partidos de izquierda, frustrados con el conjunto de las políticas del gobierno Lula, vieron en esta política la demostración de que, por lo menos una cosa que el gobierno ponía en práctica, tenía una cara de izquierda.

Sin embargo, incluso ahí las limitaciones del gobierno Lula se muestran de manera llamativa. La defensa de intereses brasileños se hace en general bajo la bandera del “libre comercio”; la posición de los EE.UU. respecto del ALCA es criticada sobre todo por la defensa del proteccionismo en la agricultura y en otros sectores, y por lo tanto por su incoherencia en esta cuestión. Brasil se enfrenta a la versión del ALCA deseada por los EE.UU.; pero contrapone la de un “ALCA light”, una versión en que los perjuicios para los países de América latina serían reducidos, pero no eliminados.

El hecho de que un nuevo gobierno brasileño haya adoptado una postura más independiente y más efectiva en la defensa de ciertos intereses nacionales respecto del anterior, no es suficiente para concluir que la política internacional es “de izquierda”. Basta ver que en la oportunidad en que probablemente Brasil afirmó más claramente esta postura –en la conferencia de Cancún de la OMC– tuvo como socio a la India, gobernada por un partido claramente de derecha.

Aún más importante para dejar en claro las limitaciones de la política exterior del gobierno Lula es el hecho de que una parte fundamental de la misma es conducida por el Ministerio de Hacienda y por el Banco Central. Las relaciones con el FMI y otras instituciones financieras deben ser consideradas parte de la política exterior. Del mismo modo, la adopción de la libertad para los movimientos de capitales forma parte de las buenas relaciones con los mercados financieros internacionales. Como vimos, el gobierno Lula es presentado como modelo por el FMI. Esto se contrapone a los esfuerzos de aproximación con países de América latina: en 2003, Brasil no dio apoyo a la resistencia conducida por el gobierno Kirchner antes las presiones del FMI (en 2004 hay una pequeña mejora en este aspecto: Lula defendió la flexibilización de algunas reglas del FMI, y se aproximó al gobierno Kirchner). Además, el gobierno Kirchner, que ciertamente es un gobierno burgués, estuvo en general a la izquierda del gobierno Lula.

En realidad, el impacto internacional del gobierno Lula fue sobre todo *negativo*, y muy negativo. Este gobierno se volvió un modelo para el FMI y un apoyo para los sectores más neoliberales de la socialdemocracia. Peor todavía, el hecho de que “hasta el mismo” Lula y el PT (que por más de dos décadas fueron vistos como representantes de una iz-

quierda auténtica) estén llevando adelante una política económica conservadora, ortodoxa, neoliberal, es usado por la derecha internacional para confirmar el famoso argumento de Margareth Thatcher: “no hay alternativa”.

d) La consolidación de la base aliada

Otra cuestión decisiva para la evaluación del carácter del gobierno Lula es su política de alianzas. Fue a ella que el ministro José Dirceu dedicó la mayor parte de su esfuerzo.

En este aspecto particular, la situación no podría ser más evidente. La reforma ministerial al inicio de 2004 sirvió para consolidar la incorporación de casi todos los partidos conservadores al gobierno, incluyendo al PP de Paulo Maluf, mayor expresión de la derecha brasileña. En la derecha (si dejamos de lado el minúsculo partido del diputado Enéas, bastante folclórico) solo los partidos que formaban el eje del gobierno de F. H. Cardoso, el PSDB y el PFL, no forman parte de la base de apoyo del gobierno. Aún así, un sector del PFL, liderado por el senador Antônio Carlos Magalhães (otro símbolo de la derecha brasileña), lo apoya en general; y la mayor parte de estos dos partidos apoyó las iniciativas legislativas centrales del gobierno Lula (como la reforma previsional) con el argumento (correcto) de que estaban apoyando las políticas que siempre defendieron.

El método fisiológico¹ con que estas alianzas fueron construyéndose fue puesto en evidencia con el escándalo reciente, la revelación de corrupción del subjefto para Asuntos Parlamentarios de la Casa Civil, Waldomiro Diniz, quien tuvo que renunciar. No hay duda de que alguien como Diniz fue elegido para cuidar las relaciones con los parlamentarios por su experiencia en negociar ventajas para unos y otros.

Además de eso, con el estallido del escándalo, los nuevos aliados conservadores mostraron una importancia más decisiva que nunca para el gobierno. Su mayor preocupación pasó a ser la de evitar la instalación de un Comisión Parlamentaria de Investigación (CPI), sin duda recordando el precedente de la CPI de 1992, que fue uno de los principales instrumentos para hacer caer el gobierno Collor. Ocurre que tradicionalmente el PT defendía tales CPIs, siempre con el argumento de que es preciso investigar las denuncias que se hacen contra el gobierno: "quien no debe, no teme", etc. No tenía mucha experiencia, por lo tanto, en "impedir" la formación de las CPIs.

Los comentaristas políticos señalan de manera unánime que el personaje decisivo para evitar la formación de una CPI fue el presidente del Se-

nado, José Sarney (ex presidente de la República, y jefe de una de las oligarquías regionales más importantes del país; integra formalmente el PMDB, pero tiene profundas vinculaciones con el PFL, donde militan sus hijos). También quedó clara la importancia de otros personajes que se mueven con soltura en este tipo de cuestiones: los senadores Antônio Carlos Magalhães y Renan Calheiros (este último del PMDB, que fuera un elemento clave del gobierno Collor).

Con las alianzas hechas, el gobierno Lula controla, en teoría, casi el 80% del Congreso. Al comienzo de 2004, la consolidación de esta base parlamentaria fue presentada como gran victoria del gobierno. Se suponía que esto le daría tranquilidad para gobernar. Mientras tanto, la evolución de la situación política en febrero y marzo está mostrando que no es tan así. Esta base parlamentaria fue capaz de evitar la creación de una CPI; pero no apoyó al gobierno en la política económica. Tanto el PMDB como el PL expresaron muchas críticas. Probablemente, esto se explica tanto por razones electorales (comienza a quedar en evidencia que mostrar una cierta independencia del gobierno será útil en las elecciones de este año) como por la búsqueda de mayores ventajas en el gobierno. Con

¹ En la jerga política brasileña, "fisiológico" se contraponen a "ideológico". Métodos fisiológicos son los que no apelan a las convicciones políticas de cada uno, sino a los intereses materiales más directos: cargos en el gobierno, ventajas financieras, etc.

la fragilidad del gobierno revelada, estos sectores están exigiendo más a cambio de su apoyo.

Los defensores de la política de alianzas decían que era necesaria para viabilizar el gobierno; justificaban hasta la utilización de los métodos fisiológicos, con el argumento de que en las condiciones brasileñas serían inevitables, por un lado, y que no comprometerían la orientación política del gobierno, por el otro. Es verdad que las mayores presiones negativas sobre la orientación del gobierno no provinieron de los políticos conservadores, sino de los “mercados” y dos de sus representantes (gran parte de los economistas y la mayor parte de la prensa). Pero no hay duda que el gobierno Lula se volvió prisionero de su base parlamentaria.

III – Las disputas al interior del gobierno

a) Un gobierno atravesado por divergencias, pero con una orientación hegemónica evidente.

El objetivo aquí será hacer un balance de las principales divergencias que se expresaron con alguna nitidez públicamente por parte de miembros del gobierno o de dirigentes y parlamentarios del PT, principal partido del gobierno. Naturalmente deben existir en los debates internos del gobierno otras divergencias, algunas tal vez más agudas. Sin embargo, no es posible aquí intentar evaluar debates

que no se expresan, de alguna manera públicamente, en primer lugar por falta de la información correspondiente. Por otro lado, es razonable suponer que las divergencias que tienen mayores posibilidades de influir en la orientación general del gobierno terminan volviéndose públicas, por lo menos en alguna medida.

Prácticamente, desde el comienzo del gobierno Lula hubo manifestaciones de divergencias de miembros del gobierno referidas a los diversos aspectos de su orientación, y en particular a la política económica. Los propios criterios de composición del gobierno llevaron a que así fuera. De hecho, Lula armó su cuerpo de ministros contemplando los diversos sectores del PT, incluso los que están a su izquierda, y el conjunto de los partidos que apoyaron su candidatura en el segundo turno de las elecciones de 2002. Siendo este un espectro muy heterogéneo, no podría dejar de haber grandes diferencias entre sus miembros.

En el área económica garantizó sin embargo que el eje estuviera alineado con la orientación del gobierno anterior, es decir, con el de F. H. Cardoso. Nombró a Antônio Palocci (un médico, ex diputado e intendente de una ciudad del interior de Sao Paulo, Ribeirão Preto, que hasta entonces no había participado del debate económico ni en el PT ni en la sociedad) para el Ministerio de Hacienda. Éste armó un equipo con claro predomi-

nio de economistas ortodoxos (algunos de ellos vinieron del gobierno de F. H. Cardoso). Y nombró para la presidencia del Banco Central a Henrique Meirelles, ex presidente del Banco de Boston, y recientemente electo diputado federal por el PSDB; Meirelles mantuvo en el Banco Central a todo el directorio de su predecesor, Armínio Fraga.

Lula nombró para el área económica a dos ministros que son grandes empresarios y tienen vínculos con el PSDB (ambos apoyaron la campaña de José Serra para presidente), para los ministerios de Desarrollo, Industria y Comercio Exterior (Luiz Fernando Furlan) y de Agricultura (Roberto Rodrigues). El predominio del PSDB y del pensamiento conservador en el área económica se volvió, por lo tanto, avasallador.

El contrapunto en el área económica provenía principalmente del BNDES (Banco Nacional del Desarrollo Económico y Social), un importante banco público orientado hacia el financiamiento del desarrollo. Para su presidencia fue nombrado el economista Carlos Lessa, afiliado al PMDB, pero miembro de su "ala progresista". El BNDES está formalmente vinculado al ministerio de Desarrollo, Industria y Comercio Exterior, pero Lessa, elegido directamente por Lula, posee una razonable independencia. Además, Lula nombró para el ministerio de Planeamiento al economista Guido Mante-

ga, afiliado al PT, que armó un equipo no alineado al pensamiento económico conservador. Lessa, sin embargo, tiene un ámbito de actuación limitado, y Mantega es un ministro débil y se opone poco a Palocci o al Banco Central.

A partir de la composición del gobierno y tomando en cuenta su desarrollo posterior, es posible formular una hipótesis sobre cuál es la estrategia seguida por Lula y por el núcleo del gobierno. El nítido predominio de la ortodoxia conservadora en el equipo económico y la fuerza otorgada a este equipo por el presidente de la República, sugieren que la inclusión de ministros que divergen de esta ortodoxia (en general representando posiciones tradicionales del PT) correspondió principalmente al objetivo de absorber y neutralizar estas divergencias. Dicho de otra manera: hubo una opción clara por garantizar una orientación económica conservadora y por subordinar a ésta toda la política del gobierno, dando al mismo tiempo algún espacio (por consiguiente, subordinado) a las posiciones tradicionales del PT. Esta opción sería necesaria para garantizar la buena convivencia con "los mercados" (preocupación obsesiva desde el inicio), quiere decir, con la burguesía, en particular con su sector financiero, y también con su sector internacional (en un lenguaje más claro, con el imperialismo). Y permitiría, por otro lado, evitar una explosión del PT.

Esta opción se explica, probablemente, por una doble convicción abrazada por el núcleo del gobierno, y especialmente por el propio presidente. En primer lugar, por la conclusión de que no hay alternativa a la economía capitalista, y que es preciso por lo tanto aceptar su marco general. Esta falta de alternativa se derivaría de la correlación de fuerzas (inclusive, pero no únicamente las electorales), pero también del desencanto con la posibilidad de construir cualquier forma de socialismo. En segundo lugar, por la idea de que es posible mejorar la situación del pueblo en este marco. O sea: sería posible otorgar un espacio (subordinado) a la defensa de las preocupaciones tradicionales del PT.

Es verdad que, como vimos, la política del gobierno Lula no solo ha sido coherente con la manutención del capitalismo — ha sido profundamente ortodoxa y neoliberal e impidió casi completamente la ejecución de las políticas que agradarían al PT. El pasaje de la defensa del capitalismo en general a la defensa del capitalismo hoy dominante, es con todo una consecuencia más o menos inevitable de la aceptación de la correlación de fuerzas existente, y puede ser considerada un desdoblamiento de la opción política básica.

Vale la pena notar que esta doble convicción de sentido también a la política de alianzas con sectores burgueses, cuya construcción se inició

durante la campaña electoral y fue reforzada después al comienzo del gobierno (principalmente con la elección del vicepresidente, José Alencar, gran empresario del ramo textil, y en ese entonces senador por un partido conservador, el Partido Liberal).

En este marco, la inclusión de diversos ministros identificados con las políticas defendidas tradicionalmente por el PT, no puede ser vista como una manera de poner en duda la orientación básica del gobierno. Muestra solamente, como fue dicho anteriormente, la preocupación de evitar una explosión del PT, y el esfuerzo por comprometer hasta la misma izquierda del partido con la opción conservadora adoptada.

Es posible que en el núcleo del gobierno haya alguna discordancia con relación a esta estrategia. Todo el desarrollo del gobierno Lula hasta ahora, sin embargo, la confirma. Todo indica que, si hay discordancias en el núcleo del gobierno, éstas tienen muy poca fuerza.

b) Divergencias en cuanto a la política económica.

Desde el comienzo del gobierno hubo manifestaciones de discordancia con relación a las medidas económicas. Hubo ante todo cuestionamientos a la limitación de los gastos públicos, que se deriva de la exigencia de un superávit fiscal primario elevado y la manutención de elevadas tasas de interés.

Obviamente, estos cuestionamientos no son nada sorprendentes. Incluso quien esté de acuerdo con la prioridad de pagar intereses de la deuda pública puede oponerse a reducir gastos en su propia área, y a nadie le gusta la recesión que es una consecuencia inevitable de una política que restringe fuertemente la demanda agregada de la economía. Así, estos cuestionamientos, por sí mismos y desvinculados de la propuesta de un curso alternativo, no indican una divergencia en la orientación general de la política económica. Hasta representantes del “mercado”, defensores explícitos de políticas neoliberales, han criticado los excesos de las tasas de interés brasileñas. En el interior del gobierno, mientras tanto, el crítico más persistente de las elevadas tasas de intereses fue el vicepresidente, José Alencar, del PL.

Una divergencia más importante que las quejas contra la escasez de recursos y las tasas de interés es la oposición a una de las propuestas básicas del ministro Palocci, la de formalizar la autonomía del Banco Central. En este tema, quedó clara la posición divergente del ministro José Dirceu, quien anunció que la cuestión no estaba en agenda para este año, después de que Palocci la había definido como prioritaria en diciembre pasado.

Mientras tanto, por más que esta cuestión tenga importancia (la autonomía del Banco Central es una de las propuestas más caras a los neoli-

berales), no debe ser exagerada. Se trata de un tema en el cual Palocci está en la ofensiva, y donde los que se oponen solo defienden el status quo. Uno de los argumentos usados contra la formalización de la autonomía del BC, además, es que no es indispensable, pues el BC ya dispone en la práctica de esta autonomía. Así, en vez de ser un indicio para una divergencia central, la posición de José Dirceu parece reflejar apenas una mayor preocupación respecto de las repercusiones políticas negativas de la formalización de la autonomía del BC, especialmente en el PT y en la CUT (que tradicionalmente combatieron esta propuesta).

Otro debate importante que se desarrolló en el área económica se refiere a sus tentativas de dirigir también las políticas sociales del gobierno. En abril de 2003, el Ministerio de Hacienda divulgó un documento, “Política económica y reformas estructurales”, en el cual expuso su estrategia básica. Se trata de un documento inspirado en una propuesta que circuló durante la campaña de 2002, coordinada por el economista José Alexandre Scheinkman, brasileño que vive hace años en los EE.UU., y quien fue jefe del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, famoso por su conservadorismo. En este documento, el Ministerio de Hacienda defiende la focalización de los programas sociales del gobierno, propuesta formula-

da por el Banco Mundial y típicamente neoliberal. Este documento provocó un vivo debate en la época, y fue criticado por diversos integrantes del gobierno. Más recientemente, en noviembre, el Ministerio de Hacienda difundió otro documento, "Gasto Social del Gobierno Central: 2001-2002", en el cual está implícita la crítica a la existencia de universidades públicas. También este documento provocó muchas críticas, inclusive del ministro de Educación de la época, Cristovam Buarque, además de diversos dirigentes del PT.

También en este caso, sin embargo, es el Ministerio de Hacienda que está a la ofensiva, intentando tomar mayor influencia sobre el conjunto del gobierno, y sus críticos apenas tratan de defenderse. En el caso de la enseñanza pública, además de eso, la substitución del ministro Cristovam Buarque por Tarso Genro en la reforma ministerial de enero señaló un cambio de orientación en el Ministerio de Educación: este último ha encaminado propuestas que amplían el espacio de la enseñanza superior privada.

Lo que debe ser resaltado con relación a las divergencias entre miembros del gobierno (y principalmente de su "núcleo duro") respecto de la política económica, es que en ningún momento apareció la propuesta de un cambio general en su orientación. Por ejemplo, nadie propuso el rechazo al enfoque de buscar la "confianza de los mercados" a través de políticas

favorables para los mismos, o la adopción de controles sobre los movimientos de capitales. Esto sería esencial para tratar de ampliar la soberanía del gobierno brasileño en la definición de sus propias políticas, y debería ser el punto de partida para el diseño de otra orientación económica. Nadie puso en duda la importancia de priorizar el pago del servicio de la deuda pública (a pesar de haber críticas al exceso del "superávit primario"), y menos se planteó la hipótesis de renegociación de la deuda pública (aunque la renegociación de la deuda externa pública formó explícitamente parte de los documentos programáticos de Lula en 2002, y aunque estos documentos criticaron la prioridad otorgada por F. C. Cardoso en su segundo mandato).

Incluso por parte de los sectores mayoritarios del PT nadie se animó a defender la recuperación de las propuestas económicas tradicionales del partido. Asimismo recientemente, el 5 de marzo, con la ampliación de las críticas a la política de Palocci y Meirelles, lo máximo que la mayoría del PT hizo fue emitir una nota en la cual el 80% del espacio fue dedicado a defender y enaltecer al ministro José Dirceu, y apenas un párrafo pedía tímidamente cambios en la política económica: "Vamos a trabajar con ahínco para que el gobierno implemente las medidas necesarias para que el año 2004 marque el inicio de un nuevo y sustentado ci-

clo de desarrollo económico y social del país, a través de cambios en la política económica necesarios para la implantación y consolidación de todos nuestros programas sociales, económicos y administrativos, así como de desarrollo, con miras siempre a la conquista de mejores condiciones de vida para todos los brasileños, enfrentando con eficiencia los problemas coyunturales y estructurales que afectan nuestro país y a nuestro pueblo.”

Como esta posición no repercutió positivamente en la prensa y en los mercados, el presidente del PT, José Genoíno, aclaró enseguida que no se trataba de pedir el cambio de los ejes de la política económica, como el superávit fiscal primario del 4,25 % del PBI. Tampoco se trataba de pedir otra política monetaria. “Apoyamos integralmente la gestión macroeconómica del ministro Palocci”, aclaró (¿?) Genoíno. En fin, lo que la dirección del PT parecería pedir era la manutención de la política económica, pero sin las consecuencias negativas que se derivan de la misma.

Hay otros hechos significativos que hacen evidentes los límites de las críticas hechas al área económica del gobierno. Por un lado, que el núcleo del gobierno apoyó de modo totalmente unificado la propuesta de reforma previsional, central para el equipo económico, y orientada, como vimos, a la búsqueda de la confianza de los “mercados”. Por otro,

que todos los miembros de este núcleo destacaron siempre las “conquistas” de la orientación económica del primer año del gobierno, el control de la inflación y la recuperación de la “confianza” de los mercados en el país.

De esta forma, las críticas que se hicieron a la orientación de la política económica, o más directamente al área económica del gobierno por parte de sectores del gobierno, o del sector mayoritario del PT, tuvieron poca consistencia, y no indican la defensa de una línea alternativa. Su carácter es mucho más el de un lamento por las consecuencias dañinas de opciones básicas, y estas no son puestas en cuestión. Pueden existir divergencias en cuanto a la orientación general en la política económica en el núcleo del gobierno — pero, hasta ahora, éstas no se manifestaron.

Así, fueron los economistas vinculados al PT — incluso muchos de los que participaron de la formulación del programa de gobierno durante la campaña de 2002 —, sectores de la izquierda del PT y más limitadamente de otros partidos que participan en el gobierno, así como sectores de los movimientos sociales del ámbito del PT y de la izquierda que expresaron críticas más amplias a la política económica neoliberal, y que propusieron un curso alternativo. Pero no tuvieron hasta ahora ningún impacto sobre el núcleo dominante en el gobierno.

c) ALCA y negociaciones internacionales

Una de las áreas en que las divergencias en el interior del gobierno se manifestaron más claramente es la de las negociaciones internacionales. La más importante es la del ALCA.

La ventaja de la posición del gobierno Lula con relación al gobierno de F. H. Cardoso en estas cuestiones fue comentada anteriormente. Esta posición refleja antes que nada el pensamiento del Ministerio de Relaciones Exteriores (conocido como Itamaraty), y estuvo expuesto a un bombardeo constante por una parte del gobierno: por el ministro Rodrigues (Agricultura), por el ministro Furlan (Desarrollo), y por el equipo del Ministerio de Hacienda (el mismo ministro Palocci no se manifestó públicamente). Estos sectores son más favorables al ALCA y defienden en las negociaciones, en general, una mayor "flexibilidad" para aceptar las propuestas de los EE.UU..

Por cierto, esta divergencia atraviesa el núcleo del gobierno: el ministro Dirceu dio muestras de apoyar la posición del Itamaraty, y el ministro Palocci obviamente apoya los posicionamientos de su propio equipo. También es cierto que ésta fue una de las divergencias más importantes del gobierno Lula.

Sin embargo, más de una vez es preciso registrar que en esta cuestión quienes están en la ofensiva son los sectores más liberales. Hoy, el ALCA

no está en vigor. Así, la lucha de los sectores más preocupados por la soberanía nacional y por la preservación de las posibilidades de un proyecto de desarrollo nacional (las cuestiones que están en juego en la discusión del ALCA) tiene como objetivo *evitar* la firma de un tratado que *empeoraría* enormemente las cosas para Brasil.

En otros aspectos de la política del Ministerio de Relaciones Exteriores es posible concluir que la iniciativa está en los sectores más progresistas del gobierno. Es lo que acontece en la política de priorizar las relaciones con América latina y las alianzas con el Tercer Mundo en general. Sin embargo, ya señalamos arriba que esta iniciativa, a pesar de ser importante, no predomina en el conjunto de la política exterior brasileña. Más que un país preocupado por la unidad y el refuerzo de las posiciones de los países del Tercer Mundo, Brasil aparece internacionalmente como un país identificado con las políticas del FMI y de los "mercados".

Es interesante notar que el sector que es visto como responsable por los aspectos más progresistas del gobierno Lula, el Ministerio de Relaciones Exteriores, no es dirigido por un afiliado del PT. El ministro Celso Amorim es un diplomático de carrera, que ya había ocupado el mismo cargo en el gobierno de Itamar Franco, y que está más vinculado políticamente al PMDB. Aunque curioso, este hecho no revela una incoherencia: como vi-

mos, no es posible identificar la política del Itamaraty como de izquierda.

Es importante observar igualmente, que las posiciones de los sectores de izquierda del PT y de los movimientos sociales políticamente próximos al PT y de otros partidos de izquierda, son distintas incluso de los aspectos más progresistas de la política del Itamaraty. Por ejemplo, sectores como el MST y la Coordinación de los Movimientos sociales mantuvieron una posición contraria al ALCA en su totalidad, y reivindican que cualquier acuerdo al respecto sea sometido a un plebiscito. Aunque crítico con relación al ALCA, Itamaraty está guiado por la defensa del “ALCA *light*”, y no apoyó la idea del plebiscito.

d) Reforma agraria

La cuestión de la reforma agraria es una de las más importantes para la evaluación del gobierno Lula, por dos razones. Una, porque los movimientos agrarios – especialmente el MST – están entre los sectores de los movimientos sociales más activos de Brasil. El MST tiene una importancia en la izquierda brasileña que va mucho más allá de la importancia específica de la cuestión de la reforma agraria. La segunda razón es que el ministro de Desarrollo Agrario, Miguel Rossetto, es el principal representante en el gobierno de la izquierda del PT. El MDA es responsable de la agricultura familiar (mientras el Ministerio de Agricultura se ocupa

sobretudo del agro-negocio) y de la reforma agraria.

Aunque el gobierno Lula definió formalmente la reforma agraria como una de las prioridades de su gobierno, esto no se ve en la práctica. Como los demás ministerios, el MDA sufrió con la exigencia del “superávit primario” (que hasta le impide emitir TDAs, los títulos de la deuda agraria para expropiar tierras) y recibió presupuestos modestos, insuficientes hasta para mantener el volumen de asentamientos realizado en el gobierno de F. H. Cardoso.

El ministerio intentó compensar estas limitaciones con la mejora de la calidad de la reforma agraria ya realizada (es decir, procuró garantizar las condiciones de infraestructura, de tecnología y de crédito necesarias para viabilizar económicamente los asentamientos), por un lado; por el otro se esforzó por conseguir la ampliación de los recursos para la reforma agraria.

En noviembre de 2003 fue aprobado por el gobierno un Plan Nacional de Reforma Agraria que quedó debajo de las reivindicaciones de los movimientos agrarios. Hubo hasta un debate entre especialistas sobre si su alcance sería suficiente para caracterizarlo como una verdadera reforma agraria. Muchos entendían que, por su timidez, no cambiaría de forma significativa la estructura agraria brasileña. Pero el PNRA representaría, de cualquier manera, un gran au-

mento del volumen de asentamientos (400.000 familias en los cuatro años del gobierno Lula, siendo que en el primer año fueron poco más de 30.000 familias). Así, la primera reacción del MST al plan fue más positiva que negativa, y lo mismo pasó con los otros sectores de los movimientos agrarios brasileños.

Para viabilizar este plan, sin embargo, los recursos para la reforma agraria tendrían que ser aproximadamente tres veces mayor de lo que estaba previsto en el presupuesto 2004, en aquel momento en discusión en el congreso. Lula se comprometió formalmente a garantizar estos recursos. Mientras tanto, el presupuesto oficial no fue modificado, y hasta ahora no está claro que los recursos necesarios serán de hecho obtenidos. Por el contrario, la tendencia del gobierno fue reducir la liberación de recursos para el conjunto de los ministerios, y este problema tiende a agravarse ante la posibilidad muy real que el desempeño de la economía brasileña en 2004 sea peor que el proyectado (en los primeros meses del año, este desempeño es bastante más débil de lo que se esperaba; además hay una tendencia al deterioro de la situación internacional).

La situación del MDA es, por lo tanto, muy difícil. Las críticas al gobierno por parte de los movimientos agrarios (en particular por parte del MST y de los sectores más a la izquierda de la Iglesia) aumentaron por

la lentitud en la realización de la reforma agraria. Son críticas al gobierno en general, pero obviamente afectan también al MDA. Sin poner en marcha al menos el Plan aprobado en noviembre, será imposible justificar la permanencia en este ministerio de un ministro de izquierda, comprometido con la reforma agraria (y que defiende una línea general de gobierno muy diferente de la que se está llevando adelante).

e) La disputa que no se concretó: la política de alianzas

Para concluir esta evaluación del significado de las principales disputas de orientación en el gobierno, es importante señalar que hay una disputa clave de la cual no se ven trazos significativos con relación a las alianzas realizadas por el gobierno.

Desde el comienzo del gobierno, esta disputa fue muy reducida. De hecho, hubo una disputa durante la campaña electoral. La izquierda del PT se opuso a la alianza con el Partido Liberal, y la senadora Heloísa Helena, en ese entonces candidata a gobernadora de su estado, Alagoas, se rehusó a aceptar esta alianza. Por eso su candidatura fue retirada por la dirección nacional del PT.

Sin embargo, como Lula al final ganó las elecciones, en alianza con el PL, y recibiendo en el segundo turno el apoyo formal de otros partidos conservadores (como el PTB) y de sectores de partidos todavía más con-

servadores (como los apoyos de José Sarney y de Antônio Carlos Magalhães, entre otros), prevaleció en la práctica la idea de que la política de alianzas era un hecho consumado, y que no estaba más en discusión. La entrada del PP de Paulo Maluf a la "base aliada" (que apoyó en el segundo turno al candidato del PT a gobernador de Sao Paulo, José Genoíno, y declaró su simpatía por la candidatura de Lula), no provocó mayores turbulencias. El nombramiento de ministros burgueses y vinculados al PSDB (Furlan y Rodrigues) pasó casi sin críticas. En aquel momento, Lula estaba en el auge de su popularidad, e incluso la izquierda del PT estaba inhibida y le resultó difícil criticarlo públicamente. Finalmente, se decía, la elección de los ministros es una prerrogativa del presidente electo.

El mismo hecho probablemente más escandaloso del inicio del gobierno, el nombramiento del banquero afiliado al PSDB, Henrique Meirelles, como presidente del Banco Central, fue relativamente poco criticado. La oposición más importante fue la contestación indignada de la senadora Heloísa Helena, quien se negó a votar favorablemente al nombramiento de Meirelles (el presidente y los directores del Banco Central deben ser aprobados por el Senado); hubo todavía algunas críticas por la prensa (una de ellas hecha por el diputado Raul Pont, ex intendente de Porto Alegre). Poco después, el

acuerdo para llevar al senador José Sarney a la presidencia del Senado fue recusado solo por la senadora Heloísa Helena.

Durante el año 2003, las críticas más fuertes a la mezcla del PT con los partidos de derecha se dirigieron a un tipo muy particular de "alianza": la apertura de las filas del PT a políticos burgueses, conservadores y en algunos casos notoriamente corruptos. Fue criticada, por ejemplo, la afiliación al PT del gobernador electo en el estado de Roraima, posteriormente alejado del PT, cuando quedó en evidencia su participación en un amplio esquema de corrupción. Aún así, estas críticas vinieron solo de la izquierda del PT, y no consiguieron impedir un amplio proceso de afiliación y de pérdida de identidad del PT.

Por otro lado, en general la izquierda del PT centró sus críticas mucho más en las orientaciones políticas (por ejemplo, en la política económica), y no pidió en casi ningún momento la sustitución de los responsables por estas políticas (que incluían a los representantes de otros partidos en el gobierno, pero también a dirigentes del PT, como Palocci). El único ministro, salvo error, cuya sustitución llegó a ser pedida, e incluso así de forma poco enfática, y por un sector muy reducido de la izquierda del PT, fue Roberto Rodrigues. Aún así, esto ocurrió cuando este ministro notoriamente vincula-

do a la derecha ruralista defendió el derecho de los “fazendeiros” de armarse para enfrentar las ocupaciones de tierra.

En el caso de la política de alianzas, no es posible siquiera vislumbrar alguna divergencia en el núcleo del gobierno o en la dirección del campo mayoritario del PT. El ministro directamente responsable por la negociación de las alianzas fue José Dirceu, supuestamente el defensor más firme dentro del “núcleo duro” de una cara más petista para el gobierno.

IV – Un gobierno social-liberal

Es un hecho que el gobierno está atravesado por muchas contradicciones, y vive muchos conflictos internos, algunos de ellos muy importantes (por ejemplo, con relación al ALCA o a la reforma agraria). Pero el análisis hecho anteriormente no deja dudas en cuanto a la existencia de una orientación general claramente hegemónica, que se expresa antes que nada en la política económica neoliberal y en la política de alianzas. La política económica ha recibido muchas críticas, pero su continuidad está siendo garantizada por Lula. En cuanto a la política de alianzas, ni siquiera está expuesta a una crítica significativa.

Es bastante claro que los conflictos en el interior del núcleo del gobierno no ponen en duda la continuidad de la política económica neoliberal, y que la política de alianzas amplias con todos los sectores burgueses

es defendida por todos sus miembros. Por lo tanto, la continuidad de estas alianzas alcanza para impedir cualquier cambio significativo en la orientación general del gobierno. Nadie con sentido común puede esperar que el senador José Sarney, el senador Antônio Carlos Magalhães o el ex intendente Paulo Maluf acepten una orientación progresista del gobierno.

El núcleo del gobierno está claramente mucho más identificado con los ministros más conservadores y burgueses (con Palocci – él mismo miembro del núcleo de gobierno – y su equipo, con Rodrigues, con Furlan) que con los ministros más a la izquierda, que defienden intereses populares. Estos últimos tienen un papel claramente limitado y subordinado, y son mantenidos en el gobierno como concesión a la base social tradicional del PT, para evitar que ésta vaya toda para la oposición.

Aunque los sectores contrarios al ALCA en el interior del gobierno vienen impidiendo su implementación, la orientación general de la política económica no será alterada. Tampoco la hipótesis (que no parece muy realista) de ejecución del Plan de reforma agraria defendido por el MDA sería suficiente para revertir el carácter de subordinación a la amplia alianza realizada con sectores burgueses, que el gobierno impuso a los intereses populares.

Tal vez uno de los hechos que me-

jor expresa el carácter del gobierno sea la constatación de que, en rigor, no tiene oposición desde la derecha. La razón es clara: el gobierno Lula puso en práctica, en lo fundamental, el programa de la derecha. De hecho, las iniciativas políticas centrales del gobierno Lula siguieron y profundizaron proyectos anteriores del gobierno de F.H.Cardoso, siguieron el modelo del FMI y del Banco Mundial, y fueron diseñadas principalmente para agradar a los mercados financieros.

Por supuesto hay sectores que se diferencian por derecha de ciertas orientaciones del gobierno Lula, y que las combaten. La prensa más conservadora (por ejemplo, la revista *Vêja* y el diario *O Estado de S. Paulo*) desarrolla una campaña permanente contra la posición del Ministerio de Relaciones Exteriores, contra las posiciones del MDA y contra las posiciones del Ministerio del Medio Ambiente (el tema del medio ambiente es uno de los temas en el cual hay más divergencias internas en el gobierno Lula). Pero en esta pelea, esta prensa apoya y es apoyada por sectores del propio gobierno. O sea, los sectores que están más a la derecha en algunas áreas más progresistas del gobierno Lula están también representados en el mismo gobierno. Por ejemplo, por el ministro Roberto Rodrigues, por el equipo del Banco Central o por los sectores dominantes del equipo del Ministerio de Hacienda.

La conclusión a la que debemos llegar es por lo tanto muy clara. El gobierno Lula no *está en disputa*, si por esto entendemos la disputa de su orientación general. Todo indica que un cambio significativo de sus rumbos solo podrá darse si la insatisfacción social y la oposición popular tuvieran un crecimiento suficiente para desestabilizar el gobierno (y la dirección del PT), para obligarlo a reformular toda su política de alianzas, y a apoyarse en la movilización social, etc. Este cambio, empero, ya sería un cambio *contrariando* la orientación ampliamente hegemónica del gobierno. Y nada garantiza que ante una crisis más grave el gobierno Lula, con su composición y orientación actuales, se inclinaría para la izquierda. Además de eso, a pesar de que la insatisfacción social esté creciendo, aún estamos lejos de una rebelión popular.

Al comienzo del gobierno Lula, la idea que él tenía “dos almas” era aceptable (como fue argumentado en el artículo de João Machado, “Les deux âmes du gouvernement Lula”, en *Inprecor* n° 478/479, enero-febrero 2003). Ya en ese entonces era posible percibir que de las dos almas la conservadora predominaba, y el argumento más fuerte para mantener una perspectiva relativamente abierta era la preocupación de no hacer una evaluación demasiado negativa al inicio, ante las esperanzas que el gobierno Lula despertaba incluso en la izquierda – un realismo más riguroso enton-

ces podía ser considerado una manifestación derrotista de pesimismo. Después de más de 14 meses, sin embargo, es preciso decir que el “alma” de izquierda está siendo completamente sofocada.

Los argumentos que todavía se encuentran a la izquierda para mantener la idea de que es posible disputar la orientación general del gobierno, pertenecen más al terreno del *wishful thinking* que al análisis político. Pesa mucho en la búsqueda de estos argumentos la visión de que la frustración con el gobierno Lula representará una derrota histórica para la izquierda brasileña. Aunque sea muy difícil evaluar el marco que tendremos después del gobierno Lula, es ciertamente probable que la izquierda auténtica esté por algún tiempo más débil que en el período desde 1989 hasta 2002, durante el cual el PT era un partido socialista capaz de disputar el gobierno de Brasil. Aquel PT, sin embargo, está siendo destruido por su dirección, y por el gobierno que ayudó a elegirla. La negativa a mirar esta situación de frente solo

podrá agravar el impacto negativo de la derrota.

El gobierno Lula tiene una orientación general neoliberal, o social-liberal, tomando en cuenta que aplica una política neoliberal apoyándose antes que nada en un partido de tradición socialista. Es un gobierno de colaboración de clases, que subordina los intereses populares a una alianza privilegiada con la burguesía, tanto brasileña como imperialista.

La explicación de cómo fue posible que el PT llegara a encabezar un gobierno con estas características va más allá de los límites de este artículo. También excede estos límites la discusión de la posición que los sectores de izquierda deben adoptar en el difícil marco brasileño actual.

Sin embargo, una cuestión se deriva directamente del análisis realizado: la participación en el gobierno Lula es cada vez más contradictoria con la defensa de los intereses populares y el socialismo. La izquierda socialista del PT (y de otros partidos) se encuentra ante la necesidad cada vez más apremiante de romper con este gobierno.

dialéctica

Revista de Filosofía y Teoría Social

Zapatistas, piqueteros y sin tierra **Nuevas radicalidades políticas** **en América latina**

Hernán Ouviaña*

No digan que el movimiento social excluye el movimiento político.

No existe movimiento político que no sea social al mismo tiempo

Karl Marx

El presente trabajo tiene por objeto realizar un breve análisis comparativo de los principales movimientos sociales que han emergido y se han consolidado al calor de la implementación de las políticas neoliberales en las dos últimas décadas en la región. Nuestra intención, por supuesto, no es agotar el tema, sino más bien esbozar una introducción a la problemática en cuestión, denominada por la mayoría de los autores como “Nuevos Movimientos Sociales” (en adelan-

te *nms*), a partir de la investigación en tres países: México, Argentina y Brasil.

Se comenzará discutiendo en un nivel teórico qué entendemos por *nms* y cuan innovadores resultan con respecto a las organizaciones y grupos precedentes. Luego, se realizará una distinción entre los movimientos europeos y los de nuestro subcontinente. En tercer lugar, a partir de una serie de ejes y características generales (composición social, organización, discurso emitido y formas de lucha) que tornan plausible su comparación, se abordará el surgimiento y la dinámica del zapatismo (México), el movimiento piquetero¹ (Argentina) y el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra (Bra-

* Docente de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Investigador Becario del CONICET. Compilador del libro *La rebelión en pasamontañas. Lecturas y diálogos a diez años del alzamiento zapatista*, de próxima publicación. Integrante del comité editorial de *Cuadernos del Sur*.

¹ En este caso, haremos hincapié en los movimientos de trabajadores desocupados de carácter *autónomo*, entendiendo por tales a aquellos que, desde una construcción territorial cotidiana de nuevas relaciones sociales, no dependen de ningún partido político ni central sindical.

sil), intentando dar cuenta de las diferencias y similitudes entre ellos. Por último, como complemento a modo de Apéndice, se profundizará en el estudio de cada uno de los movimientos mencionados.

Una aclaración necesaria: que hay de *nuevo* en los *nms*

Se ha convertido en un lugar común hablar de *nms* a la hora de referirse a los sujetos colectivos que irrumpieron en los últimos veinte años en buena parte de América latina, al calor de la creciente “exclusión” social, la crisis de representación y la erosión de los mecanismos de participación política. Sin embargo, es preciso desmistificar su carácter totalmente novedoso. Como bien expresan Riechman y Fernandez Buey (1994) “la historia misma de las sociedades modernas es una historia de movimientos sociales”, por lo que referirse de esta manera a aquellos grupos humanos que presenten características innovadoras resulta, cuanto menos, un exceso teórico y político.

No obstante, sería igualmente absurdo suponer que estos movimientos socio-políticos son una copia fiel de aquellos derrotados, o co-

optados a nivel institucional, en los tumultuosos años ‘70 y ‘80. La tragedia no se ha repetido, pues, como farsa. ¿Cuáles son entonces, a grandes rasgos, los factores que inducen a llamarlos de esta forma? Previamente, es preciso poner de manifiesto un escollo mayúsculo existente al interior de la teoría crítica contemporánea, respecto del análisis de este cúmulo de fenómenos recientes: no lograr gestar y dar a luz una *nueva matriz de intelección*, que lo habilite para pensar dichos sucesos, distinguiendo lo nuevo de la experiencia tradicional². Tal vez estemos, como ha enunciado Raquel Gutiérrez Aguilar (2002) “ante la necesidad de una nueva pauta sintética de comprensión de los eventos, que contribuya a iluminar el hacer y a trazar esquemas de horizontes posibles”. Lo cierto es que se torna imprescindible el surgimiento de teorías que, desde variados ángulos conceptuales e interdisciplinarios, aborden la complejidad de este fenómeno actual.

Por ello, una primer cuestión a destacar es que la emergencia de estas originales formas de protesta responde en parte a una nueva estructura socio-económica marcada por

² Hace varias décadas, a propósito del carácter novedoso de las luchas obreras norteamericanas respecto de las europeas, Mario Tronti (2001) señalaba que “las luchas obreras tienen hoy necesidad de una *nueva unidad de medida*”. Tal como se expresa en el Editorial de *Cuadernos del Sur* N° 34 de noviembre de 2002, también la teoría política requiere hoy pensar una nueva unidad de medida, que le permita medir efectivamente los alcances y limitaciones de los innovadores modos de organización y lucha sociales.

la paulatina desindustrialización y la pérdida de derechos colectivos (Gutiérrez Aguilar, 2002). Si en las décadas pasadas la mayoría de las luchas remitían al espacio laboral -predominantemente el fabril- como ámbito cohesionador e identitario, hoy en día las modalidades de protesta social exceden la problemática del trabajo, anclándose más en prácticas de tipo territoriales³. La vivienda y la comida, la ecología, los servicios públicos, los derechos humanos o la recuperación de valores tradicionales, que tienden a ser subsumidos dentro del proceso de globalización capitalista en curso, son algunos de los principales ejes que atraviesan a los *nms*⁴. La sociedad misma deviene un instancia de confrontación donde la producción y la reproducción tienden a confundirse⁵.

En segundo lugar, es importante señalar que los partidos políticos establecidos, más allá de su tendencia ideológica, han internalizado la crisis del Estado "intervencionista" (sea en su faceta benefactora en Europa, o en la populista en América latina) y, por lo tanto, ya no se muestran aptos para mediar en la relación Estado-Sociedad. Esto se constata, como indica Claus Offe (1996), en su incompetencia manifiesta y su capacidad de respuesta insuficiente ante el conjunto de problemas que plantean una necesaria resolución en términos públicos y comunitarios.

Esta conjunción de factores generó precisamente la emergencia de organizaciones que *cuestionan los límites de política institucional*, y que la literatura especializada denominó

³ A este fenómeno, Sergio Tischler (2002) lo ha llamado "crisis del sujeto leninista".

⁴ Huelga aclarar que esto no implica que anteriormente no existieran este tipo de demandas, sino que más bien en la etapa actual han cobrado un protagonismo y relevancia inusitados.

⁵ De manera premonitoria, Evers, Muller-Plantenberg y Spessart (1982) advertían ya a comienzos de los años '80 sobre las consecuencias políticas de una interpretación *ortodoxa* de las luchas en la esfera de la reproducción: "muchas organizaciones de la izquierda latinoamericana asignan una relevancia secundaria a estas formas de resistencia social. Por consiguiente, el 'avance' de estas organizaciones se identifica con su subordinación a las 'verdaderas' organizaciones de lucha social -sindicatos y partidos- para disolverse tendencialmente en ellas" (...) "Si no se consigue hegemonizar un determinado movimiento, se pasa a utilizarlo como campo de agitación y de reclutamiento, cuando no se lo boicotea y denuncia abiertamente como 'desviación' de la verdadera lucha de clases". Esta práctica instrumentalista se asemeja en grado sumo a la relación que en nuestro país han intentado establecer la mayoría de los partidos políticos con los *nms* (en especial con los sectores piqueteros y asamblearios).

⁶ Lo cual no significa, por supuesto, que no sean a la vez movimientos *políticos*, en la medida en que "reivindican ser reconocidos como actores políticos por la comunidad amplia -aunque sus formas de acción no disfruten de una legitimación conferida por instituciones sociales establecidas- y que apuntan a objetivos cuya consecución tendría efectos que afectarían a la sociedad en su conjunto más que el mismo grupo solamente" (Offe, 1996).

nms: Más allá de sus especificidades, ellos surgen como una respuesta social a un vacío político⁶. En América latina, en particular, expresan un cierto desencanto con relación a los partidos políticos y, en especial al Estado, como espacios únicos de canalización de demandas o eliminación satisfactoria de conflictos. De acuerdo a Eslavoj Zizek (2000), difieren de los movimientos tradicionales “por una cierta autolimitación, cuyo reverso es un cierto excedente”: son renuentes a entrar en la disputa habitual por el poder, subrayando su resistencia a convertirse en una estructura partidaria rígida que aspire a devenir en futura mayoría gubernamental, pero al mismo tiempo dejan en claro que su meta es mucho más radical, en tanto luchan por una transformación fundamental del modo de actuar y de las creencias. Este proyecto integral “de cambio de paradigma de vida”, dirá Zizek, “necesariamente socava las bases mismas de la democracia formal”.

Por otra parte, a la hora de definir su carácter novedoso, es preciso tener en cuenta que el mismo no necesariamente está vinculado con una cuestión cronológica, sino ante todo cualitativa. Definiremos entonces a los *nms*, siguiendo a Michel Vakaloulis (2000), como *un conjunto cambiante de relaciones sociales de protesta que emergen en el seno del capitalismo contemporáneo*. Estas relaciones se

desarrollan de forma desigual en sus ritmos, su existencia reivindicativa, su constancia y su proyección en el futuro y en su importancia política e ideológica. El origen común es el conflicto, de forma directa e indirecta, con la materialidad de las relaciones de poder y dominación. No obstante, cabe aclarar que según esta concepción el movimiento social no constituye un proceso lineal que -en términos de una visión determinista de la lucha de clases- expresaría el carácter inexorable de las resistencias a los procesos de explotación y de dominación capitalista. Al mismo tiempo, podemos mencionar como característica distintiva de los *nms*, el hecho de que al no estar bajo el mando de elites políticas externas, tienen con frecuencia formas de organización menos autoritarias. En este aspecto, según Luis Alberto Restrepo (1990), hay incluso “una ruptura consciente con las modalidades verticales de ejercicio de la autoridad propias de los movimientos tradicionales”. No son estas, por cierto, las únicas distinciones sustanciales que nos obligan a utilizar la noción de *nms* para denominar a movimientos tales como los sin tierra, los zapatistas y los piqueteros. Como veremos más adelante, también entran en juego en los últimos años nuevos grupos sociales, originales formas de lucha, así como motivaciones políticas distintas a las clásicas.

Algunas diferencias y similitudes entre los *nms* de América latina y los de países capitalistas centrales

Un primer punto a tener en cuenta al realizar una comparación entre los *nms* de los países capitalistas occidentales y los de la periferia es que, a diferencia de los del llamado Primer Mundo (feminismo, ecologismo, pacifismo, “globalifóbicos”, etc.), que constituyen casi en su totalidad acciones colectivas desde sectores del centro, los de latinoamérica pueden verse como *una rebelión desde los márgenes*. Esto se debe fundamentalmente a su composición social: si los múltiples colectivos que pululan en Europa, Norteamérica y Canadá son integrados por hombres y mujeres, en su mayoría jóvenes, de buena posición económica (nueva clase media, vieja o tradicional clase media, y en menor medida sectores periféricos al mercado de trabajo), con un nivel alto de educación y pérdida de algunos beneficios del Estado de Bienestar, en el caso de América latina buena parte de las luchas actuales son protagonizadas por movimientos compuestos por “excluidos” –sean estos desocupados, indígenas o trabajadores

rurales– con escaso o nulo nivel educativo.

En segundo término, cabe destacar que *el tipo de relación que establecen con las estructuras del Estado* varía: mientras que en Europa gran parte de los *nms* han devenido en organizaciones cuyas acciones apuntan a consolidar un espacio de negociación y transformación social *en el seno del Estado mismo* (el movimiento ecologista alemán, a través de la conformación del Partido de los Verdes, es paradigmático al respecto), en nuestra región, el zapatismo, los Sin Tierra y los piqueteros *no parecen focalizar sus acciones hacia una vocación de gobierno*. El caso extremo lo representa el EZLN, quien tiene como premisa excluyente para la totalidad de sus miembros el renunciar a la aspiración de cualquier tipo de cargo político. La apuesta es, esencialmente, hacia el fortalecimiento de la “sociedad civil” y de sus redes horizontales de solidaridad y resistencia. Algo similar ocurre con la mayoría de los movimientos piqueteros en Argentina. Salvo la Federación de Tierra y Vivienda, que postuló marginalmente como candidato a Luis D’Elia, el resto de ellos descrece del proceso electoral y del Parlamento

⁷ Así lo manifiestan, por ejemplo, los Movimientos de Trabajadores Desocupados de Solano, Almirante Brown y Lanús (2001): “Hacemos política, al organizarnos en los barrios, al confrontar contra las instituciones del Estado que sostienen este sistema de hambre y muerte, al organizar nuestro futuro al margen de los aparatos burocráticos, los partidos políticos y los sindicatos tradicionales, al defender exclusivamente los intereses de los trabajadores y el pueblo. Y seguiremos haciendo ‘esta’ política hasta conquistar el CAMBIO SOCIAL que garantice una vida digna y un futuro con justicia y libertad para todos”.

como instancia decisoria *prioritaria*. Ello no implica, por supuesto, que no sean conscientes de que, aunque de forma diferenciada, realizan una práctica política constante⁷. Sí supone la no subordinación del movimiento a los tiempos estatales. La relación del MST con el Partido de los Trabajadores es al respecto ejemplificadora: Si bien mantienen un vínculo estrecho, al punto de postular en algunos estados candidatos en conjunto, no omiten denunciar a la corriente hegemónica del PT como “gerenciadora de la crisis” (Stedile, 1998), ni menguan su capacidad de presión a través de la toma de haciendas en aquellos distritos gobernados por tendencias de izquierda⁸.

En tercer lugar, la construcción de organismos de contra-poder tiene como precondition *la creación y experimentación de nuevas relaciones sociales no escindidas de lo cotidiano*: las cooperativas rurales de los campesinos brasileños, los proyectos productivos de trabajo realizados por los piqueteros, y

las tierras comunales cultivadas en los Municipios Autónomos chiapanecos, constituyen en todos los casos instancias donde lo político y lo económico, lejos de verse como compartimentos separados, se amalgaman concretamente⁹. Los tres movimientos plasman así de manera embrionaria, en sus prácticas territoriales mismas, los gérmenes de la sociedad futura por la cual luchan, en la medida en que ensayan “aquí y ahora” una transformación *integral* de la vida. Se amplía, pues, la esfera de *lo político*, arraigando cada vez más en el seno mismo de la sociedad civil. Por contraste, muchos de los grupos que conforman el movimiento “alter-globalizador”, tienden a subsumir sus prácticas a los espasmódicos momentos en que los principales funcionarios de los organismos financieros internacionales se reúnen en ciudades europeas, priorizando el carácter mediático y virtual de la protesta por sobre la territorialización y expansión de nuevos vínculos sociales¹⁰.

⁸ Esta tensión, inherente a la lucha misma *en y contra* la sociedad capitalista, es sintetizada por Claudio Albertani (2003) en los siguientes términos: “Los Estados-nación siguen ahí; son nuestros enemigos y también son nuestros interlocutores. No podemos bajar la guardia: tenemos que presionarlos, hostigarlos, acosarlos. En ocasiones habremos de negociar y *lo haremos con autonomía*”.

⁹ A esto se ha referido en reiteradas ocasiones el MST al postular que “democracia es tener el estomago lleno”, pregonando al mismo tiempo que “no es posible la justicia sin Reforma Agraria”.

¹⁰ Una de las pocas excepciones es el caso tanto de los “sin papeles” (migrantes ilegales) como del “precarizado” (hombres y mujeres cuyas dimensiones de la vida, incluida la laboral, se encuentran asoladas por la incertidumbre y la movilidad impuesta), quienes -no exentos de contradicciones- intentan generar desde su cotidianeidad una nueva sociabilidad insu-misa y no capitalista, desligada de esta lógica espectacular. Desde otra perspectiva, los *centros sociales* okupas pueden verse como ámbitos de similar construcción auto-gestiva.

No obstante, más allá de estas y otras tantas diferencias reales, se han ido generando espacios de coordinación e intercambio de experiencias de lucha y organización entre ambos movimientos, entre los que cabe destacar al *Foro Social Mundial* realizado en la ciudad de Porto Alegre (Brasil) durante sus primeros tres años¹¹, y en la India en su última convocatoria, así como la *Vía Campesina*, en el ámbito rural. De menor envergadura -aunque no radicalidad-, el *Encuentro Internacional de Pensamiento Autónomo*, convocado en enero de 2004 en el sur del Gran Buenos Aires, ha sido también un terreno de diálogo y reflexión de aquellos movimientos que apuntan, sin perder su vocación universalista, a una construcción más de tipo experimental. Estos encuentros han sido sumamente fructíferos para generar una perspectiva internacional que, respetando la diversidad de intereses antes descrita, pueda llegar a amalgamar a escala mundial los discursos y prácticas contra-hegemónicos de los sectores perjudicados por la imposición de políticas neoliberales. De todas maneras, retomaremos esta discusión en las conclusiones finales.

América latina en resistencia: cartografía de tres movimientos

En México, Brasil y Argentina existen hoy en día amplios movimientos sociales y políticos que, más allá de sus particularidades, tienen una serie de características generales que permiten esbozar un análisis comparado¹². Los principales ejes que los atraviesan son los siguientes:

1. Composición social.
2. Organización.
3. Discurso emitido.
4. Formas de lucha.

Respecto del primer punto, puede afirmarse que la progresiva *marginalidad* conforma un rasgo común de estos sectores en lucha. Campesinos y trabajadores rurales empobrecidos en el caso de los Sin Tierra, indígenas sometidos a una cultura y una dinámica laboral ajenas, en Chiapas, así como desocupados, pobres estructurales, y clase media pauperizada, en las zonas periféricas de Argentina, dan cuenta de similares grupos sociales, mayoritariamente definidos por su carácter de "excluidos"¹³,

¹¹ También se han organizado, en paralelo, Foros "temáticos" en Argentina, Italia y Uruguay.

¹² Vale la pena recordar que, no casualmente, los tres países han atravesado profundas crisis financieras (México en 1994, Brasil en 1999, y Argentina en 2001). En términos económicos, en cada uno de los casos se constataron mecanismos similares que las fomentaron: tipos de cambio sobrevaluado, endeudamiento, incapacidad de mantener los niveles de deuda y creciente especulación bursátil, entre otros (Sader, 2002).

¹³ Huelga aclarar que esta caracterización no supone concebir a estos sujetos sociales como ajenos o externos a la dinámica capitalista. Antes bien, se encuentran precisamente *incluidos* en una variedad de redes de control y reproducción de la vida en tanto que *exclui-*

en sociedades que, comparativamente, resultan las más industrializadas de la región.

No estaríamos en presencia, por lo tanto, de un simple antagonismo entre capital y trabajo, entendido en su sentido clásico y restringido, aunque tampoco podemos expresar, como hace Alain Touraine (1984), que se han “disuelto” los conflictos de clase. Lo que ha ocurrido, creemos, es una creciente complejización de dichas tensiones, en el marco de una heterogeneidad estructural de las relaciones sociales que torna específica y diferencial a América latina respecto de Europa. Por ello, siguiendo a Arturo Fernández (1991) podemos decir que si bien los conceptos de *clase* y *movimiento social* no pueden confundirse ni subsumirse, es imperioso realizar un “análisis flexible y particularizado de la naturaleza de clase de cualquier movimiento social”, a los efectos de “enriquecer y clarificar su comprensión y estudio prospectivo, sobre todo en regiones como la latinoamericana”.

Con relación al segundo punto, el ejercicio de la democracia directa

y un alto grado de horizontalidad son dos de los ejes vertebradores de los movimientos, de manera tal que los *fin*es propuestos por ellos están contenidos en sus propios *medios* de construcción, despojándose del criterio instrumentalista predominante durante décadas en la izquierda clásica. La organización del zapatismo, por ejemplo, invierte la lógica tradicional de los partidos leninistas: las “bases” son las que se encuentran en la cúspide decisional, por debajo de la cual se ubica el Comité Clandestino Revolucionario Indígena, cuyos miembros son nombrados por las mismas comunidades, instancia de máxima jerarquía al interior del EZLN. Esta estructura es la que garantiza en último término que “el que mande, lo haga obedeciendo”, como ellos dicen. La reciente creación de las *Juntas de Buen Gobierno*¹⁴ no hace más que profundizar este proceso democrático. También el movimiento piquetero se delinea a través de la práctica asamblearia, más allá de las diferencias ideológicas entre los diversos grupos¹⁵. El órgano

dos de los medios y recursos necesarios para garantizarla de manera autónoma con respecto al capital y al Estado.

¹⁴ Surgidas en agosto de 2003, pueden ser vistas como instancias regionales de autogobierno, que intentan coordinar la actividad de los *Municipios Autónomos en Rebeldía*, creados en diciembre de 1994 con el objetivo de quebrar el cerco militar impuesto por el gobierno de Salinas de Gortari. De acuerdo al EZLN (2003), cada Junta “representa un esfuerzo organizativo de las comunidades, no sólo para enfrentar los problemas de la autonomía, también para construir un puente más directo entre ellas y el mundo”

¹⁵ El Movimiento Teresa Rodríguez expresa por ejemplo en su *Libro Celeste* (especie de manifiesto fundacional): “el alma de nuestro Movimiento son los Cabildos (asambleas). Quienes integramos el MTR gobernamos y deliberamos a través de nosotros mismos. No delegamos en nadie ni el gobierno ni nuestra capacidad de deliberar. Nos reunimos en

supremo donde se toman las decisiones se encuentra conformado por delegados de cuadrillas de trabajo, emprendimientos productivos o comedores barriales. El Movimiento Sin Tierra, por su parte, se estructura sobre la base de comisiones que designan democráticamente una dirección política "colectiva", evitando las figuras de presidente, secretario y tesorero. Ello no implica, por supuesto, que no existan en los tres casos ámbitos representativos. Pero sí supone una dinámica participativa y de discusión permanente por parte del conjunto de los miembros del movimiento, en las diferentes instancias deliberativas conformadas por una *red de articulación basada en el consenso*.

Otra característica singular que atraviesa a estos grupos es que sus dirigentes y referentes máximos tienen un compromiso vital muy fuerte con las comunidades donde se desarrollan las luchas y experiencias autónomas. Allí habitan, y compar-ten con la comunidad las condiciones de existencia, como bien señala Guillermo Cieza (2002). Se percibe, por lo tanto, un distanciamiento social relativamente *pequeño* entre los líderes y los demás miembros o integrantes, por contraste a las agrupa-

ciones tradicionales (sindicatos, partidos políticos, etc.), cuya estructura organizativa de tipo piramidal escinde en muchos casos al extremo las bases de sus respectivas cúpulas dirigentes.

En tercer lugar, los discursos pregonados se sustraen en grado sumo al de los años '70, si bien en todos los casos recuperan algunas consignas elaboradas por aquel entonces, resignificándolas en función de sus prácticas concretas de resistencia. Además del humanismo guevarista, resulta llamativa la influencia en los tres movimientos, aunque en grados diferentes, de la teología de la liberación: los curas y militantes cristianos de base brindaron un aporte fundamental para la conformación de las primeras agrupaciones de trabajadores desocupados¹⁶ en Argentina. Las comunidades eclesíásticas de la "Iglesia progresista", a su vez, dieron sustento a la lucha del MST brasileño desde sus inicios, propagando el "espíritu misionero" de compañerismo y solidaridad en el campo, a través de la Comisión Pastoral de la Tierra. En San Cristóbal de las Casas, por su parte, la acción del obispo Samuel Ruiz y de su diócesis ha contribuido enormemente a la consolidación del zapatismo.

Cabildos y decidimos por consenso o por mayoría qué se hace o se deja de hacer. Además, elegimos entre nosotros a los compañeros que consideramos los más capaces para encabezar la ejecución -y sólo la ejecución- de lo resuelto."

¹⁶ Cabe mencionar los casos de Alberto Spagnolo, ex párroco y miembro del núcleo fundador del MTD de Solano, y Luis D'Elia, demócrata cristiano y máximo referente de la FTV.

Estas tradiciones de lucha se combinan con dos rasgos que denotan una radical innovación: la demanda de *autonomía* frente al Estado y la ausencia de una auto-proclamación de vanguardia¹⁷. Al mismo tiempo, la apelación permanente a la palabra “dignidad” atraviesa, curiosamente, a los tres movimientos¹⁸. La *negatividad* o el rechazo hacia políticas estatales o corporativas excluyentes es, asimismo, central¹⁹: El grito de ¡Ya basta! con el cual se dio a conocer el 1 de enero de 1994 el EZLN, o el bloqueo de rutas y caminos por parte de los grupos piqueteros, obstruyendo la circulación del capital²⁰, son ejemplos claros de ello. También la defensa del medio

ambiente y de los recursos naturales, y la problemática de género, se encuentran entre sus principales reivindicaciones. No obstante, aunque cada uno de estos *nms* nace expresando un profundo *desacuerdo* con el orden existente, no es cierto que se agoten en la misma protesta. Proponen, en paralelo, variadas soluciones frente al actual estado de cosas²¹. Basta leer las *Demandas Políticas, Económicas y Culturales* puestas a discusión por el zapatismo en la Primer Consulta Nacional e Internacional por la Paz y la Democracia, o los sucesivos *Programas* de la Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados votados por los diferentes movimien-

¹⁷ Si Joao Pedro Stedile (1998), dirigente nacional del MST, ha manifestado su rechazo al calificativo de “vanguardia”, lo propio han hecho los zapatistas al expresar que el cambio revolucionario que preconizan es “anti-vanguardista”. En cuanto al movimiento piquetero, si bien existen divergencias en su seno, gran parte de ellos efectúan críticas a la concepción marxista tradicional de vanguardia, en especial los MTD’s (nucleados o no en torno a la Coordinadora de Trabajadores Desocupados-Anibal Verón) y la Unión de Trabajadores Desocupados de General Mosconi.

¹⁸ En el caso de los piqueteros, la consigna levantada por todos ellos es “trabajo, dignidad y cambio social”. Los zapatistas, a su vez, han definido su movimiento como una “revuelta de la dignidad”. El Movimiento Sin Tierra, por su parte, postula como uno de los ejes centrales de su Programa de Reforma Agraria de 1995 “la construcción de la *dignidad* a través de la democratización de la tierra y de los medios de producción”.

¹⁹ En este sentido, Alain Touraine (1984) define a la “oposición” (*contra quién luchan*) como uno de los tres principios de existencia de los movimientos sociales. Los otros dos principios son el de “identidad” (*a quién representan*) y el de totalidad (*en nombre de qué valores generales lo hacen*). Raúl Zibechi (2002) ha llegado incluso a calificar a esta iniciativa como una “capacidad de veto” por parte de los *nms*, que tiende a desmembrar los mecanismos de reproducción del sistema.

²⁰ Si bien no podemos ampliarla en el presente texto, coincidimos con la hipótesis formulada por Friedrich Jameson (1998) de que en la fase de subsunción real del capital se vive “un tránsito de la producción a la circulación”. En este contexto, el piquete adquiere una creciente centralidad en la dinámica antagonista de la lucha de clases.

²¹ Parafraseando a Antonio Negri (2003), podemos decir al respecto que “el trabajo vivo no sólo rechaza su abstracción en el proceso de valorización capitalista y de producción de plusvalor, sino que a su vez plantea un esquema alternativo de valorización, la autovalorización del trabajo”.

tos piqueteros, o los numerosos documentos de Reforma Agraria elaborados por los Sin Tierra de Brasil.

Finalmente, en cuanto a las metodologías de lucha y confrontación, lo que los moviliza a la *acción directa* es la necesidad de luchar contra el intento de desarticular instancias, valores y culturas arraigados en la comunidad. En este sentido, ha sido fundamental la oposición al NAFTA (surgimiento del zapatismo como respuesta a su puesta de vigencia en México) y, de manera más generalizada, a la futura implementación del ALCA (Tratado de Libre Comercio de las Américas) en el continente, al punto de condicionar varias de las prácticas *resistencia* utilizadas por los múltiples movimientos sociales. Cabe mencionar como proceso complementario la creación de espacios territoriales autónomos -o "públicos no estatales"- a los efectos de generar un ámbito material independiente de las formas tradicionales de relaciones sociales, que recupere la unicidad cultural, e incluso en algunos casos lingüista y étnica, sin descuidar en paralelo el respeto a la diversidad. Si en el caso del MST, la centralidad de la demanda de tierra se percibe en su nombre mismo, en el zapatismo también cumple un papel fundamental: tal como expresa Harry Cleaver (2000), uno de los puntos nota-

les del conflicto actual en Chiapas se encuentra en el cercado y privatización de terrenos comunales indígenas, a partir de la modificación del artículo 27 de la Constitución Nacional en 1992. En menor medida, también el movimiento piquetero basa buena parte de sus prácticas en la constitución de un espacio autogestionario de producción colectiva. La exigencia por parte de trabajadores desocupados de la apertura de antiguos polos industriales que estructuraban la vida de pueblos enteros, en especial en ciertas regiones periféricas del país, subordinado a las Asambleas Vecinales que gestionan de manera democrática los planes de empleo (v.g. Mosconi) da cuenta de una dinámica similar. La ocupación de predios, fábricas y establecimientos en desuso, y su puesta en funcionamiento teniendo como horizonte el trabajo desmercantilizado, es parte de este proceso. Cabe destacar que, en los tres casos, aún cuando no se valen de los canales tradicionales para efectuar sus reclamos, en numerosas ocasiones los utilizan. Por ello, si bien las modalidades de protesta son menos institucionalizadas, sin duda ha habido un avance desde acciones más desarticuladas, a formas sistemáticas de manifestación²², sustentadas por recursos y fuentes no convencionales

²² El ejemplo más claro son los cortes de ruta en la Argentina: de ser manifestaciones espontáneas y caóticas, han devenido en un mecanismo de presión frente al Estado, sumamente

que potencian la desobediencia civil.

Sin embargo, sería erróneo idealizar este tipo de prácticas, desconociendo que muchas de las demandas solicitadas por estos movimientos se vinculan con garantizar una subsistencia mínimamente digna. En este sentido, cabe preguntarse si las nuevas formas de protesta –de las cuales el zapatismo, los sin tierra y los piqueteros son una de sus mayores expresiones, aunque desde ya no la única²³– no se hallan en parte más orientados a la satisfacción de necesidades básicas, siendo más puntuales y defensivas que las correspondientes a las formas clásicas (v.g. movimiento obrero europeo).

Vale la pena, por último, reflexionar en torno al vínculo que los *nms* establecen con los partidos políticos más afines a sus intereses. En el caso de los Sin Tierra, la relación con el Partido de los Trabajadores es sumamente ambigua: por un lado, mantienen una relación fraternal, al pun-

to de que algunos integrantes del MST, tal como mencionamos, son legisladores electos por el PT. Aún así, no puede ser considerado el “brazo rural” del partido, debido a que las decisiones fundamentales de los Sin Tierra son tomadas por fuera de ese ámbito²⁴. Más allá de esta tensión, si bien las organizaciones partidarias de izquierda se han visto fortalecidas con las últimas elecciones nacionales y estatales, el triunfo de Lula hasta el momento no redundó en un avance concreto hacia una posible toma de posición favorable del Estado, respecto de la conflictiva cuestión de la Reforma Agraria en Brasil²⁵.

En la Argentina, por contraste, la crisis de representación luego del 19 y el 20 ha dado como resultado una desestructuración del sistema de partidos y una erosión colosal de los niveles de credibilidad de la población para con las organizaciones tradicionales, al punto de aparecer co-

planificado a través de variadas instancias de coordinación, tales como la *Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados*, el *Bloque Piquetero Nacional* y la *CTD Anibal Verón*.

²³ Otros casos paradigmáticos son el Movimiento Pachakutik de Bolivia y la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, que por razones de espacio y complejidad no desarrollamos en este artículo.

²⁴ De hecho, la fuerza principal del MST radica en su confrontación *extraparlamentaria*: la invasión de terrenos improductivos, el bloqueo de carreteras, la ocupación de los Institutos para la Reforma Agraria. La táctica, la estrategia y los debates ideológicos del MST se deciden dentro del movimiento y no están subordinados al PT o a sus representantes parlamentarios. Por el contrario, ha sido el MST, mediante estas acciones, quien ha garantizado el compromiso de los dirigentes con la lucha agraria.

²⁵ Desde fines de marzo y durante el mes de abril de 2004, alrededor de 15.000 familias nucleadas en torno al MST iniciaron una ofensiva de toma de tierras como mecanismo de presión, ocupando más de 50 terrenos en 14 estados brasileños.

mo una de las pocas consignas aglutinadoras el “¡que se vayan todos!” - al menos hasta marzo de 2003, momento en el cual tiende a perder vigencia. Los movimientos piqueteros, si bien en algunos casos forman parte de agrupaciones políticas de mayor envergadura, no han logrado aún configurar un espacio de *coordinación transversal* lo suficientemente sólido como para poder incorporar en la agenda pública sus demandas fundamentales²⁶. Tampoco en el corto plazo se vislumbran iniciativas gubernamentales que apunten a erradicar los problemas de fondo que sentaron las bases de la actual desocupación estructural, por lo que no es descabellado pensar en un intento de represión estatal a mediana escala sobre los grupos más radicalizados, en paralelo a la cooptación (a través de prebendas y concesiones materiales) de aquellas agrupaciones más propensas a la conciliación.

En México, finalmente, se ha abierto -con el quiebre de la prolongada hegemonía del Partido Revolucionario Institucional- un proceso de democratización todavía incierto, aunque el Partido de la Revolución Democrática no parece generar mayores perspectivas de cambios profundos. Sin embargo, en los tres países, más allá de las particularidades

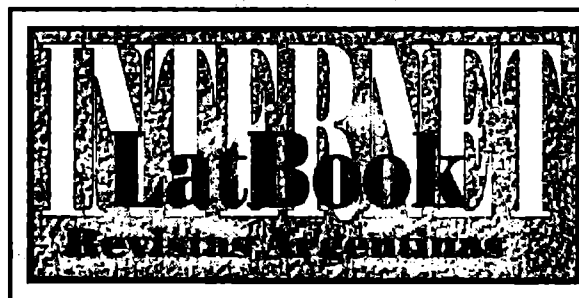
descriptas, asoma un adelgazamiento de la capacidad institucional del régimen representativo burgués para funcionar como mediación eficaz ante la protesta social que inevitablemente engendran las políticas neoliberales santificadas desde el Consenso de Washington (Yunez, 2002). Los partidos tradicionales, depositarios de la confianza y la expectativa iniciales de las masas en la democracia en tanto garantes de ésta, fueron asimismo los primeros en sufrir el creciente descrédito popular hacia los pilares del sistema político.

Al parecer, no es entonces este el eje directriz que permitiría “emparentar” a los tres movimientos. Si en un comienzo el triunfo del PT -limitado en términos de márgenes de maniobra política y alianzas con sectores de centroderecha- avizoró un futuro venturoso para el Cono Sur, en especial respecto de la constitución de un polo opositor a la implementación del ALCA, hoy en día, tras la expulsión de varios legisladores de su ala más radical ante la negativa de votar en el Parlamento políticas de ajuste en el sector público, se desvanecen las ambiguas expectativas que se habían depositado en las potencialidades de un gobierno de izquierda en el país más poblado de América latina. En la Argentina, no

²⁶ La “Mesa de Diálogo” conformada por la Iglesia y el gobierno de Eduardo Duhalde durante 2002, de la cual desde entonces forman parte la CCC y la FTV, no es más que una forma caricaturesca con la que el poder intenta institucionalizar -a la vez que fragmentar- al sector más moderado del movimiento piquetero.

se observa en los movimientos sociales todavía una voluntad real de construir -tomando en parte como ejemplo la gestación del Frente Amplio uruguayo y del PT de Brasil, pero también experiencias menos "estatalistas" como la de la Coordinadora del Alto en Bolivia- un espacio crítico que evite la disgregación y permita fortalecer (o trascender, según sea el caso) las disímiles demandas de las organizaciones que componen el campo popular (sectores sindicales, piqueteros, estudiantiles, vecinales, e inclusive agrarios).

Con todo, es preciso tener en claro que *no hay posibilidad alguna de reconstituir el movimiento local si no es desde una perspectiva internacional*. En este sentido, el Foro Social Mundial (al margen de sus limitaciones) y otras instancias más combativas aún, como la Vía Campesina, emergen sin duda como "archipiélagos" aglutinantes y posibles puentes de comunicación al interior de este múltiple crisol de luchas contemporáneas que demuestra que -más que nunca- la rebeldía es tan global como el capital.



Cuadernos del Sur

incluye los sumarios de sus ediciones en la base de datos de Latbook (libros y revistas)

Disponible en Internet
en la siguiente dirección:
<http://www.latbook.com>

APÉNDICE

Breve itinerario de los *nms*

*Un, dos, tres, cuatro, cinco mil,
la lucha de Argentina
es la de México y Brasil*

Consigna cantada en la Marcha contra
el ALCA. Foro Social Mundial 2002,
Porto Alegre

1. México: “para que nos vieran, nos enmascaramos”

El EZLN hizo su aparición pública el 1° de enero de 1994, el mismo día en que entraba en vigencia el NAFTA. Al grito de ¡Ya Basta!, ocuparon la ciudad de San Cristóbal de las Casas, junto con otras seis cabeceras municipales de Chiapas. Luego de cruentos combates -que dejaron un saldo de casi 200 muertos y más de un millar de heridos-, el 12 de enero se estableció una tregua que hasta el día de hoy no fue rota, si bien el Ejército Federal y la policía, en combinación con diversos grupos paramilitares de la zona, han desencadenado desde entonces una *guerra de desgaste integral* que incluye asesinatos, requisas y amedrentamientos cotidianos a los indígenas y campesinos que participan en, o simplemente simpatizan con, el movimiento zapatista.

Este primer levantamiento, lejos de ser un acontecimiento espontáneo,

estuvo preparándose más de diez años. Meses atrás, el EZLN festejó el 17 de noviembre de 1983 como la fecha de su fundación. En aquel entonces, un pequeño grupo de revolucionarios miembros de las Fuerzas de Liberación Nacional se estableció en las montañas de la Selva Lacandona junto con algunos indígenas y mestizos. Sin embargo, este núcleo de militantes marxista-leninistas se topó con algo totalmente innovador. En palabras del Subcomandante Marcos (1998) “nuestra cuadrada concepción del mundo y de la revolución quedó bastante abollada en la confrontación con la realidad indígena chiapaneca. De los golpes salió algo nuevo, que hoy se conoce como ‘el neozapatismo’”. De esta forma, poco a poco, de ser un minúsculo grupo guerrillero, el movimiento se fue convirtiendo en una comunidad en armas (Holloway, 1997). Lo que irrumpe finalmente el 1° de enero no es, por tanto, un foco *terrorista* compuesto por revolucionarios profesionales, sino una comunidad rebelde “armada de verdad y de fuego”, en donde el acento está puesto en las primeras palabras. Esto explica por qué a pesar de existir desde hace tiempo numerosas guerrillas en México²⁷,

²⁷ En la actualidad, varios grupos insurgentes armados operan en catorce estados mexica-

ninguna de ellas ha podido hasta ahora alcanzar el consenso social y político logrado por el EZLN, no sólo en su país, sino en buena parte del mundo.

En efecto, lo que caracteriza a estos ignotos encapuchados es precisamente su alejamiento respecto de las formas tradicionales de hacer política. A diferencia de los partidos y movimientos de izquierda clásicos, no propugnan la toma del poder, ni pretenden arrogarse el título de vanguardia. Tampoco ansían devenir un grupo corporativo, que peticiona demandas meramente particulares. Su famosa máxima “para todos todo, para nosotros nada”, no hace más que ratificar el carácter anti-sectario del zapatismo, aún cuando recuperen históricos y legítimos derechos indígenas pisoteados por más de 500 años de sometimiento²⁸. La realización de un Encuentro Intergaláctico, bajo el lema “contra el neoliberalismo y por la humanidad”, amplió aún más el tono internacionalista de su discurso. Veamos, pues, algunos de los ejes antes descriptos.

El primero es su subversiva concepción de la revolución. De ser una

respuesta, la transformación sustancial de la sociedad se convierte en un interrogante que se contesta en la propia experiencia vivencial de las comunidades. Todas las decisiones importantes son discutidas antes de llegar a un consenso, aplicándose el principio de “mandar obedeciendo”. El propio Marcos (1998) admitió que “nuestra única virtud como teóricos fue tener la humildad para reconocer que nuestro esquema teórico no funcionó, que era muy limitado, que teníamos que adaptarnos a la realidad que se nos imponía”. La revolución debe ser entonces, al decir de los zapatistas, un proceso autocreativo, gestado en el propio transcurso de la experiencia, esencialmente democrático, no sólo en el sentido de que tiene a la democracia como meta, sino en la medida en que es democrática la forma misma de lucha. De ahí que sea imposible pre-definir un punto de llegada (Holloway, 1997). Su noción de la revolución es, además, anti-instrumentalista, por cuanto no se entiende como un medio para lograr un fin. No es la preparación de un

nas. Entre ellos, se destacan el Ejército Popular Revolucionario (EPR), el Ejército Villista Revolucionario del Pueblo (EVRP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP) y el Ejército Revolucionario Popular (ERP).

²⁸ La tensión entre actuar a modo de grupo reivindicativo de los derechos indígenas y ser considerado un movimiento de carácter nacional ha atravesado al zapatismo desde sus orígenes. De hecho, en un primer momento las comunidades de la Selva Lacandona miembros del EZLN habían barajado la posibilidad de darse a conocer el 12 de octubre de 1992, fecha conmemorativa de los 500 años de dominación occidental en el continente. Sin embargo, luego de un profundo debate, se optó por “emerger” el mismo día en que se efectuaba la puesta en vigencia del NAFTA (Tratado de Libre Comercio) en México.

evento futuro, sino la transformación *hoy* de las prácticas y formas de relacionarse. También resulta en parte anti-definicional: camina preguntando, no contestando; supone un viaje constante más que un horizonte determinado de manera teleológica²⁹. La apertura y la incertidumbre son, por tanto, inmanentes al concepto zapatista de revolución.

Resignificando a Antonio Gramsci, en su noción de sujeto revolucionario, la “sociedad civil” es el verdadero agente del cambio radical. En ella se incluye a los múltiples actores sociales y políticos que luchan a diario “contra el neoliberalismo y por la humanidad”, a través de formas de organización autónomas. La lucha por la dignidad (por el control sobre nuestras propias vidas) no es de acuerdo al zapatismo privilegio de ningún grupo definido. Tal como afirman en una de sus proclamas, “la revuelta de la dignidad viene del fondo de nosotros mismos” (...) “es esa Patria sin nacionalidad, ese arco iris que es también puente, ese murmullo del corazón sin importar la sangre que lo vive, esa rebelde irreverencia que burla fronteras, aduanas y guerras” (EZLN, 1995).

Asimismo, su forma organizativa implica que el autogobierno y la ho-

rizontalidad son ejes directrices. El “mandar obedeciendo” no es una mera consigna, sino que encarna en el conjunto de instituciones que han dado luz en la selva Lacandona. Los llamados *Municipios Autónomos* son el mejor ejemplo que este ejercicio de democracia directa y participación política ampliada. Como ha expresado Marcos (1998), su creación “es la forma en que las comunidades indígenas cumplen y aplican los acuerdos de San Andrés”. Estos acuerdos “reconocen la capacidad de los pueblos indígenas para gobernarse según sus usos y costumbres, según sus formas internas, y eso es lo que se está aplicando y eso es lo que da sentido a los Municipios Autónomos. Esto es lo que pasa ahora; aún si el gobierno no cumple los acuerdos, ellos los dan por acordados y lo están aplicando”. Sin embargo, sería erróneo pensar que el zapatismo no hace más que revitalizar las instancias tradicionales de organización indígena. Antes bien, lo que se ha producido es una especie de *híbrido* entre estas formas propias de los pueblos originarios y elementos innovadores. Si por un lado se ha mantenido la tradición según la cual la asamblea de cada comunidad es el órgano máximo de decisión, por el otro se ha adoptado un

²⁹ De ahí las numerosas caravanas y movilizaciones realizadas, entre la que se destaca la “Marcha del Color de la Tierra”, del 24 de febrero al 2 de abril de 2001. También el MST ha realizado incontables caminatas y marchas con un objetivo similar: “dialogar con la sociedad” y “explicarle a la población el sentido de la lucha” intentando “romper el aislamiento” que los sucesivos gobiernos tratan de imponerle al movimiento (Stedile y Fernandez, 2000).

funcionamiento consejista para la coordinación de acciones (Abad Domínguez, 2002).

2. Argentina: “ipiqueteros, carajo!”

En nuestro país existen una multiplicidad de movimientos sociales en lucha. Podría decirse que si en los años '80 los derechos humanos fueron el aglutinante mayor, en los '90 la desocupación y la descomposición social de las clases medias dieron lugar al surgimiento de organizaciones que intentaban impugnar las políticas neoliberales aplicadas de manera sistemática a lo largo de la llamada “década menemista”³⁰. De esta forma, en los primeros años del gobierno del Partido Justicialista se fueron generando, al calor del aumento estrepitoso de los índices de desempleo, numerosos grupos y coordinadoras que nucleaban a trabajadores desocupados. Teniendo como disparador originario en diciembre de 1993 el estallido social conocido como *Santiago*, comienzan a irrumpir en la escena pública sucesivas “puebladas”. Su surgimiento estuvo vinculado a los procesos de ajuste emprendidos inicialmente por los gobiernos provinciales a instancias

de la política de desguace estructural del Estado impulsada por el gobierno de Carlos Menem.

Como expresa Marina Farinetti (1999), a partir de 1994, por el impacto del aumento de las tasas de interés en EEUU y, particularmente, de la devaluación mexicana, la estrategia económica que permitió al gobierno nacional afrontar el ajuste (altamente dependiente del flujo de capitales externos y de la expansión de la demanda interna) mostró su fragilidad. Los gobiernos provinciales, jaqueados por la crisis financiera, el descenso de los recursos fiscales y el acrecentamiento de las presiones del gobierno nacional por implementar el ajuste, no tuvieron otra opción que poner en marcha las reformas que habían evitado hasta entonces: centralmente, la privatización de empresas públicas y la transferencia de los sistemas previsionales al Estado central. Esta vuelta de tuerca del ajuste puso a las administraciones provinciales en gravísimos apuros. En muchos casos, no pudieron ni siquiera afrontar el pago de los salarios de sus empleados.

A lo largo de 1997, el corte de ruta se generaliza en tanto modalidad de protesta. Es así como emerge la

³⁰ Con esto no estamos afirmando que las organizaciones de derechos humanos hayan dejado de tener un protagonismo en las luchas sociales y políticas. El caso más ejemplificador es el de la agrupación juvenil H.I.J.O.S (Hijos por la Identidad y la Justicia, contra el Olvido y el Silencio), que a través de los “escraches populares” ha instalado una nueva forma de condena social, frente a la impunidad otorgada desde el Estado a cientos de represores de la última dictadura militar.

práctica del *piquete*³¹ en los pueblos de Cutral Co y Plaza Huincul (y posteriormente en Tartagal) en los meses de mayo y junio³². Frente a este panorama, el gobierno comienza a implementar los Planes Trabajar como herramienta de descompresión del conflicto.

Inmediatamente luego de estos acontecimientos, en la zona sur del Gran Buenos Aires surgen varios grupos que se autodefinen “piqueteros”, emulando la acción realizada por los desocupados de otras provincias del país. Durante la segunda mitad del año se registran en el conurbano un total de 23 bloqueos de rutas y accesos a la Capital Federal. Sin embargo, la gran expansión del fenómeno se produce recién en tiempos del gobierno de Fernando De la Rúa. Como explica Julio Burdman (2001) “con el doble objetivo de afectar la estructura clientelista en la provincia de Buenos Aires y limitar el crecimiento de pequeños grupos

de piqueteros en el conurbano, el Ministerio de Desarrollo Social a cargo de Fernández Meijide introduce una modificación en la distribución de los planes -en general, en manos de los municipios-, proponiendo que estos sólo sean asignados a ONG’s que se responsabilizan de su ejecución. Pero en lugar de contener la práctica piquetera, esto la institucionaliza y la potencia”.

Así fueron consolidándose, a partir de la acción directa basada en el trabajo territorial, además de los MTD’s (Movimiento de Trabajadores Desocupados), la CCC (Corriente Clasista y Combativa), la FTV (Federación de Tierra y Vivienda), así como otras organizaciones, en muchos casos de menor envergadura, como el MTL (Movimiento Territorial del Liberación), el MTR (Movimiento Teresa Rodríguez), el PO (Polo Obrero), el Movimiento Barrios de Pie, el MIJD (Movimiento Independiente de Jubilados y De-

³¹ Tal como nos recuerda Perazzi (2003), el vocablo remite a la clásica modalidad de presión sindical consistente en obstaculizar el ingreso a las fábricas, paralizando la producción y, una vez transcurrido un cierto tiempo, obtener el suficiente poder de negociación como para satisfacer los reclamos que dieron origen a la medida.

³² Ya en 1996, en Cutral Co y Plaza Huincul, más de 20 mil personas (alrededor de la mitad de la población total), decidieron espontáneamente apropiarse durante semanas de las rutas nacionales y provinciales, para solicitar la instalación en la zona de una planta fertilizante con el objetivo de obtener nuevos puestos de trabajo (Perazzi, 2003). Vale la pena mencionar este antecedente, a los efectos de contrastar las formas organizativas que asumen y el tipo de demandas que hoy en día exigen los diferentes movimientos piqueteros, las cuales exceden ampliamente la mera creación de fuentes de empleo. Al respecto, puede consultarse el Programa votado el 28 y 29 de septiembre de 2002 por la *Tercer Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados*, convocada por el Bloque Piquetero Nacional, el Movimiento Barrios de Pie, la Coordinadora de Trabajadores Desocupados y el Movimientos Independiente de Jubilados y Desocupados.

socupados), el MST (Movimiento Sin Trabajo) y la CTD (Coordinadora de Trabajadores Desocupados), en tanto esfuerzos colectivos por reconstruir el tejido social roto por la Dictadura Militar a partir del Golpe de Estado de 1976. También diversas son las prácticas que constituyen al movimiento piquetero: desde las modalidades más creativas de trabajo informal, hasta las ollas populares, pasando por el trueque y la invención de formas de convivencia en los propios cortes de ruta.

Cabe destacar que, en los piquetes, las asambleas son no sólo órganos de decisión política, sino auténticos dispositivos de regulación de la vida tomando como parámetro la solidaridad y el compañerismo. De esta manera, tal como expresa Pablo Perazzi (2002) poco a poco el piquete “deja de representar únicamente una medida de acción directa -y por lo tanto de duración limitada-, expresando cada vez más un modo de organización relativamente estable que suele exceder la inmediatez del reclamo puntual”, buscando tornar visible idearios político-sociales, a través del traslado de la oscura realidad barrial a una geografía pública.

Por ello, si los primeros piquetes se produjeron a cientos de kilómetros de los principales centros urbanos, a medida que crecía la capacidad

de movilización y envergadura de las diferentes organizaciones de trabajadores desocupados, los cortes asumían una dinámica de acción centrípeta (Perazzi, 2002). Es así como en noviembre de 2000 se realiza en distintos puntos del conurbano bonaerense un piquete coordinado en escala. De ahí en más, la cantidad de prácticas de este tipo irán en aumento, al punto de llegar en el año 2002 más de 1.100 los cortes de ruta en todo el país, registrándose en el 2003 cerca de 250 piquetes solamente en la provincia de Buenos Aires.

Sin embargo, sería incorrecto reducir a estos movimientos a la interrupción o bloqueo del tránsito. De hecho, buena parte de las acciones que los constituyen como tales se encuentran por fuera del piquete: en los barrios y espacios autogestionados por ellos mismos. En efecto, al igual que los zapatistas y los sin tierra, en dichos ámbitos intentan componer instancias de subsistencia autónomas con respecto al mercado y al Estado. A ello apuntan los múltiples “emprendimientos de trabajo”: fábrica de grasa, herrería, panadería, bloquera (producción de ladrillos), cuadrillas de construcción, elaboración de artículos de limpieza, roperos y farmacias comunitarios, merenderos, comedores populares, y demás prácticas cooperantes³³.

³³ Esta es quizás una de las mayores limitaciones del movimiento piquetero: a diferencia del MST (que cuenta con alrededor de 4.000 asentamientos y millones de hectáreas bajo

3. Brasil: "tierra y libertad"

Tal como relatan Frei Sérgio Gor-gen y Joao Pedro Stedile (1984), la historia del Movimiento Sin Tierra no tiene una fecha específica en cuanto a su origen. Sus más cercanos antecedentes se los puede encontrar en los diferentes acontecimientos que se desarrollaron principalmente en 1978. Es a partir de esta fecha que las luchas de los agricultores sin tierra comenzaron a organizarse para la conquista de una área de tierra, multiplicándose así las ocupaciones en distintas regiones. Pero todavía estas acciones eran aisladas, siendo recién en 1981 cuando comenzaron los encuentros de los dirigentes de estas luchas localizadas, encuentros promovidos por la Comisión Pastoral de la Tierra. Como resultado de estas articulaciones de las diferentes luchas que se estaban dando, se realizó en enero de 1984, en Cascavel (Paraná), el Primer Encuentro Nacional de los Sin Tierra.

Como factores que determinaron el surgimiento del MST puede mencionarse, en primer lugar, el económico: durante la década de los 70 hubo una gran concentración de la tie-

rra y una expansión de la mecanización de los cultivos, de la utilización de los insumos industriales. Muchos trabajadores fueron así reemplazados por maquinaria, por lo que resultaron expulsados de las tierras. Este y otros catalizadores agudizaron la reducción de la mano de obra en esas haciendas. También se fue tornando cada vez más inviable para los trabajadores rurales excluidos de la agricultura la emigración hacia regiones amazónicas o el éxodo rural hacia las ciudades. En tercer lugar, el trabajo de la iglesia católica, a través de las pastorales rurales, llevo a cabo una concientización de los campesinos sobre sus derechos a la tierra. Todo esto generó una corriente de transformación en los sindicatos rurales tradicionales, que se volvieron más combativos, pasando a estimular y apoyar la lucha por territorios propios. Por ultimo, el proceso de apertura democrática y la derrota del régimen militar, durante el gobierno de Figueiredo, influyó positivamente en las posibilidades de que los campesinos sin tierra se organizaran en sindicato y en movimiento, al perder el miedo a la represión política.

control comunitario) y de los zapatistas (cuya zona de influencia directa abarca a más de la mitad del estado de Chiapas), los trabajadores desocupados de la *periferia urbana* no han logrado aún conquistar un espacio territorial autónomo de envergadura, donde ensayar nuevas formas de producir su propia vida en términos colectivos. De más está decir que esta perspectiva no implica adscribir a aquellos proyectos que ilusoriamente conciben la posibilidad de consolidar a mediano y largo plazo una autosustentación, en pequeña escala, al margen de las relaciones sociales capitalistas. Creemos que, más que a "islas", habría que apostar a la conformación de "archipiélagos" que tengan como horizonte articularse a nivel nacional, regional y hasta planetario.

Respecto de su composición socio-económica, el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil reúne a aparceros, arrendatarios, medieros, asalariados rurales, ocupantes, y pequeños campesinos. Dentro de esta diversidad de sectores, predomina el campesino rural, si bien entendido como trabajador en un sentido amplio.

En cuanto a los objetivos y metas del MST, podemos afirmar que a grandes rasgos tres son los ejes directrices por los que lucha: la tierra, la reforma agraria y una sociedad mas justa. El primer objetivo atiende a una necesidad económica de supervivencia de cada familia que no tiene tierra. El "sin tierra" aspira a la tierra como una oportunidad de trabajo; no piensa ni en el enriquecimiento ni en la especulación, no tiene intención de venderla mas adelante ni conservarla como una reserva de capital. Por lo tanto, la motivación prioritaria del movimiento es conseguir resolver el problema de la supervivencia de millares de familias de agricultores. El segundo objetivo, que es la Reforma Agraria, se entiende como un conjunto amplio de medidas que tienen que ser tomadas por el gobierno para cambiar la estructura del país y garantizar la tierra a

todos los agricultores que quieran trabajarla. Se incluirían, por supuesto, medidas complementarias de política agrícola, como créditos, precios, asistencia técnica y seguridad rural, necesarias para garantizar la viabilidad y rentabilidad de la pequeña producción. Por último, el tercer objetivo es luchar por una sociedad más justa, sin explotadores ni explotados. Este propósito tiene un claro carácter político, pues está relacionado con la organización de la sociedad y con el poder político dentro de ella. Luchar por la reforma agraria es luchar por cambios revolucionarios en la totalidad del país (Stedile, 1998).

En este sentido, es importante aclarar que el MST se considera a si mismo un movimiento de masas cuya principal base social son los campesinos sin tierra, por lo que tiene un carácter, al mismo tiempo, sindical (en la medida en que su resistencia su vincula con la resolución del problema económico de las familias), popular (porque participan diferentes sectores oprimidos que demandan reivindicaciones populares, especialmente en los asentamientos) y político (no en términos partidarios, sino en el sentido que quiere contribuir a un cambio social radical)³⁴.

³⁴ Entre las reivindicaciones fundamentales del movimiento, cabe destacar las siguientes: a) Expropiación de los latifundios; b) Expropiación de las tierras de propietarios multinacionales; c) Definición de un tamaño máximo para la propiedad rural; d) Una política agrícola pensada para el pequeño productor; e) Autonomía para las áreas indígenas; f) Áreas de irrigación en el Nordeste; g) Cobro sumario del Impuesto Territorio Rural-ITR. Para un desarrollo de los mismos, véase Gorgen y Stedile (1984).

Con relación a las metodologías de lucha, podemos expresar que la conquista de la reforma agraria se hace concreta, en parte, a través de la acción inmediata por la tierra. En los últimos 15 años, el MST ha desarrollado varias formas de confrontación para enfrentar el poder político y económico de los latifundios y presionar a los gobiernos federal y estatal a distribuir tierra entre los agricultores. Es así como en primera instancia se realizan audiencias con las autoridades políticas, buscando la negociación con los órganos de gobierno. Las mismas tienen dos características: por un lado, los agricultores siempre negocian en grupos grandes; por otro lado, los trabajadores cobran punto por punto las promesas de los gobernantes (Llusia, 1997).

Cuando el gobierno se niega a atender a las reivindicaciones de los trabajadores, estos pasan a utilizar modalidades de presión política mas contundentes, en vistas de obligar a los gobernantes a dialogar con el movimiento. La ocupación de tierra es la mas fuerte de estas acciones. Los agricultores organizados en el MST, agotadas las tentativas a través de las audiencias, entran en un latifundio, de propiedad particular o del gobierno, y no salen de allí sin una solución para las familias ocupantes. Las ocupaciones son hechas por grandes grupos de campesinos procedentes de municipios distintos, e incluso distanciados, que lle-

gan, de madrugada, a un latifundio previamente escogido. Ya establecidos en el terreno, se delimita el local del campamento y se inicia la construcción de las barracas forradas de plástico y letrinas, como primeras medidas.

La ocupación crea una situación de conflicto que obliga al gobierno y a la sociedad a fijarse en el problema de los Sin Tierra. Inmediatamente, el MST, a través de la Comisión de Negociación de la ocupación, busca las autoridades del sector para encontrar soluciones y tierras para asentar a las familias ocupantes. Normalmente los ocupantes no exigen la tierra ocupada, pero sí que se encuentren tierras para asentarlos dentro del Estado donde la acción directa se ha efectuado.

Respecto de la forma organizativa, en buena medida se encuentra condicionada por sus prácticas de acción directa. En los diferentes campamentos permanentes, con una población variable entre 500 y 800 personas, la organización interna se crea básicamente a partir de núcleos de base formados entre 10 y 30 familias. Son organizados por proximidad, casi siempre con referencia al mismo municipio desde el que vinieron al campamento. En estos núcleos se organizan los principales servicios y tareas: alimentación, salud, higiene, educación, religión, recreación, etc. Para cada función se escoge un responsable. Estos

responsables forman los equipos de servicio del campamento y se organizan regularmente para evaluar y planear sus actividades. Existe además un sistema de coordinación general del campamento, responsable de dar unidad al trabajo de los distintos equipos, encaminar las luchas del campamento, negociar con el gobierno y relacionarse con la sociedad. Esta organización incluye a la Asamblea General del campamento (órgano máximo de decisión que se reúne periódicamente), a los líderes de núcleos, que se reúnen también periódicamente, organizan las tareas del campamento, mantienen los núcleos informados de las negociaciones, a la Coordinación del Campamento, electa por los acampados (Gorjeen y Stedile, 1984). Los principios que orientan a la organización son la democracia, la participación de todos en el proceso de toma de decisiones, la división de tareas y la dirección colectiva. El campamento se sustenta con el trabajo de los acampados, con la contribución de los miembros del movimiento que ya conquistaron tierra, la solidaridad de las personas y entidades, y los recursos reivindicados al gobierno.

De esta manera, podemos concluir expresando junto a Stedile (1998) que, más allá de sus tensiones, “la experiencia del MST muestra un nuevo estilo de acción: lo político (la Reforma Agraria) se articula con el benefi-

cio personal y familiar concreto (la ocupación de la tierra y la conquista de una parcela). Lo utópico (el socialismo) es vivenciado en actividades colectivas (asentamientos y cooperativas). Por último, lo ético (la militancia y las marchas) encuentra motivaciones estéticas (los símbolos, como la bandera, la música y el ritual de los encuentros)”.

Bibliografía

- Abad Domínguez, Fernando (2002) *¿Qué es el zapatismo?*, Seminario Informe Chiapas, Cátedra Libre de Derechos Humanos, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.
- Albertani, Claudio (2003) *Las trampas de Imperio. Antonio Negri y la desconcertante trayectoria del obrerismo italiano*, Revista Bajo el Volcán N° 6, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Burdman, Julio (2001) *Origen y evolución de los “piqueteros”*, Buenos Aires, mimeo.
- Cieza, Guillermo (2002) *Ideas para el debate sobre los nuevos movimientos sociales autónomos*, ponencia presentada en el Taller Autogestionado sobre “Reconstrucción del Movimiento Popular”, Foro Social Mundial, Buenos Aires.
- Cleaver, Harry (2000) *La insurrección en Chiapas y la perspectiva de la lucha de clases en el Nuevo Orden Mundial*, Texas, mimeo.
- Evers, Tilman, Muller-Plantenberg, Clarita y Spessart, Stefanie (1982) *Movimientos barriales y Estado. Luchas en la esfera de la reproducción en América latina*, en Revista Mexicana de Sociología N° 2, México.
- EZLN (1995) Documentos y comunicados, Editorial Era, México.
- EZLN (2003) *Chiapas: la treceava estela*, material editado por el Frente Zapatista de Liberación Nacional, México.

- Farinetti, Marina (1999) *Las formas de reclamo laboral en la nueva democracia argentina*, en Revista Trabajo y Sociedad N° 1, Santiago del Estero.
- Fernandez, Arturo (1991) *Movimientos Sociales en América latina*, Aique Grupo Editor, Buenos Aires.
- Gorgen, Sérgio Frei y Stedile, Joao Pedro (1984) *La lucha por la tierra en el Brasil*, Editorial Voces, Madrid.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel (2002) *Argentina: de la irresponsabilidad civil a la soberanía social*, Mexico, mimeo.
- Habel, Janette (2002) *Estados Unidos - América latina: la reorganización de un modo de dominación*, en Revista Cuadernos del Sur N° 33, Buenos Aires.
- Holloway, John (1997) *La revuelta de la dignidad*, en Revista Cuadernos del Sur N° 25, Buenos Aires.
- Jameson, Friedrich (1998) *La posmodernidad o la lógica cultural del capitalismo tardío*, Trotta, Madrid.
- Illusia, Mario (1997) *El MST: una fuerza con gran impacto social y político*, en Revista Cuadernos del Sur N° 25, Buenos Aires.
- Mouriaux, René y Beroud, Sophie (2000) *Para una definición del concepto de "movimiento social"*, en Revista Observatorio Social de América latina N° 3, Buenos Aires.
- Movimiento de Trabajadores Desocupados/ C.T.D. Anibal Verón (2001) *Trabajo, dignidad y cambio social*, Buenos Aires.
- Movimiento Teresa Rodríguez (2001) *Libro Celeste*, Buenos Aires.
- Negri, Antonio y Hardt, Michael (2003) *El trabajo de Dionisos*, Akal ediciones, Madrid.
- Offe, Claus (1996) *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Editorial Sistema, Madrid.
- Perazzi, Pablo (2002) *Radiografía de los MTD's. Un enfoque antropológico*, en Revista Cuadernos del Sur N° 34, Buenos Aires.
- Restrepo, Luis Alberto (1990) *Los movimientos sociales, la democracia y el socialismo*, en VVAA. *Sociedad civil y cultura democrática*, Editorial Nordan, Montevideo.
- Riechman y Fernandez Buey (1994) *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Editorial Paidós, Barcelona.
- Sader, Emir (2002) *Argentina: una crisis de nuevo tipo*, en Revista Cuadernos del Sur N° 33, Buenos Aires.
- Subcomandante Marcos (1998) *Cartas y manifiestos*, Editorial Planeta, Buenos Aires.
- Stedile, Joao Pedro (1998) *Los Sin Tierra contra el corporativismo*, en Revista Cuadernos del Sur N° 27, Buenos Aires.
- Stedile, Joao Pedro y Fernandes, Bernardo Mancano (2000) *Brava Gente. La trayectoria del MST y de la lucha por la tierra en el Brasil*, Asociación Madres de Plaza de Mayo - Revista América Libre, Buenos Aires.
- Tischler, Sergio (2002) *La crisis del sujeto leninista y la circunstancia zapatista*, en Revista Chiapas N° 8, México.
- Thwaites Rey, Mabel (2004) *La autonomía como meta y posibilidad para la construcción de poder popular*, libro inédito de próxima publicación, Buenos Aires.
- Touraine, Alain (1984) *Actores sociales y sistemas políticos en América latina*, PREALC, Santiago de Chile.
- Tronti, Mario (2002) *Obreros y Capital*, Ediciones Akal, Barcelona.
- Vakaloulis, Michel (2000) *Antagonismo social y acción colectiva*, en Revista del Observatorio Social de América latina, N° 2, Buenos Aires.
- Yuncz, Marcelo (2002) *Regímenes en crisis y movimientos sociales*, en Revista Socialismo o Barbarie N° 12, Buenos Aires.
- Zibechi, Raúl (2002) *Poder y representación: ese estado que llevamos dentro*, en Revista Chiapas N° 13, México.
- Zizek, Slavoj (2000) *Mirando al sesgo. Una introducción a Jacques Lacan a través de la cultura popular*, Editorial Paidós, Buenos Aires.

Diciembre en los pasillos de la academia.

Luchas sociales y micropolíticas posmodernas

Alberto Bonnet*

1 No vamos a ocuparnos aquí de las características del movimiento de masas que protagonizó el ascenso de las luchas sociales que culminó en la insurrección de diciembre 2001.¹ Vamos a discutir el sentido que un variopinto espectro de intelectuales atribuyó desde afuera a ese movimiento de masas - *intelectuales*, aunque la palabra inquiete algunas de sus fibras más populistas; *desde afuera*, aunque la expresión conmueva su antileninismo tan políticamente correcto. Hablamos de un espectro de individuos y pequeños grupos de opinión cuya ideología es tributaria del progresismo de nuestros sectores medios urbanos -aunque esta referencia de clase los alarmaría sobremanera pues querrían flotar libremente. Hablamos pues de individuos y pequeños grupos cuya existencia escasamente material se desenvuelve

principalmente en las universidades, en medio de esa miríada de puestos ambulantes y publicaciones de engorrosa lectura que puebla los pasillos de las facultades de Ciencias Sociales, Filosofía y Letras o Psicología porteñas, pero también en algunas pocas y céntricas asambleas barriales, en las cuales encaran una invalorable misión de autoayuda entre vecinos agobiados por sus problemas cotidianos, en algunos novísimos movimientos sociales, que no se distinguen por su credo o ideología sino por el selecto número de sus miembros, e incluso entre los mentores de cierta curiosa red política de estructura familiar. No nos ocuparemos aquí, por consiguiente, de evaluar los aportes que tradiciones de lucha y de pensamiento emancipatorio tan ricas como el anarquismo o el autonomismo podrían brindarnos a la hora de enten-

¹ Propusimos un análisis de esta insurrección y de la crisis de la convertibilidad en su conjunto en "Crisis, insurrección y caída de la convertibilidad", en *Cuadernos del Sur* 33, Bs.As., mayo de 2002.

der las características del movimiento de masas de nuestros días. No volveremos entonces sobre las acciones y las ideas de aquellos que protagonizaron los primeros sindicatos y huelgas generales en la Argentina de las décadas de 1880 y 1890 ni de aquellos que impulsaron las grandes ocupaciones fabriles del norte de Italia durante las décadas de 1960 y 1970.² Nos ocuparemos apenas de cierto discurso neo-anarquista *soft* o neo-autonomista *post-structuralisé*, de moda en algunos pasillos académicos en nuestros días.

Aquí vamos pues a discutir el significado político que ese espectro de intelectuales atribuyó desde afuera al movimiento de masas que culminó en las jornadas de diciembre de 2001. Pero vale preguntarse: ¿por qué ocuparnos de estos intelectuales? La respuesta es sencilla. Estos intelectuales mantienen una relación parasitaria con el movimiento de masas consistente en procesar desde afuera sus prácticas de organización y de lucha y presentarlas ante los otros (la propia academia, los medios de comunicación, los foros internacionales) e incluso ante algunos de nosotros (asambleas barriales, sectores del movimiento piquetero) por medio de discursos en los cuales resultan transmutadas en *mi-*

cropolíticas posmodernas. Pero sabemos que cualquier discurso cuenta siempre con una dimensión performativa. El discurso de estos intelectuales contribuyó así –junto con una serie de factores, ciertamente mucho más importantes, que no podemos revisar en estas páginas– al reflujo registrado por ese movimiento de masas desde mediados de 2002. Se justifica, entonces, que nos ocupemos del mismo, mientras aguardamos su integración definitiva en los mercados académicos.

2. Consciente del carácter global de las relaciones de explotación y opresión propias de la sociedad capitalista, el pensamiento revolucionario anticapitalista se caracteriza por su holismo, es decir, por un rasgo que podríamos llamar –importando de la esfera gnoseológica al campo de batalla de la política la conocida expresión lukacsiana– una aspiración de totalidad de la práctica revolucionaria. La transformación global de las relaciones sociales capitalistas siempre escapa a la capacidad de intervención de cualquier organización y lucha particulares, desde luego, pero eso nunca implicó para el pensamiento revolucionario que debieran renunciar a intentar situar su intervención en esa empresa de transfor-

² Véanse en este sentido los interesantes aportes de Mabel Thwaites Rey, en su discusión con Luis Mattini, publicados en la última entrega de la revista: M. Thwaites Rey: "La autonomía como mito y como posibilidad" y L. Mattini: "Autogestión productiva y asambleísmo", en *Cuadernos del Sur*, 36 de noviembre de 2003.

mación global. Sin embargo, precisamente cuando esas relaciones de explotación y opresión inherentes a la sociedad capitalista devienen más globales que nunca, emergen discursos signados por un incontenible rechazo a pensar en términos globales. “Si como lógica cultural de una tercera etapa ampliada del capitalismo clásico –dice Jameson–, el movimiento posmoderno es de muchas maneras una expresión más pura y más homogénea de aquella última, muchos de cuyos enclaves de diferencia socio-económica hasta aquí sobrevivientes han sido borrados (a través de su colonización y absorción por la forma mercancía), entonces tiene sentido sugerir que el decrecimiento de nuestro sentido de la historia, y más particularmente nuestra resistencia a los conceptos globalizadores o totalizadores como el de modo de producción mismo, son una función precisamente de esa universalización del capitalismo. Donde todo es, de aquí en más, sistémico, la misma noción de sistema parece perder su razón de ser, regresando sólo por la vía de un ‘retorno de lo reprimido’ en las formas más pesadillescas del ‘sistema total’ fantaseado por Weber o Foucault o por la gente de 1984”.³

Esta *holofobia* se pone de mani-

fiesto entre nuestros intelectuales a través de los más curiosos síntomas, como muecas, alaridos y retorcijones de tripas, ante la mera invocación del Estado, del capital, del sistema, de la revolución o de cualquier otra cosa que recuerde aquella dimensión global de las relaciones sociales. El *Colectivo Situaciones* define “lo que sucede hoy con la política: la emergencia de la multiplicidad como clave de la nueva radicalidad socava la fe en la centralidad del poder”.⁴ Bastaría con revisar algunas afirmaciones de Foucault y Poulantzas, por ejemplo, para advertir que este suceso de hoy sería en el mejor de los casos uno de anteayer. Pero dejemos esta cuestión de lado. Remarquemos apenas que la centralidad del poder de estado aparece ahora como un mero objeto de fe del que afortunadamente está deshaciéndose, si no la propia burguesía, por lo menos estos intelectuales. “Decimos que el escenario central de la política representativa (la del Estado y los partidos), con la figura de los políticos hablando aquí y allá, es precisamente eso, un ‘escenario’, un espectáculo que se mira por televisión, se lee en los diarios, se escucha en la radio, se comenta en cada opinión al pasar”, sentencia *Gradoce-ro*, y a continuación convoca a “ale-

³ F. Jameson: “Marxismo y posmodernismo”, en *Ensayos sobre el posmodernismo*, Bs.As., Imago Mundi, 1991, p.118-9.

⁴ Colectivo Situaciones: “Por una política más allá de la política”, en AAVV: *Contrapoder. Una introducción*, Bs.As., De mano en mano, 2001, p. 23.

jarse de esa relación”.⁵ Podríamos preguntarnos acerca de si este desatino se habrá inspirado en la sociedad del espectáculo de Debord o, simplemente, en la imagen que ya la concepción burguesa clásica tenía de la representación política. Pero no importa. Reconozcamos que, gracias a la holofobia de estos intelectuales, aprendemos ahora que el Estado, el régimen político y el sistema de partidos no eran sino un teatro del que uno puede retirarse a su gusto cuando se aburre.

Pero resulta que este teatro sigue ahí, aunque decidamos retirarnos, causando ciertos problemas a estos intelectuales. Veamos, por ejemplo, la manera en que L. Mattini entiende de la relación que deberían mantener las asambleas populares con un Estado empecinado en seguir existiendo ahí afuera. “La población en las calles es ejercicio de la soberanía, de la democracia directa, y demuestra que quienes gobiernan lo están haciendo ilegítimamente, sólo por el poder de la fuerza, porque son el resultado de la acción de los representantes del pueblo quienes han perdido dicha representación. No se trata entonces ni del momento del asalto al poder ni siquiera de una estrategia de toma del poder total de Estado, si-

no de cómo mantener la iniciativa de modo tal que quienes están al frente de los aparatos centrales del Estado gerencien, administren –por así decirlo– condicionados por la gente en las calles. La política, o sea la potencia, está en las calles, en los barrios, en la iniciativa popular. El poder, el gobierno, es el lugar de la impotencia, de la acción condicionada, sea quien fuere que gobierne, incluso nosotros. En esa dinámica las asambleas populares podrán ir haciéndose cargo de administraciones locales, por comunas, desarrollando formas de contrapoder que condicionen el propio poder central. Y acaso sea posible pensar que en esta práctica se desarrollen tanto las formas políticas como jurídicas que respondan a una nueva racionalidad, como así también a las personas de la muchedumbre a quienes se les confíe la tarea transitoria de gobernar”.⁶ Las asambleas deben constituirse en instancias de ejercicio de contrapoder, nos dice Mattini, pero no entendido a la manera de un doble poder en disputa con el poder de Estado (según una concepción consejista que, de todas maneras, excedería la capacidad de intervención propia de las asambleas) sino a la manera de un control de las políticas estatales por parte de

⁵ Gradocero: “Pensamiento asambleario en Argentina (12 herramientas de autoorganización social), en *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social* 3, 2003, www.antalya.uab.es.

⁶ L. Mattini: “La hora de las comunas”, en AAVV: *Qué son las asambleas populares*, Bs.As., Ediciones Continente, 2002, p.50.

unos organismos aún no institucionalizados. Aunque ciertamente *contrapoder* es una palabra un poco excesiva para designar estos mecanismos liberales de *checks and balances* que Mattini nos propone para “resignificar y reorientar el Estado nacional”...

3. La etiología de esta holofobia nos conduce directamente a un primer mecanismo que estructura el discurso de estos intelectuales. Este mecanismo es la conocida *conversión de la necesidad en virtud*: “el hecho de descartar la idea de totalidad en un ataque de holofobia les provee, entre otras cosas positivas, de un consuelo muy necesario”, advierte sagazmente Eagleton. “Cuando las llamadas ‘micropolíticas’ parecen estar a la orden del día, es vivificante convertir esta necesidad en virtud, para persuadirse uno mismo de que los propios límites políticos tienen, como sucedía, una sólida base ontológica en el hecho de que la totalidad social es en cualquier caso una quimera. No importa si no hay agente político a mano para transformar la totalidad, dado que no hay en realidad ninguna totalidad para ser transformada”.⁷ En efecto, aquella conversión de la necesidad en virtud que estructura el dis-

curso de estos intelectuales resulta de una experiencia de derrota política, ya sea que se encuentre grabada en sus propias cabezas o vague más ambiguamente en el ambiente de la cultura dominante. Hablamos, naturalmente, de la derrota del ascenso de las luchas sociales de fines de los sesenta y comienzos de los setenta, aquí y en otras latitudes, y de sus secuelas.⁸ Pero no hablamos propiamente de una derrota efectiva en la lucha de clases –semejante afirmación debería ser mucho más matizada– sino de una experiencia inscripta como una derrota en unas biografías e historias culturales muy particulares. Nos referimos a unos pocos caciques que peinan canas de militantes setentistas, posteriormente teñidas en alguna peluquería europea de moda durante sus exilios. Y a unos muchos indios más jóvenes, que echaron barbas en los ochenta esperando ver cumplidas las promesas de la democracia alfonsinista, democracia que había sido parida precisamente por la derrota de aquellas luchas de setentistas. Dos generaciones, dos desencantos, ante un mismo empeño de convertir la necesidad en virtud para mochar las astillas más hirientes de experiencias políticas asumidas como derrotas.

⁷ T. Eagleton: *La ilusiones del posmodernismo*, Bs.As., Paidós, 1997, p. 27.

⁸ La derrota de la oleada europea de luchas sociales de fines de los 60 y comienzos de los 70, y particularmente de la francesa asociada al mayo del 68, se encuentra ciertamente en los orígenes del posmodernismo europeo. Ver, además del ensayo de T. Eagleton antes mencionado, A. Callinicos: *Contra el posmodernismo. Una crítica marxista*, Bogotá, El Ancora, 1993.

Pero el precio político y social a pagar por este consuelo psicológico individual es altísimo: estos intelectuales convalidan ideológicamente, de esta manera, la derrota que la burguesía impuso a los trabajadores, sumándose a las huestes de la reacción. Porque su holofobia no se inspira en una crítica de la ideología que representa a la sociedad capitalista como una totalidad armónica como, por ejemplo, en aquella afirmación de Adorno de que “‘sociedad’ es un concepto antagónico”. Se inspira en algo mucho más pedestre, a saber, en la asunción acrítica de la representación individualista de la sociedad propia de la ideología liberal, en sintonía con aquella sentencia de Thatcher de que “no existe algo así como la sociedad”. Y, mucho más importante aún, porque su holofobia no conduce al rechazo de la posibilidad de representarnos positivamente la sociedad comunista que constituye nuestra única esperanza, como en la “prohibición de imágenes” de Adorno. Conduce en cambio a la denuncia conservadora de esa sociedad comunista como una utopía totalitaria, es decir, a una callada aceptación del capitalismo como horizonte insuperable de nuestro tiempo, en fina sintonía con aquella otra sentencia de Thatcher de que “no hay alternativa”.

4. Comprometido con los intereses y los deseos de los explotados y oprimidos, una amplísima mayoría den-

tro de la sociedad capitalista, y convencido de que la emancipación de esa mayoría de explotados y oprimidos debe ser obra de ellos mismos, el pensamiento revolucionario anticapitalista se caracteriza asimismo por su aprecio hacia los movimientos sociales y políticos de masas. El pensamiento revolucionario no afirma que cualquier movimiento de masas apunta a acabar con las relaciones sociales capitalistas, ciertamente, pero sí afirma que la tarea de acabar con esas relaciones sociales capitalistas sólo puede ser encarada por un movimiento de masas. En cualquier caso, cuenta con una serie de criterios bastante efectivos, aprendidos a partir de una vasta experiencia histórica, para discriminar entre movimientos de masas revolucionarios y reaccionarios. En cambio estos intelectuales, como contracara de aquella holofobia, padecen de una suerte de apego enfermizo hacia las iniciativas minoritarias y marginales.

Sería arduo discutir aquí si esta *microfilia* encuentra sus raíces en un individualismo de estirpe liberal, anarquista o mixta, en un aristocratismo de suburbios o simplemente en esa maternal simpatía por las cosas pequeñas que nos induce a amar a los ositos mientras tememos a los osos grandes. Pero lo cierto es que este apego enfermizo por las iniciativas marginales y minoritarias suele conducir a las más excelsas expresiones del disparate. Dice el *metaecono-*

mista M. Benasayag, por ejemplo, que “si bien la completitud, el conjunto complejo, no es *ordenable*, podemos por el contrario pensar prácticas e hipótesis económicas que sean ‘ordenadas’ o, dicho de otro modo, ‘consistentes’, pero que lo sean bajo el necesario abandono, que es más bien la puesta entre paréntesis, de la completitud (...) De esta manera, en todas partes dentro de nuestro fatigado mundo, vemos hoy emerger prácticas de solidaridad, que no parten de un modelo o de un programa económico, como sucedía en el caso de los años de la contestación revolucionaria *clásica*, sino que surgen de una exigencia consistente: ‘la población de este barrio ocupa tierras y hace todo para que cada habitante pueda vivir dignamente, satisfaciendo, por medio de la solidaridad, las necesidades básicas de cada uno’. (...) A la vez, es forzoso constatar que estos proyectos no pueden subordinarse a lo económico, sino que deben construirse y existir en un ‘más allá de lo económico’ que, como veremos más adelante, a mi parecer no se opone a él, por eso no están *ni por ni contra* lo económico. (...) Estos proyectos desarrollan en sí verdaderas zonas y tendencias no capitalistas dentro de un mundo ordenado y dominado por el capitalismo. Las zonas son lugares donde la vida no está regida por el capitalismo”.⁹

El metaeconomista dice estas cosas y otras semejantes, en su peculiar jerga, sin haber reparado en que su empresa de auto-marginamiento enfrenta algunas dificultades no menores. Revisemos, por ejemplo, la experiencia de los clubes de trueque, hoy desaparecidos en su gran mayoría. Recordemos, por una parte, el primer principio de la Red Global de Trueque, que rezaba: “nuestra realización como seres humanos no necesita estar condicionada por el dinero”. Recordemos, por otra parte, que los créditos emitidos por los clubes tenían como unidad de referencia a la moneda capitalista, que las relaciones cuantitativas entre los bienes trocados en dichos clubes remitían al sistema de precios vigente en el mercado capitalista, que los clubes de trueque quedaron así sometidos a procesos inflacionarios... El mercado capitalista no es un mecanismo insuperable de asignación del trabajo social, desde luego, pero una proliferación de supuestas “zonas donde la vida no está regida por el capitalismo” no parece constituir alternativa alguna.

Sin embargo, no vamos a alimentar angustias holofóbicas considerando la propuesta de una planificación democrática de la economía, porque ya hubo quienes se encargaron de enseñarnos que conduce inexorablemente al terror de una socie-

⁹ M. Benasayag: “Fundamentos para una metaeconomía”, en AA.VV.: op. cit., p.60-62.

dad totalitaria. En efecto, no sabemos a ciencia cierta qué tendrá en mente nuestro metaeconomista cuando rechaza "los modelos y programas económicos de la contestación revolucionaria clásica". Pero podemos recordar la crítica de Hayek a la planificación: "el precio de la democracia es que las posibilidades de un control explícito se hallan restringidas a los campos en que existe verdadero acuerdo y que en algunos campos las cosas tienen que abandonarse a su suerte. Pero en una sociedad cuyo funcionamiento está sujeto a la planificación central, este control no puede quedar a merced de la existencia de una mayoría dispuesta a dar su conformidad. Con frecuencia será necesario que la voluntad de una pequeña minoría se imponga a todos, porque esta minoría será el mayor grupo capaz de llegar a un acuerdo dentro de ella sobre la cuestión disputada".¹⁰ Podemos recordar también las objeciones de Popper a la ingeniería utópica: "la tentativa de alcanzar un estado ideal, sirviéndose para ello de un plano de la sociedad total, exige, por su carácter, el gobierno fuerte y centralizado de un corto número de personas, capaz, en consecuencia, de conducir fácilmente a la dictadura".¹¹ Y podríamos seguir recordando más cosas, porque la tradición de pensamiento re-

accionario en la que se inscriben estas citas se remonta hasta Burke, pero no vale la pena.

Digamos simplemente que el carácter minoritario y marginal de una iniciativa suele convertirse en una suerte de nuevo criterio de aprobación política entre los intelectuales en cuestión. Iniciativas como la organización de una huerta o de un comedor comunitario, de un nodo de trueque o de una panadería, tienden entonces a perder sus nexos con la conservación de la identidad y los vínculos solidarios perdidos junto con el empleo, o simplemente con una autoconservación a secas también a punto de perderse, de los sujetos implicados en ellas. Y resultan milagrosamente transmutadas en un discurso que las nombra como privilegiados espacios instituyentes de subjetividades impolutas y otros dispartes semejantes. El pequeño número de sujetos que a duras penas logran reunirse para encarar una iniciativa y su involuntaria marginación respecto del Estado y del mercado capitalistas devienen, en este discurso, virtudes supremas de esa iniciativa. La necesidad, nuevamente, es convertida en virtud, para beneplácito de los empresarios que pueden seguir manteniendo deprimidos los salarios de sus empleados y de los funcionarios que pueden se-

¹⁰ F. A. Hayek: *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 1995, p.100-101.

¹¹ K. R. Popper: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Bs.As., Hyspamérica, 1985, p.159.

guir desentendiéndose de la suerte de los desempleados. Afortunadamente los sujetos implicados en importantes iniciativas sociales y políticas como aquellas, empeñados en esa pedestre militancia que consiste en sumar compañeros y enfrentar las violencias del Estado y el mercado, apenas prestan sus oídos a este zumbido microfílico.¹² Desprovistos de oídos, entonces, estos intelectuales quedan condenados a competir en sectarismo con las peores sectas de izquierda —y no olvidemos que muchos de ellos son ex militantes de esas mismas sectas que, digamos, se demoraron un domingo en alguna asamblea antes de regresar a su hogar y su familia.

5. La etiología de esta microfilia nos conduce, a su vez, a un segundo mecanismo que estructura el discurso de estos intelectuales. Me refiero al conocido distanciamiento respecto de una realidad angustiante propia del *alma bella*. En el *alma bella*, decía Hegel hace dos siglos, “la absoluta certeza de sí mismo se trueca, pues, de modo inmediato, para ella misma como conciencia, en el apagarse de un sonido, en la objetividad de su ser

para sí; pero este mundo es creado en su *discurso*, que ha escuchado también de un modo inmediato y del que solamente retorna a ella el eco. Este retorno no tiene, pues, la significación de que en ese acto la conciencia sea *en sí* y *para sí*, pues la esencia no es para ella un *en sí*, sino que es ella misma; ni tiene tampoco *existencia*, pues lo objetivo no logra llegar a ser un negativo del sí mismo real, del mismo modo que este no alcanza realidad. Le falta la fuerza de la enajenación, la fuerza de convertirse en cosa y soportar el ser. Vive en la angustia de manchar la gloria de su interior con la acción y la existencia; y para conservar la pureza de su corazón, rehuye todo contacto con la realidad y permanece en la obstinada impotencia de renunciar al propio sí mismo llevado hasta el extremo de la última abstracción y de darse sustancialidad y transformar su pensamiento en ser y confiarse a la diferencia absoluta”.¹³ Las almas de estos intelectuales son perfectamente bellas —y la belleza impoluta, se sabe, sigue siendo privilegio de las cosas pequeñas. Estos intelectuales simplemente querrán distanciarse de las sucias realidades del Estado, del

¹² El MTD-Solano es, seguramente, la organización piquetera más parasitada por estos intelectuales. Sin embargo, leemos en uno de sus boletines: “Autonomía no quiere decir independencia absoluta de sectores, Estados o instituciones como mero puritanismo. Podemos ser autónomos articulando con otros movimientos u organizaciones, construyendo en estos espacios de coordinación nuestro propio proyecto político; esto también puede ser una forma de construir autonomía” (MTD-Solano: *El pikete* 7, agosto de 2002).

¹³ G. W. F. Hegel: *Fenomenología del espíritu*, México, FCE, 1985, p.383-384.

mercado, de las elecciones, de la policía. Tomarán en préstamo palabras como *autonomía*, entonces, para nombrar más dignamente su historia. Y se dedicarán a mimar en las vitrinas de sus almas bellas las imágenes de piqueteros que no negocian subsidios de desempleo, de empresas recuperadas que no venden mercancías, de elecciones en las que nadie vota y de insurrecciones que no enfrentan en las calles a la violencia represiva del Estado mediante su propia violencia de masas. Es cierto que tales imágenes no suelen corresponder a cosa alguna existente en la realidad. Pero el discurso de estos intelectuales no intenta interpretar la realidad para transformarla, sino más bien dar rienda suelta a la expresión de los más puros impulsos íntimos de sus cultores. Ningún mentís proveniente de esa sucia realidad, por consiguiente, podrá desalentar a estos intelectuales. Seguirán conservando la belleza de sus almas. Tomarán distancia de la suciedad de este mundo. Se refugiarán en iniciativas minoritarias y marginales que parezcan reflejar la inmaculada belleza de sus almas, mientras puedan, y se encerrarán desencantados en ellas, cuando ya no puedan. Para conservar la pureza de sus corazones, resumiría Hegel, rehuirán todo contacto con la realidad y permanecerán en una obstinada impotencia. El *Colec-*

tivo Nuevo Proyecto Histórico, una expresión ambiciosa que en realidad designa una maraña de multitudes, biopolíticas y posfordismos copiados de los escritos de Negri en una página web, convoca entonces a los desocupados a “autonomizarse del trabajo asalariado”. *El grito*, nombre de un periódico de escasa circulación inspirado en el primer párrafo de un artículo de Holloway, reflexiona por su parte acerca de la práctica de las asambleas barriales: “en la acción nos topamos con dos caminos: resolver nosotros/as mismos/as los problemas o reclamar al Estado que lo haga. Dos caminos: hacer o pedir. Ser o no ser”.¹⁴ Los empresarios y funcionarios no esperarían menos de nuestros príncipes rioplantenses.

6. Los intelectuales en cuestión guardarán por consiguiente una peculiar relación, o mejor, carencia de relación, con la realidad que los rodea. Su mundo, diría Hegel, será una creación de su discurso. Pero por fuera de las vitrinas donde miman sus puras imágenes religiosas suceden acontecimientos sociales y políticos claves, esperanzadores a veces, otras veces desalentadores, aunque siempre menos puros que aquellas imágenes. Estos acontecimientos desatarán la histeria de nuestros intelectuales -hay que re-

¹⁴ *El grito* 2, Bs.As., marzo de 2002, editorial.

conocer que, en algunos casos, no es para menos. Consideremos por caso los cambios en las relaciones de fuerza sociales y políticas registrados durante el período que se extiende entre la insurrección de diciembre de 2001 y las elecciones de abril de 2003. Explicar esos cambios resulta una empresa compleja, aunque viable, pero ya sabemos que el discurso de estos intelectuales no es proclive a proveer explicaciones. Digamos entonces que chamullar un relato fantástico que comience con la irrupción *ex nihilo* de una multitud que protagoniza un acontecimiento parecido a un carnaval carioca, salvo quizás por el excesivo porcentaje de disfraces de policía, para concluir en una masa de ciudadanos de pasiones tristes sometido en masa en los cuartos oscuros, parece en cambio una empresa completamente inviable.¹⁵ Empezar semejante narración histerizaría a cualquiera –y con más razón a quien debiera incluir en esa narración el estrepitoso fracaso de su propia convocatoria a rechazar esas elecciones.

Veamos. El periódico gritón antes mencionado sostenía días antes de las elecciones, repetimos, días antes: “las consignas que llaman a la abstención llegan años tarde a plantear

algo que la población ya viene haciendo: mostrar el rechazo a la conducción política tradicional a través del voto blanco, nulo, o la abstención. (...) Seguramente, el 27 de abril mostrará una vez más el agotamiento del sistema representativo”.¹⁶ Desde luego que mucho antes de las elecciones y de la publicación del periódico gritón ya era previsible –al menos en la sala de la bolsa, si no en los pasillos de la academia– que no sucedería nada semejante. Y los resultados de las elecciones serían contundentes: una desaceleración de la tendencia al aumento del ausentismo registrada en las elecciones presidenciales de los 80 y 90, un retroceso absoluto del ausentismo respecto de las previas elecciones parlamentarias, una caída del voto en blanco al menor índice registrado desde las elecciones de 1946 y un voto anulado insignificante.

Muchos de estos intelectuales prefirieron guardar un sano silencio, sano para nosotros, tras incurrir en semejantes disparates. Pero unos pocos, desafiando su propia histeria, se atrevieron a continuar discursando. Apreciemos una de las espeluznantes criaturas resultantes de esta audacia: “un poder destituyente no necesariamente trabaja según los requie-

¹⁵ El más minucioso de estos relatos fantásticos acerca de la insurrección de diciembre de 2001, desgraciadamente, se publicó antes de las elecciones de abril de 2003. Me refiero a R. Zibechi: *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, Bs.As., Letra libre / Nordhan-Comunidad, 2003.

¹⁶ *El grito* 7, Bs. As., abril de 2003.

rimientos de lo instituyente. Diciembre de 2001 no fue el surgimiento de un sujeto político. De allí que tal sujeto no se haya manifestado. Fue, sí, una ruptura, y una visibilización de un nuevo protagonismo social. Pero ese protagonismo es lo que es, precisamente, porque no entiende la política como se lo hacía una década atrás. De allí que no sea prudente lamentarse de que estas fuerzas no hayan actuado como si fueran ese sujeto. Más aún: los efectos de las jornadas del 19 y 20 fueron tan radicales –y subsisten a tal punto– que las elecciones estuvieron completamente afectadas por aquellas jornadas. Pero esto no habilita de ningún modo a establecer una relación a priori directa entre luchas callejeras y la elaboración de experiencias de contrapoder y el resultado de las elecciones como tal. De hecho, las mismas personas que han participado votando a tal o cual candidato son en muchos casos las mismas que luego participan de las experiencias alternativas de contrapoder. O mejor aún: no son las mismas, ya que en el cuarto oscuro no se es el mismo que en la asamblea, o en el corte de ruta. Ambos sitios se instituyen según reglas heterogéneas: si las elecciones pretenden representar todo lo que existe y decretar, por tanto, la inexistencia de aquello que no logra capturar y medir, las experiencias de

contrapoder, al contrario, existen sólo en situación, en un territorio, una especificidad, una disposición corporal y un tiempo autodeterminados”.¹⁷ Si usted considera que el chamullo precedente es un mero disparate carente de cualquier resto de sentido, coincidiremos, pero recuerde que es un relato redactado por intelectuales de carne y hueso y no un chiste producido por el *posmodernist generator*. El relato farfulla, en síntesis, que las elecciones de abril de 2003 “estuvieron completamente afectadas” por la insurrección de diciembre de 2001 porque los que votaron al PJ en esas elecciones eran y no eran los que protagonizaron la insurrección. ¿Protagonizar una insurrección es un requisito previo, entonces, para votar al justicialismo? Si fuera el caso, no sabemos en qué insurrecciones habrán participado los votantes por el justicialismo en anteriores elecciones. ¿O bien los protagonistas de la insurrección no son los mismos que votaron al justicialismo? Si este fuera el caso, no sabemos en qué consiste esa completa afección, a priori o a posteriori, neurótica o esquizo, que sufrieron estas elecciones por parte de aquella insurrección. Se trata de una poco elegante manera de desentenderse de cualquier explicación de los acontecimientos y, en particular, del fracaso de su propia convocatoria a rechazar

¹⁷ Colectivo Situaciones: “Causas y azares”, en *La fogata digital* 21/5/03.

las elecciones. El colectivo en cuestión puede así consolarse colectivamente concluyendo que, en definitiva, las elecciones fueron rechazadas... porque quienes votaron en ellas no eran los mismos que habían protagonizado la insurrección.

7. Ahora bien, si este discurso tiende a no guardar relación alguna con la realidad: ¿ante qué tipo de discurso estamos? Ante un discurso expresivo que aspira exclusivamente a poner en escena los impulsos íntimos de sus emisores. No nos sorprenderá entonces que ciertas reuniones políticas se convierten en prolongadísimas sesiones de terapia de grupo (aunque un diputado ejerza como terapeuta) ni, mucho más importante, que las acciones de masas sean confundidas con carnavales (aunque los disfrazados de policías se tomen demasiado en serio sus roles).

Nuestros disparatólogos se apropiaron de una vieja palabra, *multitud*, para bautizar a los participantes de sus carnavales y aproximarse a sus comportamientos. El diccionario nos permite una primera aproximación a esta vieja palabra. "Multitud (lat. *Multitudo* / *multitudine*): palabra súbitamente puesta de moda –a par-

tir exactamente del 20 de diciembre de 2001, fecha en la cual se presume que habrá emergido de la Nada la porción de realidad por ella nombrada –entre sociólogos, politólogos y activistas políticos (especialmente del movimiento estudiantil anarcospontaneista) argentinos. Dícese de un apretujamiento heterogéneo, heteróclito, heteronómico y heteroglósico de sujetos/as que realizan actividades varias y colectivas de desorden público, resistencia cultural y desobediencia civil, no inmediatamente inteligibles ni clasificables por las ciencias sociales, ni por las naturales o 'exactas', tales como las denominadas 'cacerolazos', 'escraches', 'asambleas', 'piquetes', etcétera".¹⁸ En su uso por parte estos intelectuales, empero, nuestra vieja palabra merece una segunda aproximación. La multitud en cuestión no es la masa moderna disecada por la psicología de masas del positivismo, ya sea en sus versión europea a la Le Bon o en su versión rioplatense a la Ramos Mejía. La multitud autóctona quiere mentar una proliferación posmoderna de subjetividades, acaso a la Negri y Hardt, aunque su sabor populista sepa más en este caso a *Mate Liso* que a *Sopa Campbell*.¹⁹

¹⁸ E. Grüner (trad.): "Breve diccionario de la actualidad (no sólo) argentina", en *Cuadernos del Sur* 35, Bs.As., mayo de 2003, p.137-8.

¹⁹ Para versiones autóctonas de este populismo posmoderno, desatado alrededor de la noción de "multitud", véanse el artículo de L. Mattini "¿Clase obrera versus imperialismo o multitudes contra el imperio?", en *La Fogata* 14/8/02, el reportaje a H. Gonzalez en *Página 12* 24/2/02 o el dossier de *La escena contemporánea* 4, mayo de 2000.

Sin embargo, no estamos ante “el pueblo” del viejo populismo peronista, sino ante “la gente” del nuevo populismo posmenemista que, como ya sabemos, es su versión *diet* y digestiva para el liberalismo. ¿Proliferación de subjetividades? ¿Multiplicidad y diferencia de estilos de vida? Recordemos los argumentos de uno de los padres del liberalismo: “puesto que es útil, mientras dure la imperfección del género humano, que existan opiniones diferentes, del mismo modo será conveniente que haya diferentes maneras de vivir; que se abra campo al desarrollo de la diversidad de carácter, siempre que no suponga daño a los demás; y que cada uno pueda, cuando lo juzgue conveniente, hacer la prueba de los diferentes géneros de vida”. Es cierto que el señor Mill, cuando ilustraba ese “daño a los demás”, mostraba en público las hilachas de su liberalismo: “la opinión que afirma que los comerciantes de grano hacen morir de hambre a los pobres o que la propiedad privada es un robo, no debe inquietar a nadie cuando solamente circula en la prensa; pero puede incurrir en justo castigo si se la expresa oralmente en una reunión de personas furiosas, agrupadas a la puerta de uno de esos comerciantes, o si se la difunde por medio de pas-

quines”.²⁰ Pero no importa. Estos intelectuales viven entre niños desnutridos en un país capaz de alimentar a su población multiplicada por cinco, pero no acostumbran cuestionar la propiedad de la tierra ni de la renta agraria. La tolerancia de Mill –o mejor: la *tolerancia represiva* disecada en Marcuse– alcanza para que sigan expresándose en sus terapias de grupo y sus carnavales.²¹

8. El discurso de estos intelectuales, dijimos, asimila las dimensiones políticas de las luchas sociales digiriéndolas como micropolíticas posmodernas. Las organizaciones y las luchas particulares deben, entonces, mantenerse diferenciadas y renunciar a inscribirse en una empresa de transformación revolucionaria más amplia. En relación con la insurrección de diciembre de 2001 leemos así en *La Escena Contemporánea*: “pensar las experiencias de otro modo, supone no creerlas escalones en una marcha ascendente hacia la meta que en el futuro espera. Antes bien, se trata de encontrar en cada una aquello que ya tiene, lo que porta como realidad. Se trata de afirmar que no ganamos nada midiendo el grado de revolucionarismo que portan o clasificándolas en fáciles y pedagógicas ‘izquierdas y derechas’. La

²⁰ J. S. Mill: *Sobre la libertad*, Madrid, Hyspamérica, 1985, p.72, 71.

²¹ H. Marcuse: “Repressive tolerance”, en R. P. Wolff, B. Moore Jr. y H. Marcuse: *A critique of pure tolerance*, Londres, J. Cape, 1969.

revolución futura –la haya o no realmente- no nos da la medida de las luchas presentes, ni las justifica ni las valoriza. Si tienen un valor, una justificación, es por lo que crean aquí y ahora”.²² Y el *Colectivo Situaciones* asevera, a propósito del movimiento piquetero: “los medios de comunicación han contribuido a volver accesible el movimiento. Muestran la lucha piquetera subordinada a las coordenadas de la coyuntura política y económica. La lucha de los piquetes pierde toda singularidad para transformarse en un elemento de una situación ‘otra’, más importante porque más general: la *situación nacional*. La lucha piquetera deja de ser, en sí misma, una situación con la que comprometerse, para pasar a ser un actor, una parte, un elemento de la *situación general*. Pero aceptar la inevitabilidad del punto de vista de lo *general* implica a la vez subordinar toda situación a mera porción o segmento de una totalidad siempre ya constituida (...) ¿De dónde se parte para pensar la propia situación: del concreto situacional que se habita o de una hipotética –y no siempre efectiva- situación nacional? ¿De dónde se parte para elaborar el *sentido* de la experiencia? Si se acepta la premisa de un pensamiento que abstracta las condiciones concretas de su

intervención y extrae su sentido de una situación general se arriba a una subjetividad gobernada por los tiempos y los requerimientos de las *coyunturas políticas*”.²³ Discursos como estos promovieron la adopción de posiciones políticas decididamente reaccionarias entre los movimientos sociales como, por ejemplo, aquella del boicot a las iniciativas de unidad del movimiento de desocupados que tomaron cuerpo en los congresos piqueteros y los planes de lucha unitarios de fines del 2001, iniciativas que contribuyeron de manera decisiva a la propia insurrección de diciembre. Pero no podemos examinar aquí cada una de las implicancias políticas de estos discursos. Preferimos en cambio concentrarnos en las características generales de la micropolítica posmoderna que promueven.

A esta altura resulta evidente que esta micropolítica posmoderna, en su renuncia a cualquier perspectiva de transformación global de las relaciones sociales capitalistas, es la antítesis misma de cualquier política revolucionaria. La micropolítica posmoderna es, más exactamente, un menú que los Estados capitalistas contemporáneos se dispusieron a digerir sin mayores dificultades estomacales. R. Nozick sostuvo hace treinta años, a propósito del marco

²² La escena contemporánea: “La vorágine”, en *La escena contemporánea* 9, octubre 2002.

²³ MTD Solano y Colectivo Situaciones: *La hipótesis 891. Más allá de los piquetes*, Bs.As., De mano en mano, 2002.

instaurado por su Estado mínimo: “aunque la estructura es libertaria y de *laissez-faire*, las comunidades individuales dentro de ella no necesitan ser así, y tal vez ninguna comunidad dentro de ella escoja ser así. De esta manera, las características del marco no necesitan introducirse en las comunidades individuales. En este sistema de *laissez-faire* –se entusiasmaba Nozick– podría resultar que, aunque están permitidas, no hay instituciones ‘capitalistas’ realmente funcionando; o bien, que algunas comunidades las tienen y otras no o que algunas comunidades tienen algunas de ellas, o lo que usted quiera”.²⁴ Sin embargo, la naturaleza positiva de esta micropolítica posmoderna puede seguir resultando poco evidente. Hagamos explícito, entonces, algo que venimos sugiriendo desde el comienzo: la micropolítica posmoderna es apenas una versión plebeya del liberalismo de los señores y los individuos y pequeños grupos de opinión que la impulsan son vástagos del liberalismo de nuestros sectores medios urbanos, con unas pocas líneas de fiebre y alguna cita de moda a la mano. S. Žizek sostenía, en un debate reciente

sobre las políticas posmodernas de otras latitudes, que “se producen sobre el fondo de cierta *renunciación* y *aceptación* silenciosa: la renuncia a la idea de un cambio global en las relaciones fundamentales de nuestra sociedad (¿quién cuestiona todavía seriamente al capitalismo, el Estado y la democracia política?), y, por consiguiente, la aceptación del marco capitalista democrático liberal, que *sigue siendo el mismo*, el telón de fondo incuestionable, de toda la proliferación dinámica de la multitud de subjetividades nuevas”. Y concluía que “la izquierda tiene hoy una opción: o acepta el horizonte democrático liberal predominante (democracia, derechos humanos y libertades...) y emprende una batalla hegemónica dentro de él, o arriesga el gesto opuesto de rechazar sus términos mismos, de rechazar directamente el chantaje liberal actual de que propiciar cualquier perspectiva de cambio radical allana el camino al totalitarismo”.²⁵ También nosotros, ante las versiones vernáculas de estas micropolíticas posmodernas, preferimos arriesgar un gesto a favor de la revolución.

²⁴ R. Nozick: *Anarquía, estado y utopía*, México, FCE, 1990, p.308. Es interesante recordar que uno de los ejemplos más desarrollado por Nozick de estas comunidades no capitalistas admitidas dentro del marco de su estado capitalista mínimo remite a unidades productivas manejadas por sus propios productores.

²⁵ S. Žizek: “Mantener el lugar”, en J. Butler, E. Laclau y S. Žizek: *Contingencia, ironía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Bs.As., FCE, 2003, p.322, 327.

Paul M. Sweezy (10/4/1910-27/2/2004) Una breve remembranza y apreciación

Gerald A. Levy

En el otoño de 1975, mientras aún era profesor en la New York University, participé de una clase titulada "Leyendo y usando *El Capital*" dictada en la Facultad de Posgrado de la New School for Social Research por un miembro visitante: Paul M. Sweezy. Sweezy aceptó dictar ese curso para cubrir el temporario aunque devastador vacío en el Departamento de Economía de la New School, causado por la muerte de Stephen H. Hymer, de 39 años, en un accidente automovilístico en febrero de 1974.

El curso fue diferente de cualquiera otro curso que había tomado. Fue un fenómeno y un reflejo de un tiempo en que era muy fuerte el entusiasmo por estudiar a Marx y a la economía política marxista. Fue también un signo de admiración aplicado a la alta estima que los estudiantes de economía política tenían por Sweezy.

Déjenme contarles un poco sobre aquello. Para comenzar, no había un aula en el edificio de la Facultad de Posgrado de la 5ª Avenida tan grande como la enorme aula —que, si recuerdo correctamente, había sido una cafetería— que se había reservado en el piso 12. No recuerdo cuántos estudiantes había en la clase —por lo menos 150, quizás 200. Yo tuve que infiltrarme en el aula mostrando un carnet de computadora que encontré tirado cerca del laboratorio de computación de la New York University y que se parecía a la tarjeta requerida para la admisión. No recuerdo ninguna otra clase en la New School donde se requiriera una tarjeta de admisión para ingresar al aula. Nunca antes había habido una clase tan masiva, e incluso nunca desde entonces, dictada en el Departamento de Economía de la New School. No fue sólo una clase, fue un *evento*.

No recuerdo cuántos grupos de estudio había —quizás una docena. Yo conocí y más tarde me volví amigo del asistente de Paul, John Ernst. Hay alguna ironía en ello porque John había estudiado previamente con Paul Mattick Sen. No había mucho tiempo para la discusión y Sweezy descansaba grandemente en las cabezas de los grupos de estudio para asistir a los estudiantes en su estudio de *El Capital* (Volumen I). Era una clase tan masiva que pocos estudiantes podían recibir instrucciones individualizadas de Paul. Lo que recuerdo más vívidamente acerca de la clase es que la mayoría de los estudiantes estaban simplemente tomando notas, anotaban prácticamente palabra por palabra de las clases de Sweezy. Debe recordarse que esto sucedía en el momento de máxima influencia de la "escuela de la *Monthly Review*". La abrumadora muchedumbre de estudiantes simplemente lo *adoraban*.

Yo no encontré su estilo de enseñanza particularmente impresionante. Juzgado por las reacciones de sus estudiantes, ellos no acordaban. Era muy... digamos... *profesional* en su estilo. No era ciertamente un orador de masas como Luxemburgo, Lenin o Trotsky. Pero, a su manera, era una leyenda viviente. Estaba entre los pocos marxistas en la academia de los Estados Unidos que mantuvo su integridad política y personal durante los años negros del macarthismo. Él, junto al último Leo Huberman, crearon en 1949 una revista que ayudó a mantener viva la llama del marxismo en los Estados Unidos durante ese período de represión. Y mostró en varias ocasiones que estaba deseoso de revisar sus posiciones después de eventos que demostraron que era necesaria una revisión. El *no* fue un dogmático. Fue un alumno. Empujó a otros marxistas a pensar por sí mismos y a defender aquello en lo que creían. Lo echaremos muchísimo de menos.

Cuadernos del Sur

Editorial

Un panorama menos oscuro

Gérard Duménil / Dominique Lévy

El imperialismo en la era neoliberal

Ellen M. Wood

**El imperio capitalista y el Estado-nación.
¿Un nuevo imperialismo norteamericano?**

Michel Husson

Europa-EE.UU: Un equilibrio inestable

Adolfo Gilly

Bolivia: Una revolución del Siglo XXI

Joao Machado

Brasil: Balance del gobierno Lula

Alberto Bonnet

Luchas sociales y micropolítica posmoderna

Hernán Ouviaña

**Zapatismo, piqueteros y sin tierra, nuevas
radicalidades**

Gerald Lévy

**Paul M. Sweezy
Una breve remembranza y apreciación**